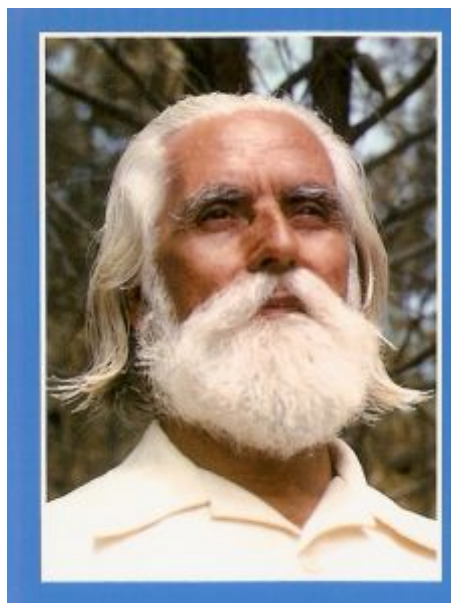


OM-42-10
QUE ES SER UN HIJO DE DIOS
Según Conferencias del Maestro



OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

“En «el Sermón de la Montaña», Jesús se dirige a sus discípulos así como a la multitud de hombres y mujeres que le habían seguido, y les enseña cómo rezar. Les dice: *«Así es como debéis rezar: Padre Nuestro, que estás en los cielos... »*

Así pues, reflexionemos. ¿Qué es lo que nos autoriza a llamar a un hombre «*padre*»? El hecho de reconocer que nos transmitió la vida. Los hijos reconocen en su padre a aquél que les ha dado la vida, y el padre ve en sus hijos la prolongación de su propia vida. La vida... Por tanto, si queremos saber lo que Jesús pensaba cuando presentaba la relación de los seres humanos con respecto a Dios como una relación de hijos a padre, debemos estudiar este inmenso y misterioso ámbito que es la vida”.



Centre **OMRAAM**
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

“Hace dos mil años, la venida de Jesús instauró un orden de cosas en el que, por primera vez en la historia de los hombres, los valores del amor, de bondad, de perdón, de paciencia, de dulzura, de humildad, de sacrificio, eran situados en primer lugar. Y a pesar de que la palabra de Jesús no ha sido hasta el presente ni comprendida ni aplicada correctamente, se ha transmitido siglo tras siglo gracias a la luz desvelada en ciertos seres. El amor al prójimo predicado por Jesús, y que deriva de esta verdad de que los humanos son hijos e hijas de un mismo Padre, ha permitido que la idea de fraternidad se abriera camino”

Omraam Mikhaël Aïvanhov

ÍNDICE DE MATERIAS

- I «He venido para que ellos tengan la vida»
- II La sangre, vehículo del alma
- III «Aquél que quiera salvar su vida la perderá»
- IV «Dejad que los muertos entierren a los muertos»
- V «Dios amó tanto al mundo que envió a su hijo único»
- VI Jesús, soberano sacrificador según la Orden de Melkhisedek
- VII Jesús hombre y el principio cósmico del Cristo
- VIII Navidad y Pascua: dos páginas del libro de la naturaleza
- IX El nacimiento del Niño-Cristo
- X ¿Jesús muerto y resucitado?
- XI El sacrificio de Jesús en la cruz: los poderes de la sangre
- XII «De su seno brotarán manantiales de agua viva»
- XIII Un hijo de Dios es hermano de todos los hombres
- XIV Poblar la tierra con hijos e hijas de Dios

SI HAS RECIBIDO ESTE TEMA COMPLETO CON LAS 14 CONFERENCIAS NO TE OLVIDES DE DEJARNOS UN MENSAJE EN LIBRO DE VISITAS CON TUS IMPRESIONES Y SUGERENCIAS. LA WEB DEL CENTRE OMRAAM SOMOS TODOS. EL MAESTRO, VOSOTROS Y NOSOTROS. GRACIAS POR VUESTRA COLABORACIÓN Y ENRIQUECIMIENTO DE LA WEB.

¿QUE ES SER UN HIJO DE DIOS?

«HE VENIDO PARA QUE ELLOS TENGAN LA VIDA»

En «el Sermón de la Montaña», Jesús se dirige a sus discípulos así como a la multitud de hombres y mujeres que le habían seguido, y les enseña cómo rezar. Les dice: *«Así es como debéis rezar: Padre Nuestro, que estás en los cielos... »*

Así pues, reflexionemos. ¿Qué es lo que nos autoriza a llamar a un hombre «*padre*»? El hecho de reconocer que nos transmitió la vida. Los hijos reconocen en su padre a aquél que les ha dado la vida, y el padre ve en sus hijos la prolongación de su propia vida. La vida... Por tanto, si queremos saber lo que Jesús pensaba cuando presentaba la relación de los seres humanos con respecto a Dios como una relación de hijos a padre, debemos estudiar este inmenso y misterioso ámbito que es la vida.

Por todas partes hay vida, toda la naturaleza está viva, todos los seres están vivos, y sin embargo ¡muy pocos hombres y mujeres saben lo que es la vida! Cuando se hallan en dificultades, en la desgracia, exclaman: « ¡Qué quieres, así es la vida!» Comprenden la vida como algo exterior a ellos y que deben soportar. Los fracasos, los accidentes, las enfermedades, los sufrimientos, « ¡así es la vida!» Se amaban, se casaron, y ahora se divorcian, aquí también, «! así es la vida ¡» Pues bien, no, la vida no es eso. Llaman vida a una sucesión de errores, de debilidades, de fracasos, sin darse cuenta de que son ellos quienes se han fabricado esta existencia lamentable. ! El Creador había previsto para ellos otra vida!

Jesús decía: «*El ladrón sólo viene para robar. Y yo he venido para que ellos tengan vida y la tengan en abundancia.*» ¿De qué vida se trata? ¡Nosotros ya estamos vivos! .. Son estas palabras de Jesús las que me impulsaron a realizar tantas exploraciones en el campo de la vida. Leed con atención los Evangelios, y veréis que Jesús sólo habla de la vida. Por esto es necesario volver sin cesar una y otra vez sobre esta cuestión de la vida y estudiada bajo todas sus formas.

Los humanos buscan poderes, riquezas, conocimientos, amor... Pues bien, no, deben buscar la vida. Diréis: « ¿Pero por qué buscar la vida? Ya la tenemos, estamos vivos. Debemos buscar lo que no tenemos.» Estáis vivos, es cierto, pero la vida no es igual en todos los seres, la vida tiene grados. Desde el mineral hasta Dios, pasando por los vegetales, los animales, los hombres, los ángeles, todo está vivo. No basta con vivir, es necesario preguntarse qué vida se está viviendo. Por ¿Qué es ser un hijo de Dios? su constitución física, el hombre, evidentemente, lleva la vida de un hombre. Pero interiormente, su vida puede adoptar formas y colores infinitos. La vida de la que habla Jesús y que quiere aportar a todos los humanos, es la vida divina, esa corriente que brota pura y límpida de la Fuente original.

A menudo se ha comparado la vida con el agua que fluye. Pero ¡qué gran diferencia entre el agua que brota de la fuente, en la cima de la montaña, y la que llega a la desembocadura del río después de haber recibido toda clase de inmundicias e incluso de productos tóxicos! Este agua tan necesaria para los humanos para vivir, puesto que es más necesaria que el alimento (se puede vivir más tiempo sin comer que sin beber), es una fuente de regeneración, pero también una causa de muerte. Cuando un río llega a la llanura y atraviesa una gran ciudad, ¿quién pensaría ir a beber allí? En efecto, observad el Sena en París... No quiero ni

describir todo lo que ha sido vertido en él a lo largo de su recorrido. Continúa siendo la misma corriente de agua, pero ¡Ya no es el agua pura que brotó en lo alto de la montaña!

Pura o contaminada, el agua siempre es agua, como la vida siempre es vida; pero no hay nada más vivificante que el agua pura, mientras que el agua contaminada trae la muerte. Incluso en nuestros días, ¡cuánta gente cae enferma y muere por haber bebido agua contaminada!

La vida brota del seno de Dios y desciende para dar de beber a todas las criaturas. Pero los humanos no son conscientes del carácter sagrado de la vida, manchan la vida de Dios, el agua de Dios. Seguramente estaréis sorprendidos y os preguntaréis: «¿Pero cómo podemos nosotros manchar la vida divina?» Cada vez que os mostráis faltos de sabiduría, de amor o de desinterés, es como si vertierais basura en el río del Señor. Y el río no protesta, lo acepta todo para ayudar a los humanos.

Guardemos esta imagen del río, porque ella nos aclara esta unidad infinita que es la vida. Entre el origen y la desembocadura de un río, ¡cuántas regiones diferentes son atravesadas, y por tanto, qué diferencia existe a su vez respecto a la calidad del agua! Sin embargo, es el mismo río. Cuando se habla de la vida, es necesario tener conciencia de que en ella se halla comprendida la totalidad de las existencias. Nada ni nadie puede escapar de la vida. Todas las criaturas se alimentan de esta vida, y por consiguiente, unas se nutren de la vida de las otras. Así pues, no os sorprendáis si os digo que, en un plano u otro, cada uno come y es comido.

Es muy fácil de comprender: cuando os sentís invadidos por pensamientos y sentimientos egoístas, injustos, malintencionados, es como si tomarais un alimento de las regiones inferiores de la

vida. Cuando aceptáis estos pensamientos y estos sentimientos, los reforzáis; y no hacéis más que reforzados, porque los pensamientos y los sentimientos emiten a su vez unas ondas que se propagan, y con ello proyectáis unas emanaciones nauseabundas de las que se alimentarán otras personas e incluso las entidades infernales. Mientras que si os esforzáis en alimentar en vosotros pensamientos y sentimientos de armonía, de generosidad, no solamente os unís a las entidades superiores, sino que este alimento divino nutrirá a otras criaturas, criaturas luminosas, y de esta manera viviréis en ellas: porqué las habréis alimentado.

La vida está constituida de transformaciones, de transferencias incesantes de una criatura a otra. Cada una absorbe la vida de las demás y, a cambio, las alimenta también con su propia vida. Entonces, permaneced atentos sabiendo que sólo de vosotros depende el alimento que recibiréis y el que daréis, de quién vais a recibirlo y a quién vais a darlo. Las criaturas angélicas así como las criaturas diabólicas pueden alimentarnos o alimentarse de nosotros.

Diréis que los demonios están en el infierno y que es imposible que nos alimentemos de ellos o que ellos se alimenten de nosotros... Pero ¿cómo imagináis vosotros el infierno, y dónde creéis que se encuentra? Él también forma parte del río de la vida; sólo que no se encuentra en el origen, sino en la desembocadura, y él también es alimentado por la vida divina. Dios es el origen de la vida, y es Él quien lo ha creado todo, y nada ni nadie existen fuera de Él. Todo ser vivo vive de la vida de Dios. Es por lo tanto necesario aceptar que esos seres a los que se llama demonios también han recibido la vida de Él. Puesto que viven, no se les puede negar, y si Dios no les retira la vida, es porque acepta su existencia.

La luz, el amor y la paciencia de Dios alimentan a todas las criaturas. Evidentemente, aquellas que no permanecen junto a Él se ven privadas de estas bendiciones. Pero son ellas las que se privan, no es el Señor quien se las quita. Algunos se escandalizarán por la forma en que presento el infierno y los demonios. Pues bien, de nada sirve escandalizarse, es necesario razonar. Si las entidades oscuras no deben su vida a Dios, ¿quién entonces se la habrá dado? ¿Pudieron crearse ellas mismas, o quizás la recibieron de otro Creador? Si Dios no es el único dueño de la vida, esto significa que tampoco es el dueño del universo y por lo tanto no es todopoderoso. Ya veis en que contradicciones se termina cayendo... Entonces, comprended que si los espíritus infernales deben su vida a Dios, se alimentan también de la vida de Dios. Pero ¿qué alimento reciben? En ningún caso el que reciben los ángeles, sino los restos, los desechos que fueron rechazados por otras criaturas a medida que el agua del río se aleja de la Fuente; porque en estos restos todavía se encuentran algunas partículas de esta vida procedente de muy arriba.

Es preciso que esto lo tengáis muy claro. Cuando sale de la Fuente divina, el río de vida desciende y en su descenso atraviesa estas regiones que los cristianos llaman jerarquías angélicas, y los cabalistas los sefirot. Pero la vida salida de Dios no se detiene ahí, y ella comprende también, más abajo, esas regiones que los cristianos llaman «*infierno*» y los cabalistas «*kliphoth*», es decir cáscaras, restos. Estas regiones todavía contienen algunos átomos de la vida salida de Dios, es necesario repetido sin cesar, porque ninguna vida puede existir fuera de Dios. Si hubiera una vida fuera de Dios, significa que habría otro creador, y entonces tendríamos el derecho de ir a buscarle: puesto que el primero no sería todopoderoso, estaría justificado que fuéramos a buscar a otro.

Debido a que esta cuestión de la unidad de la creación no ha sido claramente explicada por la Iglesia, hombres y mujeres han querido ponerse al servicio de Satanás para combatir al Señor. ¡Qué ignorantes! ¿Qué victoria pensaban alcanzar? No sabían que con ello absorberían todas las inmundicias, todos los restos caídos de la vida divina. Entonces, ¡qué verdadero beneficio obtendrían!..

En el plano físico, un malhechor, un monstruo puede comer el alimento más suculento y servido a sus invitados. Pero en el plano psíquico, sólo podemos comer o dar de comer un alimento semejante a nosotros, porque está en correspondencia con lo que somos nosotros, con nuestro corazón, nuestro intelecto, nuestra alma y nuestro espíritu. Atraemos lo que está en afinidad con nosotros y damos lo que emana de nosotros. Y según la calidad de este alimento nos reforzamos, nos enriquecemos... o bien sucumbimos.

«El ladrón sólo viene a robar. Y yo he venido para que ellos tengan vida... » ¿Por qué Jesús opone de esta manera las intenciones del ladrón a sus intenciones? El ladrón viene para coger y Jesús viene para dar. Y si viene para dar vida, es porque el ladrón al cual se opone viene para tomarla. ¿Quién es este ladrón que viene a despojar a los humanos? En realidad, se trata de numerosos ladrones, y de todas clases. Algunos están en el exterior, pero sobre todo, muchos se hallan en ellos mismos: son los deseos y la codicia que siempre están dispuestos a satisfacer sacrificando lo más precioso que poseen: la vida, la vida divina.

Seguramente habréis leído en el Antiguo Testamento la historia de los dos hijos de Isaac: Esaú y Jacob. Esaú, que era el primogénito, pasaba los días fuera cazando o trabajando en los campos, mientras que Jacob pasaba el tiempo plácidamente en la tienda. Un día, al volver Esaú de los campos cansado y

hambriento, encontró a Jacob ocupado preparando una sopa de lentejas. No pudiendo resistir ante la vista de este alimento, cedió a Jacob sus derechos de primogénito a cambio de un plato de lentejas. Perder los derechos de primogénito con el honor y las ventajas asociadas a este rango, por un plato de lentejas, ¡es un cambio ciertamente desproporcionado! Pero en realidad se trata de un relato simbólico que es necesario interpretar.

Esaú, que acepta renunciar a sus derechos de primogénito para poder saciar inmediatamente su hambre, es el ser humano dispuesto a sacrificar lo que tiene un gran valor a los ojos de su Padre celestial a cambio de los placeres inmediatos. Es preciso comprender el derecho de primogenitura en un sentido muy amplio; no se trata ahora de decir a los primogénitos de todas las familias que no abandonen las prerrogativas inherentes a su rango por nada del mundo. Aquí, os estoy hablando del plano espiritual y no del plano físico.

En las familias terrestres, siempre hay un hijo primogénito, luego el segundo hijo, después el tercero, etc., porque se hallan en el plano físico y en el plano físico, que está regido por las leyes del espacio y del tiempo, siempre existe un orden, una clasificación: un objeto detrás de otro, una persona detrás de otra; no pueden presentarse todos juntos en el mismo lugar y en el mismo momento. Pero en el plano espiritual, en la familia divina, los seres, humanos son todos del mismo rango. Por lo tanto, a todos se les reconoce «el derecho a la primogenitura», es decir la dignidad de hijos y de hijas de Dios. Depende exclusivamente de ellos tomar conciencia y trabajar para conservar su rango. Sólo aquél que sitúa en primer lugar sus ambiciones y sus instintos pierde esta dignidad de hijo de Dios: su padre ya no es Dios o el Espíritu Santo, sino esa entidad que Jesús, en los Evangelios,

llamaba Demonio y que no es más que otro aspecto de ese Satanás que vino a tentarle en el desierto.

La sopa de lentejas representa la satisfacción del estómago, pero el hambre también es sinónimo de todas las ambiciones, de todas las codicias. ¡Cuántos otros tipos de hambre empujan a los seres humanos a precipitarse sobre otras satisfacciones y les hacen perder sus derechos de primogénito, su dignidad de hijo de Dios! Cada vez que un ser cede a un instinto: la gula, la sensualidad, la cólera, los celos, la ambición, el odio, vende sus derechos de primogénito, su realeza interior por un plato de lentejas, y se empobrece, se somete, se vuelve un esclavo. Ha dado algo extremadamente precioso en él, partículas de vida divina a cambio de algo que no merecía la pena.

Y más tarde, cuando Isaac a punto de morir desea dar su bendición a Esaú, su mujer, Rebeca, hace de manera que sea Jacob quien reciba esta bendición. Cuando Esaú llega, ya es demasiado tarde, Isaac lo ha dado todo a Jacob y sólo puede decidir: «He aquí que a partir de ahora él será tu amo, y le he dado a todos sus hermanos como servidores, le he provisto de trigo y de vino... *¿qué puedo hacer por ti?*» Esaú deja de ser su propio amo, porque es a su hermano a quién Isaac ha dado el trigo y el vino... El trigo y el vino ... El trigo, del que se hace pan, y el vino: ¿es por casualidad que volvamos a encontrar aquí los dos alimentos simbólicos que Melchisedek entregó a Abraham y que Jesús entregaría a sus discípulos antes de dejarles? ¡Cuántas cosas se descubrirían en la Biblia si supiéramos interpretar todos estos relatos, y sobre todo si los relacionáramos entre sí!

Al decir: «*He venido para que ellos tengan vida*», Jesús nos obliga a tomar conciencia de que nuestra comprensión de la vida es insuficiente. Hemos recibido la vida y vivimos... La utilizamos, nos servimos de ella para satisfacer nuestros deseos y nuestras

necesidades, y de ese modo creemos que nos desarrollamos mientras que en realidad nos debilitamos. Y Dios que nos dio la vida para que fuéramos fuertes, hermosos, poderosos, luminosos y en la plenitud, solo percibe desgraciados, enclenques, apagados y esmirriados.

Entonces, si hay algo que he comprendido, es que la única ciencia que merece la pena ser estudiarla es la ciencia de la vida. Y quisiera arrastraros también conmigo, porque todos los demás temas que abordaréis, todas las demás actividades que emprenderéis sólo os aportarán verdaderamente algo si habéis comprendido esta realidad esencial: la vida. Lo que determina la calidad de vuestro comportamiento y vuestras ocupaciones es la manera en que consideréis esta vida divina que habéis recibido.

Los humanos se agotan buscando el poder, el éxito, el prestigio, el dinero. Admitamos que lo obtienen (lo que tampoco es nada seguro), pero si han gastado su vida, ¿qué les queda? Hacen de la vida un medio para obtener todo lo que desean, mientras que al contrario deberían considerada como un objetivo y usar todas sus facultades en reforzar, iluminar y purificar la vida en ellos. En lugar de estudiar la vida, estudian la enfermedad y la muerte. Y sin embargo, debilitan y empobrecen la vida. Cuando sin vida no hay nada. No niego el valor de ciertas adquisiciones, pero gracias a la ciencia de la vida cada cosa encuentra su lugar y su sentido.

Es la vida la que alimenta el intelecto, el corazón y la voluntad. Cuando el hombre fomenta esta vida en sí, su intelecto comprende, su corazón ama y se regocija, su voluntad crea y se refuerza. En caso contrario, su intelecto se ensombrece, su corazón se enfría y su voluntad tambalea. Sin la vida, no hay ni tan siquiera ciencia posible, ni arte, ni filosofía. Por esto os lo digo, la ciencia de la vida es la clave de todas las realizaciones.

Aumentad la vida, limpiad la fuente en vosotros para que el agua fluya más libremente: entonces podréis llenar los depósitos y enviar esta vida hasta el intelecto que se iluminará, al corazón que se abrirá a las dimensiones del universo, y a la voluntad que se volverá creadora, infatigable.

La vida, es como la gasolina para vuestro vehículo: si no tenéis gasolina, o si ponéis en el depósito cualquier otro líquido, no avanzará; ¡sin embargo no le falta ninguna pieza!.. También puede ser comparada la vida a la sangre: incluso el hombre valiente más vigoroso yacerá inanimado si se le quita su sangre. Pero preguntadle a alguien: ¿Qué hacéis con vuestra vida? ¿Os ocupáis en conservarla, en hacerla más poderosa, más rica?» Y os mirará sorprendido, porque para él, conservar la vida únicamente significa no exponerse imprudentemente a los peligros y cuidarse cuando está enfermo. El resto del tiempo, la vida le sirve para correr en busca de placeres, de adquisiciones materiales y ganar dinero o conseguir prestigio. Este ignorante aún no sabe que el verdadero dinero, es su vida. Sí, ¡la vida es dinero! Y un dinero que permite hacer compras en tiendas mucho más elevadas que las tiendas de la tierra.

Los humanos aman el dinero, porque instintivamente sienten que representa todas las posibilidades que les da la vida. Solo que se confunden: han tomado el oro, símbolo de la vida, el oro que viene del sol, por la vida misma. Del mismo modo que la vida lo da todo, el oro (o digamos el dinero, puesto que es el término más frecuentemente utilizado), lo da todo también, y por esto le conceden una importancia que no son capaces de dar a la vida. Porque han perdido la vida. Tiemblan ante la idea de que se les pueda robar su dinero, y toman precauciones inauditas para protegerlo. Observad los bancos: se han convertido en verdaderas fortalezas, no hay nada más vigilado y protegido que las cajas

fuertes. Pero ¿por qué los humanos no tiemblan igual ante la idea de perder su vida, esta quintaesencia que el mismo Dios ha introducido en ellos y que hace de ellos sus hijos y sus hijas? Y puesto que son sus hijos y sus hijas, todas las riquezas del universo les pertenecen también. ¿No es esto más deseable que perder su vida persiguiendo algunas minucias?..

El dinero es la expresión material de todas las posibilidades que nos da la vida, sí, pero solamente su expresión material. Es necesario aprender a transportarlo a los otros planos: afectivo, mental, espiritual, con el objetivo de obtener en estos planos el equivalente de lo que se puede obtener en el plano físico.

La vida, es como el aceite para la lámpara, o el agua para el molino, la gasolina para el coche, la corriente eléctrica para la fábrica, la sangre para el organismo. Es ella la que permite que todo funcione. Y sin embargo, es la más ignorada, la más despreciada. « ¿Cómo? dirá alguien, si yo considero la vida como el bien máspreciado. Ayer por la noche, cuando andaba por la esquina de una calle a oscuras alguien abalanzándose sobre mí me amenazó diciendo: « ¡La bolsa o la vida!» Pues bien, le di la bolsa.» Ah esto es cierto, cuando la cuestión se presenta de esta manera, se elige la vida. Pero en otro caso, no se piensa en ella, se echa a perder, se envilece. Es necesario hallarse entre la espada y la pared para comprender. Pero hasta entonces, no somos conscientes y desperdiciamos nuestra vida en búsqueda de satisfacciones y ventajas que nunca son tan importantes como la vida misma. Para ganar algunas monedas, para tener el placer de pavonearse por haber logrado cualquier victoria, ¡cuánta gente es capaz de malgastar su vida! En su balanza interna, frente a lo poco que han ganado, jamás se les ocurre la idea de colocar los tesoros de vida que han perdido.

¡Y cuántos hombres y mujeres piensan que la vida no tiene interés si no cometen excesos! Prefieren matarse a condición de vivir sensaciones intensas... ¿Acaso se preguntan si Dios les dio la vida para esto, y si no hay otras maneras de vivir intensamente?.. No, la mayoría de los humanos tienen un concepto de la vida que les conduce a la muerte, la muerte física o la muerte espiritual, e incluso a menudo a las dos. Evidentemente, todos nos morimos un día, pero esto no debe jamás impedirnos estudiar la única ciencia verdadera: la ciencia de la vida. Porque ésta es la vida que tenemos en común con Dios y con todo lo que existe en el universo. Por lo tanto, al volvernos nosotros mismos más vivos, entramos en comunicación con Dios, con todas las criaturas y con el universo.

Entonces, ¿queréis volveros más vivos ¿queréis que vuestra vida sea más intensa en cuanto a sus vibraciones y a sus emanaciones? Entre los miles de consejos que puedo daros, retened por lo menos uno. Tomad conciencia de toda la vida que existe a vuestro alrededor, y respetadla como una manifestación de la vida divina. Por lo menos, si los seres humanos aprendieran a respetar esta vida en los demás, a su alrededor, esto representaría ya un gran progreso. En cambio, ¿cómo se consideran? Cuando se encuentran entre sí, ¿acaso piensan: «He aquí una criatura que, como yo, contiene una partícula de la Divinidad; por lo tanto, debo respetar y proteger a esta criatura»? No, no, a menudo sólo se consideran como sombras o como autómatas; se empujan, procuran aprovecharse los unos de los otros como si fueran objetos o instrumentos, y si se molestan demasiado, serán los primeros en eliminar al otro. Pero ¿qué vida esperan vivir con semejante conducta?

Volverse vivo significa despertarse a las manifestaciones infinitas de la vida a nuestro alrededor, saludar a las personas con

las que nos cruzamos, ver en ellas la chispa de vida divina, darles las gracias por todo lo que nos dan o hacen por nosotros, y a veces sin incluso saberlo nosotros mismos. Volverse vivo es maravillarse sin cesar, contemplar siempre a los seres y a las cosas como si fuera la primera vez. Sí, esto es volverse vivo con la vida del mismo Dios. Puesto que la vida es el lazo más fuerte que nos une a Dios, para llegar a ser verdaderos hijos e hijas de Dios debemos trabajar en hacer que nuestra propia vida sea divina. Es posible hallar la verdadera religión en las iglesias, pero ella se encuentra ante todo en la vida, y por tanto, a nosotros nos corresponde mantener una relación consciente con todas las mejores manifestaciones de la vida.



*Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus*

www.omraam.es

Primer Centro

*De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española*

II

LA SANGRE, VEHÍCULO DEL ALMA

Quien piensa en la vida, piensa naturalmente en la sangre, este líquido nutritivo que circula dentro del cuerpo de un gran número de especies animales y en el cuerpo humano. Perder la sangre significa perder la vida; ofrecer su sangre significa ofrecer su vida. Y como la sangre es el símbolo de la vida, ha desempeñado un papel importante en todas las religiones del mundo, y en especial en aquellas donde era considerada como un vehículo del alma. Derramar sangre animal, e incluso sangre humana en el altar de los dioses, era considerado como la mayor muestra de respeto y sumisión que se les podía manifestar: se les devolvía la vida que ellos habían dado. La sangre es pues un tema extremadamente rico que requiere muchas horas de desarrollo y explicaciones. De momento, quisiera detenerme en una práctica muy antigua y que todavía se practica en la actualidad: la circuncisión.

Está escrito en los Evangelios: *«Habiendo llegado el octavo día en el que el niño debía ser circuncidado, se le dio el nombre de Jesús, nombre que había indicado el ángel antes de que fuera concebido en el seno de su madre»*. Jesús fue por tanto circuncidado según la costumbre de los antiguos Hebreos de acuerdo con el precepto dado por Dios a Abraham: *«Os circuncidaréis, y esto será una señal de alianza entre yo y vosotros. Al cumplir los ocho días, todo varón entre vosotros será circuncidado.»* No conozco con detalle las diferentes maneras que se practicaba y se practica aún la circuncisión, ni qué sentido exacto pudieron darle las distintas culturas y religiones. Pero

puedo decirlos cómo yo la considero, desde el punto de vista más elevado de la Ciencia iniciática.

La circuncisión fue llamada en el Antiguo Testamento como «*el signo de la alianza*», porque representa la consagración del órgano a través del cual se transmite la vida dada por Dios; y al mismo tiempo, el niño recibe su nombre, porque es en el nombre dónde se expresa la quintaesencia de un ser y de su destino. La circuncisión es una operación que lleva aparejada un desangramiento. Esta sangre que sale del cuerpo de un recién nacido es considerada como pura, y como procede de los órganos genitales está impregnada con fluidos poderosos. El sacerdote que había sido iniciado a los misterios sagrados conocía la manera de recoger esta sangre y la conservaba como un tesoro guardándola en un lugar reservado, así como el trocito de carne cortado, el prepucio, porque todavía estaba ligada al niño. Existía por tanto un vínculo mágico entre el trozo de carne, la sangre y el niño.

La primera función de la circuncisión consistía en que los padres llevaran sus hijos a consagrarlos al Señor para que se convirtieran en instrumentos de su voluntad, y de esta manera el pueblo se preparaba para la llegada del Mesías. Gracias a esta consagración, el niño era absorbido por influencias del cielo, por entidades que le acompañarían y se ocuparían de él. El niño que había sido consagrado por un sacerdote iluminado y puro se convertía en un servidor de Dios. Después, con motivo de algunas fiestas del año, el Sumo Sacerdote bendecía esta sangre, así como los prepucios, y de esta manera proyectaba fuerzas benéficas que actuaban favorablemente sobre los niños. Gracias a este rito, los sacerdotes evidentemente sometían a los hombres bajo su autoridad. Mientras estuvieron animados por un ideal de justicia y de amor hacia su pueblo, trabajaron para él, pero en los periodos

en los que perdieron este ideal, utilizaron estas prácticas para asegurarse el poder.

Un acto por sí mismo es neutro, todo depende del significado que se le dé y de la finalidad con el que se ejecute. Este rito establecido por Abraham e inscrito por Moisés en la Ley, tenía sin duda tres motivos: el primero era estimular el deseo sexual con el fin de aumentar el número de nacimientos. Los hebreos siempre estaban en lucha contra vecinos más numerosos que ellos y que amenazaban aniquilarles: cuantos más nacimientos hubieran, mayor sería el número de niños que más tarde se convertirían en guerreros. El segundo motivo sería someter a los hombres a la voluntad del sacerdocio. Y el tercero, el más importante, era dedicarlos al servicio de Dios consagrando algunas gotas de sangre que había circulado por este órgano a través del cual se transmite la vida.

Incluso el más ignorante de los hombres sabe que la sangre es un líquido infinitamente precioso y que aquél que pierde su sangre pierde también la vida. ¿Qué hay pues en la sangre que la hace ser tan valiosa?.. En realidad, este líquido que circula en nuestro organismo es una materialización del fluido universal que circula en toda la creación. Así como este fluido nutre el organismo cósmico, la sangre nutre nuestro cuerpo. Constituye una síntesis de la vida universal, puesto que en su composición, con sus glóbulos rojos y glóbulos blancos, se vuelven a hallar, simbólicamente hablando, los dos principios, el masculino y el femenino, que son los dos grandes principios de la creación.

Mientras que la sangre circula en el interior del cuerpo, está protegida como si se hallara en un recipiente cerrado. Pero en el momento en que escapa del cuerpo por el motivo que sea, como todo líquido, se evapora; es decir que algunas partículas etéricas escapan al espacio. Y estas partículas están vivas, han conservado

algo de estos elementos que hacen que la sangre sea portadora de vida. Por esto sirven de alimento a las entidades invisibles. Nada se pierde en el universo, siempre hay criaturas dispuestas a acudir en busca del alimento de la vida que se desprende de unas gotas de sangre.

Esta propiedad que tiene la sangre de desprender emanaciones que sirven de alimento a entidades del mundo invisible, ya era conocida desde la más remota Antigüedad. Los Iniciados, los sacerdotes utilizaban la sangre de las víctimas ofrecidas en sacrificio a los dioses para invocar a entidades del cielo o del infierno: estas entidades respondían a su llamada porque en esta sangre encontraban alimento. Incluso la literatura menciona tales hechos: se puede leer semejante relato en la Odisea de Hornero o en la Eneida de Virgilio. Y entre aquellos que asistían a estas escenas, algunos, los más desarrollados psíquicamente, podían ver cómo acudían las entidades a beber la sangre derramada de los bueyes, las ovejas, los corderos y las aves inmolados a los dioses.

En la actualidad, en todos los países del mundo, todavía se practican sacrificios semejantes, en particular por brujas y magos negros (los magos blancos no sacrifican seres vivos, ni siquiera animales, para dar su sangre como alimento a las entidades del mundo invisible). Pero no trataré este tema, no me interesa, e incluso es peligroso. Si os estoy hablando del poder mágico de la sangre, es porque es necesario conocerlo, pero también para ponerlos en guardia. La sangre contiene muchas materias preciosas que pueden servir de alimento a los indeseables. Por esto, cuando se pierde sangre de la manera que sea, no deberíamos dejar que se seque ni libramos de ella antes de haberla consagrado con el pensamiento a un fin benéfico y protegerla así contra las actuaciones de las entidades maléficas del plano astral, porque

estas entidades sólo están esperando ser alimentadas por estas emanaciones para reforzarse.

¿Por qué pensáis, por ejemplo, que Moisés dio unos preceptos tan estrictos en lo referente a la mujer durante el periodo de las reglas? Estaba escrito que: *«La mujer que tenga influjo de sangre en su carne permanecerá en su impureza. Cualquiera que la toque será impuro hasta el anochecer»*... Hay una extensa enumeración de los casos en los que la mujer, perdiendo su sangre, es impura, y las precauciones que debe adoptar durante esos periodos. No sé cómo, en la actualidad, consideran los Judíos todos estos preceptos dados por Moisés en lo referente a las mujeres. Lo que sí sé es que se basan en un conocimiento referente a las propiedades que tiene la sangre de atraer entidades, y en especial las entidades oscuras del mundo astral que acuden a nutrirse de las emanaciones de la sangre humana y de ese modo se mezclan en su vida causando desconcierto en los seres.

La experiencia psíquica por la que pasa la mujer durante el periodo de la regla, está unida a los misterios de la vida y de la muerte. No entraré en detalles anatómicos y fisiológicos de este proceso. Para lo que debo explicaros, solamente quiero atraer vuestra atención sobre el hecho de que actualmente la mujer, no sólo expulsa la célula reproductiva, el óvulo, que no habiendo sido fecundado no se convertirá en un ser vivo, sino que también expulsa la sustancia, la sangre, que le habría alimentado. El óvulo muerto, que no ha sido fecundado, es en cierta manera un cadáver que ella expulsa. Entonces, ¿cómo no podría experimentar un sentimiento de tristeza y de melancolía? Es natural que esta pérdida la haga más vulnerable psíquicamente. (ver tema OM-28-02-La menstruación de la mujer y las fases de la Luna)

Al mismo tiempo que expulsa el óvulo muerto, la mujer pierde también por lo tanto la sangre portadora de vida que estaba destinada a alimentar a un niño. Es esta sangre la que atrae a las entidades inferiores del plano astral: quieren aprovecharse de las energías contenidas en esta sangre para reforzarse y así continuar sus acciones maléficas entre los seres humanos. Por esta razón Moisés dio prescripciones muy estrictas con respecto a la mujer durante este período, y se vuelven a encontrar estas mismas prohibiciones en otras religiones y culturas. Pero ¿es necesario observar siempre estas prohibiciones?

Del mismo modo que el hombre es un representante del Padre celestial, la mujer es una representante de la Madre divina, y no son sus reglas las que hacen que ella sea impura, sino los pensamientos y sentimientos negativos a los que puede entregarse durante estos pocos días en los que está psíquicamente menos bien armada. El fenómeno de la menstruación, en sí mismo, es neutro, no tiene nada de impuro, sólo es un proceso fisiológico. Pero es la mujer quien es pura o impura según lo que ella alimente en su cabeza y en su corazón. Y si se deja llevar por la cólera, los celos, el odio o la sensualidad, las entidades astrales se apoderan de los vapores emanados por su sangre y pueden utilizarlos para hacerle daño y hacer daño también a los seres que le rodean.

Pero este poder que tiene la mujer de atraer y alimentar con su sangre a entidades oscuras, lo tiene igualmente para atraer y alimentar entidades de luz. La mujer puede, al igual que el hombre, usar los poderes del pensamiento, que es hijo del espíritu, con el fin de hacer triunfar la luz. Es capaz de gobernar las corrientes oscuras que la atraviesan y de transformarlas en influencias benéficas que dirigirá para bien de toda la humanidad. De momento, todavía ignora las fuerzas que la naturaleza ha

depositado en ella; y el hombre no se esfuerza demasiado en ayudarla para que tome conciencia de ello. Incluso al contrario, se ha preocupado más bien de mantenerla en la ignorancia y la dependencia. Ahora es el momento de que la mujer sepa que puede realizar grandes cosas gracias al poder de la sangre, una sangre que debe consagrar a Dios y a las entidades luminosas del mundo invisible. Consagrandó su sangre realiza un acto de la magia más elevada y se manifiesta como una verdadera hija de Dios.

Algunos dirán: « ¿Pero qué es lo que nos está contando? ¿Quiere arrastrarnos a hacer magia? ¡Qué horror! Nosotros somos cristianos y jamás nos dejaremos llevar por semejantes prácticas. Es el Diablo el amo de la magia.» Pues bien, como queráis. Hay seres perversos por doquier que utilizan tranquilamente estos conocimientos para hacer el mal, y cuando se da a los cristianos la posibilidad de utilizarlos para el bien, están ofuscados. Ante personas tan ignorantes y timoratas, los magos negros pueden frotarse las manos: tienen el campo libre para todas sus empresas maléficas.

¡Cuántas cosas no tienen interés para vosotros y os pasan desapercibidas porque no se os ha educado para que veáis su significado y su valor! Pero los Iniciados están atentos a todo, en todas partes ven la mano de Dios, el poder de Dios. Y en una gota de sangre, descubren la quintaesencia de la materia, los principios de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.

La sangre representa la vida que circula en el universo. Si se sabe cómo considerarla, se llega a sentir que dentro de nosotros está lo que más se acerca a la luz. Porque la sangre es la vida, «y la vida es la luz de los hombres», dice san Juan al principio de su Evangelio. Esta luz, que es la materia misma de la creación, puesto que Dios creó el mundo invocando a la luz, es ella la que

está condensada en nuestra sangre. Por lo tanto, debemos estar muy atentos y considerar con inmenso respeto esta sangre que es luz condensada, la vida divina condensada. Y al igual que la sangre siempre regresa al corazón, nuestra vida debe regresar al corazón del universo: al Creador.

En la actualidad, muchos tienden a ver en la circuncisión una práctica de otros tiempos. Sencillamente es porque no comprenden lo que es la vida y el papel que los humanos deben desempeñar para su conservación y espiritualización. Si poseyeran esta luz, no se sorprenderían ni les extrañaría tanto esta práctica. Yo por mi parte, no estoy ni a favor ni en contra. Únicamente lo explico. En el contexto donde apareció tuvo su razón de ser; ahora la podemos conservar o abandonar, todo depende de la comprensión que de ella tengan los humanos.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

III

«AQUÉL QUE QUIERA SALVAR SU VIDA LA PERDERÁ»

En todas las religiones se encuentra la creencia de que las divinidades exigen que los hombres les hagan sacrificios. A lo largo de la historia, estos sacrificios han adoptado formas diferentes: sacrificios humanos, sacrificios de animales, de vegetales, de alimentos, de objetos, y Jesús mismo se ofreció en sacrificio. Entonces nosotros los cristianos, ¿qué debemos hacer?

Al joven adinerado que acababa de preguntar a Jesús qué prácticas debía observar para tener la vida eterna, le respondió: *«Vende lo que posees, dáselo a los pobres, y después sígueme.»* Pero el joven se marchó muy triste porque lo que Jesús le pedía estaba por encima de sus fuerzas. ¿Es necesario llegar a la conclusión de que para poder seguir a Jesús debemos realmente deshacernos de todo lo que poseemos para dárselo a los pobres? Algunos lo hicieron así, pero no por ello siguieron mejor a Jesús. De nada sirve renunciar a los bienes materiales cuya posesión nos entorpece y oscurece nuestra mirada, si no nos libramos también de los pensamientos, sentimientos y deseos que nos entorpecen y oscurecen aún más nuestra mirada interior.

Tiene mucho mérito hacer renunciaciones y sacrificios, pero ¿renunciar a qué y sacrificar qué? Esto es lo que los humanos no llegan a comprender. Porque de entrada, bien sea en el plano material o en el plano psíquico, la palabra «renuncia» les da miedo. Tienen miedo de la renuncia como tienen miedo de la muerte. Y efectivamente, renunciar es dejar morir algo en nosotros mismos privándole de alimento y, ante esta amenaza de muerte, una parte de nosotros se rebela. Pero lo queramos o no, he

ahí un dilema del cual no podemos escapar: la vida y la muerte están tan estrechamente unidas que siempre hay en la existencia y en el hombre algo que debe morir para que otra cosa pueda vivir.

Se puede ya hacer esta observación en el terreno de la salud. ¡Cuántos enfermos a quienes su médico recomienda dejar de fumar o de beber alcohol, tienen la impresión de que, si siguen estos consejos, perderán el placer de vivir, la existencia ya no tendrá sentido para ellos! Pues sí, porque existen aquí dos concepciones de la vida que entran en conflicto: la de la vida instintiva y la de la vida sensata. ! Y cuántas personas asimismo ponen su existencia en peligro porque sienten la necesidad de emociones fuertes que les den la sensación de vivir más intensamente! Para vivir una cosa hay que renunciar a otra. No se puede someter al cuerpo a toda clase de excesos y al mismo tiempo conservar la salud.

Debemos escoger la forma de vida que queremos fomentar, porque no se puede vivir todo a la vez. Aquél que, con la excusa de vivir más intensamente o más agradablemente, no respeta las leyes de la vida física, enferma y muere. Y lo que es cierto en el plano físico, lo es igualmente en el plano psíquico. Pero los términos «vida» y «muerte» sólo evocan espontáneamente en los seres humanos la vida y la muerte físicas, mientras que en realidad no son más que aspectos muy limitados de estos dos procesos. Y si saben lo que son la vida y la muerte en el plano físico, no lo tienen nada claro con respecto al plano psíquico y espiritual: no saben cuándo están muertos y cuando están vivos.

Es la renuncia que hacemos a las formas inferiores de vida lo que nos vuelve cada vez más vivos. Si no, lo que llamamos la vida es en realidad la muerte. Bien o mal, se haga lo que se haga, se puede decir que siempre es durante la vida. Pero también se puede decir que no se cesa de morir: si no se muere en la

estupidez, se muere en la sabiduría; si no se muere en el odio, se muere en el amor. Se puede llamar a eso como se quiera. La vida y la muerte van juntas: toda nuestra existencia debemos elegir entre la vida y la muerte, entre una forma de vida y una forma de muerte. Y lo que unos llaman vida, otros lo llaman muerte.

Cada problema que debemos resolver durante nuestra existencia afecta de una manera u otra a esta cuestión: ¿a qué debemos renunciar (morir) para vivir? Y Jesús dio una respuesta formidable a esta pregunta: «Aquél que quiera salvar su vida la perderá, y aquél que quiera perder su vida la salvará.» Para vivir, debemos por tanto hacer el sacrificio de nuestra vida. Pero si hay una palabra que los seres humanos no quieren o no pueden aceptar, es ciertamente la palabra «sacrificio». Entonces, ¿qué hacer, Dios mío, para que comprendan que es con el sacrificio, y únicamente con el sacrificio, que encontrarán su salvación, la verdadera vida?

Estaba escrito en el Antiguo Testamento que las víctimas inmoladas por el fuego sobre los altares desprendían al ser quemadas un perfume agradable a las narices del Señor. Si comprendemos estas palabras literalmente, es monstruoso. ¿Qué clase de Dios es ese que se deleita con el olor de las grasas al quemarse? Pero también hay otros pasajes que revelan una mejor comprensión del sacrificio. Como en los Proverbios: «*La práctica de la justicia y de la equidad, esto es lo que el Eterno prefiere a los sacrificios.*» Y en Isaías, es el mismo Dios quien se irrita contra los sacrificios: «*Estoy harto de los holocaustos de carneros y de la grasa de los becerros; no me causa ningún placer la sangre de los toros, de las ovejas y de los machos cabríos... Lavaos, purificaos, quitad de mi vista la maldad de vuestros actos.*»

En la actualidad, las religiones judías han prohibido los sacrificios de animales, ya no se queman bueyes ni ovejas en los altares. Sin embargo, en las iglesias y los templos, siempre está presente el fuego, puesto que todavía se quema incienso y se encienden velas, cirios y lamparitas. El incienso es una materia que se echa al fuego para ser transformada y que, al quemarse, desprende un perfume. Sólo que, quemar incienso, no tiene ningún significado si el creyente no comprende que este acto es el reflejo de otros procesos que puede desencadenar en sí mismo: vencer sus dificultades, sus pesadeces, purificar su propia materia, transformarla con el fuego divino con el fin de que de su alma emanen los perfumes más deliciosos. Si no, ¿qué sentido tiene? Está muy bien esparcir perfumes agradables entre los asistentes, pero no basta. Y la prueba está en el pasaje de Isaías que os he citado; Dios dijo también: «Dejad de traer ofrendas vanas; siento horror por el incienso.» y ¿cuál es la función de las velas, de los cirios y de las lamparitas? Diréis que sirven para iluminar las iglesias. No, si se tratara solamente de iluminar las iglesias, bastaría con la electricidad. Pero sin embargo se sigue iluminando con velas y cirios. Aquí también sólo tiene sentido este rito si el creyente comprende que, a imagen de esta cera que se consume para mantener la llama, debe también quemar una materia en sí mismo con el fin de mantener la luz interior y hacer que la Divinidad oiga su plegaria y la atienda.

Entonces, ¿cómo podemos mantener el fuego en nuestro interior? Inmolando todos nuestros animales interiores. ¡Y no es que falten! Porque, en el plano astral, alojamos en nuestro interior no sólo corderos, bueyes, toros, machos cabríos, etc., sino también lobos, zorros, tigres, serpientes, escorpiones, arañas... Si, ¡toda una casa de fieras, un parque zoológico, una selva virgen! ¡Cuántos animales malvados habitan en el hombre bajo la forma de defectos, de vicios, de tendencias instintivas, destructoras! Son

ellos los que Jesús nos enseña a sacrificar con el fin de liberar energías que podremos utilizar para nuestro trabajo interior.

Las aplicaciones del fuego son múltiples. El fuego participa en todas las operaciones químicas, funde los metales, cuece los alimentos para hacerlos asimilables, nos calienta, nos ilumina, purifica. Pues bien, en el plano espiritual el sacrificio tiene las mismas funciones que el fuego. Cada vez que hacéis un sacrificio, encendéis un fuego. Decidís, por ejemplo, renunciar a una mala costumbre: comienza a consumirse una materia, desprendiendo una energía que podéis utilizar para vuestro trabajo espiritual. El sacrificio es una donación que hacéis de vosotros mismos para recibir a cambio energías más puras que os permitirán ir más lejos, más arriba. Hacer un sacrificio es siempre, de una manera o de otra, derramar nuestra sangre, pero en otro plano. Por esto el sacrificio es un acto mágico: gracias a él tenemos todas las posibilidades de construir algo útil, hermoso y grande en nuestro corazón y en nuestra alma, pero también en el corazón y el alma de todos los seres.

Lo que hace grande al sacrificio y sobre lo que merece la pena meditar, es su capacidad de producir transformaciones. Incluso la materia más basta puede ser transformada. Ya os lo he mostrado repetidamente cuando os daba el ejemplo de la madera seca con la cual se enciende un fuego. Por tanto, si la imagen de la madera os gusta más que la de los animales, pensad que en vosotros existe madera muerta, viejas ramas inútiles (pensamientos, sentimientos y deseos que os paralizan y se oponen a vuestra evolución) que podéis sacrificar para producir calor y luz. ¿Por qué considerar siempre el sacrificio como algo triste y doloroso? Al contrario, es preciso ver en el sacrificio algo alegre: nos aporta calor, nos aporta luz, y ¿qué hay más alegre que la luz?

La vida es una combustión. Para estar vivos, es necesario mantener incesantemente el fuego en nuestro interior. Esta combustión que es un fenómeno físico, es también una realidad psíquica, espiritual. Cada día tenemos que quemar en nosotros mismos una materia, o bien debemos inmolar algunos animales para producir calor y luz. Es un fenómeno tan real, que ciertas personas lograron sentir que algo en ellas se estaba consumiendo, como si quemaran toda clase de materiales oscuros e inútiles, y salían de esta experiencia, aligeradas, regeneradas, más vivas.

Se dice «*sacrificarse*» como si se tratara de abandonar, de perder algo. Cuando se hace un sacrificio, no se sacrifica «uno» sino que se sacrifica algo inútil, nocivo, inferior, para obtener algo grande, poderoso, precioso. Si no se sacrifica lo que es inferior en uno mismo para hacer vivir lo que es superior, inevitablemente se sacrificará lo mejor que se posee en beneficio de los instintos más groseros. Es imposible escapar a esta ley: nuestra naturaleza superior sólo puede vivir si le sacrificamos nuestra naturaleza inferior; y lo que es la vida para una, es la muerte para la otra. He aquí cómo debemos comprender las palabras de Jesús: «*Aquél que quiera salvar su vida la perderá, pero aquél que la pierda la hallará.*» Y comprender estas palabras significa asimismo, y sobre todo, querer realizarlas.

«*Saber, querer, osar, callarse.*» Al formular este precepto que se le puede considerar como la quintaesencia del conocimiento iniciático, el sabio que lo dio no precisó lo que se debía saber, querer y osar. Dejó el terreno libre para el pensamiento y la reflexión, y nos incumbe a nosotros descubrir cuán vastas son sus aplicaciones. Una de estas aplicaciones es precisamente la cuestión del sacrificio.

Es preciso «*saber*» lo que representa el proceso del sacrificio, así como lo que se debe sacrificar. Pero no basta con

saber, es necesario «querer» hacer este sacrificio. Después, es necesario «osar», es decir aceptar los esfuerzos y las dificultades, comprometerse audazmente en este camino siendo conscientes de que no sólo no se perderá nada, sino al contrario, se ganará algo precioso. Y finalmente «callarse», porque es mejor no desperdigar las riquezas adquiridas gracias a los sacrificios. Aunque se beneficie a los humanos con nuestras riquezas interiores, es mejor encubrirlas, porque de lo contrario se corre el riesgo de producir en algunas reacciones de incomprensión y de hostilidad. Pues sí, ya lo veréis, os será a menudo más fácil ayudar a la gente si no saben lo ricos que sois, ricos interiormente.

Sólo aquél que ha comprendido lo que es el sacrificio podrá convertirse en un verdadero hijo de Dios. Al trabajar cada día en sí mismo, transforma la materia, su propia materia. Cada vez sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos vibran más en armonía con la voluntad divina y su Padre celestial se reconoce en él.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

IV

«DEJAD QUE LOS MUERTOS ENTIERREN A LOS MUERTOS... »

La enseñanza de Jesús es una enseñanza de la vida, una enseñanza de la vida divina. Es la comprensión que tenía de la vida lo que hizo de Jesús un verdadero hijo de Dios. Siempre me maravillo ante la profundidad de esta comprensión que se manifiesta, una vez más cuando dice a un hombre que se encuentra en su camino: *«Deja que los muertos entierren a los muertos. Y tú, sígueme.»* Si se toma esta frase en su sentido literal, lo que dice Jesús es aberrante, porque parece aconsejar abandonar los cuerpos de nuestros padres y de nuestros amigos, sin sepultura... y aún peor, esta frase no tiene ningún sentido: ¿cómo podrían los muertos enterrar otros muertos?

Al decir: *«Deja que los muertos entierren a los muertos»*, Jesús no quería referirse a los muertos que se llevan al cementerio; es necesario llevarlos allí donde deban estar, y además, aunque estén muertos, su alma siempre está viva. Jesús pensaba en otros muertos. Porque aunque estén vivos, los humanos llevan en su interior algo que, desde el punto de vista de Jesús, está muerto y les arrastra hacia la muerte: su naturaleza inferior. En efecto, las manifestaciones de la naturaleza inferior deben ser clasificadas entre los muertos. Y aquellos que buscan satisfacerla a toda costa, someterse a sus caprichos, terminan muriendo a su vez. Según nuestra manera de pensar y de comportarnos nos mortificamos o nos vivificamos, y todo lo que en nosotros no esté impregnado con la vida del alma y del espíritu nos conduce hacia la muerte.

La naturaleza inferior del hombre está viva y bien viva, es ella la que se manifiesta en tantos libros, espectáculos, periódicos, en la radio y en la televisión... Pero desde el punto de vista espiritual, esta clase de vida es en realidad la muerte para nosotros y para los demás. Por esto es necesario tomar en serio el consejo de Jesús. En su cabeza, en su corazón, ¡cuánta gente pierde el tiempo «*sepultando a los muertos*»! Se ocupan de ellos, los acompañan... Y estos muertos no son necesariamente sólo humanos, sino también objetos, ideas, opiniones, sentimientos. Debemos comprender estas palabras de Jesús desde todos los puntos de vista y aplicarlas en todos los ámbitos: la filosofía, la literatura, la religión, el arte, la economía, y en la vida diaria.

«Y tu, sígueme», añade Jesús. ¿Por qué? Para estar vivos. Porque es aliado del Cristo donde está la vida, la vida divina. En realidad, estamos al mismo tiempo muertos y vivos. Hay vivos que están muertos, puesto que se ocupan de otros muertos. Y hay muertos que no han dejado de estar vivos, porque durante su existencia terrestre intentaron en todo momento conceder en su interior el primer lugar al espíritu. Eligieron seguir al Cristo y entraron vivos en la muerte.

Para elegir seguir al Cristo, es necesario haber aprendido a sentir dónde se halla lo esencial. Pero los humanos buscan su alimento en todo lo que no es esencial. Pasan su existencia en ocupaciones que no aportan nada a su alma ni a su espíritu. Seguramente me diréis que el alma y el espíritu no pueden participar mucho en las actividades mundanas de la existencia diaria, ni en aquellas que se deben realizar para ganarse la vida. En primer lugar os diré que esto no es del todo seguro... Y después, ¿qué hace la gente cuando vuelven de trabajar o cuando tienen tiempo libre? ¿Cuáles son sus preocupaciones, sus conversaciones, sus actividades, sus distracciones? Quizá no

hagan nada verdaderamente reprochable, pero en vez de construir en ellos mismos algo sólido, estable, pierden el tiempo y sus fuerzas en nimiedades. Es pues como si dejaran que la muerte se introdujera en ellos. Todo lo que no es esencial, es esto que Jesús llama «los muertos»: escorias, residuos que es preciso rechazar porque han perdido los elementos de la vida divina, la vida del espíritu.

Comprender lo esencial, es sentir la necesidad de organizar nuestra existencia alrededor de este centro, el espíritu, esta chispa que habita en nosotros y que es el signo de nuestra filiación divina.' De esta manera, todas nuestras actividades, nuestras distracciones incluso, contribuirán a alimentar la vida en nosotros. El espíritu que habita en el hombre no rechaza el hígado, los intestinos o los pies con el pretexto de que no son órganos o miembros tan nobles como él. Todo se halla en su lugar y el espíritu se sirve de ellos. Pero permanece en el centro, de lo contrario sería la muerte; y cuando la muerte aparece, no se puede ya hacer nada.

¿Por qué tantos hombres y mujeres que se adoraban terminan cansándose los unos de los otros y se abandonan? Porque están demasiado ocupados de los «muertos» y terminan muriendo ellos también. Si se hubieran ocupado en conservar la vida en su interior, en embellecerla, en volverla poética, continuarían agradándose y amándose. No quiero mezclarme en esta clase de asuntos, pero por ejemplo ¿para qué sirve el maquillaje de las mujeres? Para dar la apariencia de vida. Sienten instintivamente que lo que buscan los hombres es la vida, y resaltando en su rostro los colores de la vida, intentan ser más atractivas. Esto puede funcionar, está claro, pero no es suficiente, y sobre todo, no es duradero.

Se lee en ciertos cuentos que, para seducir a los hombres, mujeres demonios habían logrado mediante procedimientos mágicos, aparentar juventud y seducción. Evidentemente, pobres desgraciados se dejaban engañar hasta el punto de casarse con estas maravillosas criaturas, pero algún tiempo después, perdían el juicio e incluso la vida... Hasta el día en que un hombre más sabio, más instruido tomaba conciencia de la naturaleza de esta entidad que tenía frente a sí: conseguía romper el hechizo, y esta joven de apariencia tan seductora se convertía en polvo profiriendo horribles gritos. Sí, la muerte espiritual que intenta adoptar la apariencia de la juventud y de la vida... Todos estos cuentos tienen un sentido muy profundo.

Lo que debéis estudiar es cómo Dios ha hecho las cosas, cómo la naturaleza ha hecho las cosas, con el fin de comprenderle e incluso imitarle. Esforzaos en todo momento en poner lo esencial en el centro de vuestra existencia, instalaos ahí, en lo esencial, buscando identificaros con él. Y entonces, todo el resto, la familia, los amigos, las posesiones, las ocupaciones e incluso las diversiones encuentran su lugar, porque las unís a lo esencial, de otro modo... Mientras no comprendáis en qué basar vuestra existencia, nada de lo que poseéis durará mucho tiempo: vuestra mujer, vuestros hijos, vuestros amigos, vuestras posesiones, vuestra salud ... de una manera u otra las perderéis. Cuando falta el centro, esta fuerza que unifica, que mantiene, que gobierna, todos los elementos comienzan a desperdigarse, y esto significa la muerte, la muerte espiritual.

Los humanos llevan su cuerpo, viven con él, lo cuidan, lo alimentan, lo lavan, lo visten e incluso lo maquillan, pero no se ocupan de descifrar lo que quiere decir este cuerpo con sus miembros y sus órganos. Pues bien, en este cuerpo animado por un espíritu, deben leer una lección: cómo Dios ha pensado las

cosas al poner su cuerpo al servicio de su espíritu; después, que se inspiren en esta lección para dirigir su vida, es decir que pongan todo lo que es material y efímero al servicio de lo esencial...

Lo material y lo efímero siempre jugarán un papel en nuestra vida, pero para que este papel sea beneficioso debemos hacerles participar en la actividad del espíritu. ¡Cuánta gente se pasa la vida en busca de conocimientos y aventuras! Pero estos conocimientos y estas aventuras que por un momento le dieron la impresión de vivir la verdadera vida, cuando transcurridos los años se les oye hablar, se tiene la impresión de que es como arena que han dejado deslizar entre sus dedos.

Los Turcos dicen: «Hasta los cuarenta años se gasta dinero para ponerse enfermo; y después de los cuarenta se gasta dinero para recobrar la salud.» Recuerdo haber escuchado esto en mi juventud, en Bulgaria. Esta es la condición de la mayoría de los humanos: emplean todos los medios a su disposición para usar y abusar de sus recursos físicos y psíquicos. Al principio, tienen la sensación de vivir. Pero lo que cuenta no es «al principio»; es el balance que se hace de su vida, años después. Por esto, de vez en cuando es necesario revisar nuestras opciones y nuestras actividades preguntándonos: «¿Qué me aportará todo esto? ¿No estaré enterrando a los muertos? ¿Qué puedo hacer para estar vivo?»

Creedme, la única ciencia que merece verdaderamente la pena profundizar es la ciencia de la vida, porque es la clave, abarca a todas las demás ciencias. Vosotros leéis, estudiáis, está muy bien, pero no es la lectura lo que os dará la vida. Y en cambio, comprenderéis mejor lo que leéis si ya habéis trabajado sobre la vida. E incluso si pasáis vuestro tiempo escuchando o tocando música, por muy hermosa e inspirada que sea, ¿qué os aportará esta música? ¿Acaso sabréis, gracias a ella, orientaros

mejor en la vida? No, porque ahí también se necesita otro saber. Sin la ciencia de la vida, nada tiene sentido. Hemos obtenido todo lo que queríamos sin ni siquiera saber porqué lo queríamos, y como tampoco sabemos lo que debemos hacer con ello, no obtenemos provecho de aquello que tanto nos ha costado conseguir.

¿Comprendéis ahora por qué Jesús insiste tanto en la vida? Porque a través de la comprensión de la vida podemos entrar en relación con Dios, nuestro Padre. Hasta entonces, sólo se pueden tener concepciones erróneas sobre Dios porque son superficiales. En vez de buscar a Dios en vosotros mismos, en esta vida que Él os ha dado, os contentáis con lo que os ha sido dicho por otros respecto a él, y entonces sospesáis los pros y los contra, os hacéis preguntas, dudáis, os cuestionáis si Él existe o no ... De esta manera, nunca conseguiréis nada.

Pero si conseguís que la vida brote en vosotros, dejaréis de cuestionaros la existencia de Dios. Cuando un Iniciado, que está instruido en la ciencia de la vida, contempla de qué se preocupan los humanos y cómo razonan... Job! no se indigna, no se irrita, sonrío ... Incluso aunque algunos de entre ellos sean muy capaces, muy eruditos, en realidad son unos ignorantes. No son conscientes de que la vida no se detiene en las manifestaciones físicas que se presentan ante sus ojos, sino que es ilimitada, en el tiempo y en el espacio; no sienten que hay una Existencia por encima de su existencia y que es hacia Ella hacia donde deberían dirigir su pensamiento. ¡Son tan limitadas sus investigaciones, sus adquisiciones! Estas no pueden proporcionarles ninguna noción de lo que es la vida verdadera, la vida que sale de Dios. Por lo tanto, un Iniciado sonrío muy amablemente, muy amistosamente, sin herir a toda esta gente. Él ve, y a menudo está triste. Quisiera ayudarles, pero no sólo no le escuchan, sino que están muy

satisfechos de sí mismos y dicen: «Nosotros, los inteligentes... nosotros, los normales... nosotros, los sensatos... » y le miran con piedad: ¿qué sabe este buen anciano con ideas de otra época?

Pero vosotros, aquí, que estáis en una Escuela en la que se os enseña la ciencia de la vida, cómo comprenderla y realizada, ¡intentad tomar en serio esta ciencia! Por más que tengáis que hacer en el transcurso del día, intentad mantener un estado de ánimo tal que sintáis la vida divina fluir en vosotros, y que a través de vosotros vivifica también a todas las criaturas, a todos los objetos de vuestro alrededor. Cuando el hombre toma así conciencia de que es el depositario de la vida divina, la Madre Naturaleza le considera como un ser inteligente, un verdadero hijo de la luz, y comienza a amarle, le abre sus puertas, le entrega trajes de gala para que participe en sus festines y en sus misterios.

El estudio de la vida debe continuar durante millones de años porque es una ciencia sin fin, y esto es la que la hace tan apasionante. Una vez habéis comenzado, sentís que nunca podréis deteneros. Yo elegí esta ciencia para convertirla en mi profesión. Efectivamente, elegí esta ciencia que es la más desdeñada, la más despreciada, sabiendo de antemano que no habrían muchos aficionados a estudiarla conmigo. Entonces, ¿por qué me empeño? Porque lo que hoyes despreciado será apreciado mañana. La ciencia de la vida, es esta piedra de la que habla Jesús: *«La piedra que los obreros rechazaron se ha convertido en la piedra angular.»*

Evidentemente, debido a que me he concentrado en la vida, he dejado a un lado los otros campos; entonces, se pueden encontrar en mí grandes lagunas. Ignoro muchas cosas, pero me da igual. Si fuera posible, evidentemente preferiría saberlo todo, conocerlo todo, pero esto llevaría demasiado tiempo, demasiadas energías que deberían ser consagradas en detrimento de la vida.

Por otra parte, yo también he cursado estudios universitarios, y podría entreteneros con toda clase de temas, como lo hacen miles de profesores y conferenciantes de todo el mundo. Sólo que sentiría extraño el tema, como si no fuera mi trabajo, ni mi deber, ni mi vocación, ni mi elemento ... como si pusiera los pies en un campo que no es el mío. Por lo tanto, dejo todos los demás temas para que los estudien los especialistas y me concentro en la vida. Aprender a recibir y a comunicar la vida, porque ésta es la verdadera magia.

Nunca lamentaréis haber concedido el primer lugar a la vida. Por tanto, no esperéis a que ella os abandone para comprender lo que habéis perdido corriendo en persecución de todo el resto. Yo, sólo pido al Cielo una sola cosa: que me de la vida, pero no tanto una vida larga, sino esta sensación de pertenecer a la vida cósmica, a la vida del universo, de las estrellas.² Y para poder hablaras así de la vida, yo también me veo obligado a trabajar sobre mi propia vida. De otro modo, ¿qué sería capaz de aportaras?

Aunque se encuentre también fuera de nosotros, la vida, la vida divina está dentro de nosotros. Y aunque sean poco numerosos, existen en la tierra seres que han comprendido la importancia y la belleza de esta vida. Entonces, ¿qué es lo que nos excusa para decidimos a participar en su trabajo?³ Porque a aquél que busca la verdadera vida, Dios indica donde están los seres que la han hallado con el fin de que puedan ayudarle y arrastrarle con ellos. Incluso en medio de las mayores dificultades, nadie está jamás aislado realmente. Observad lo que a menudo sucede durante una guerra: la resistencia se reagrupa en redes, cambian de nombre, utilizan santo y seña con el fin de que sólo se reconozcan aquellos que decidieron luchar juntos por la libertad de su país, y terminan triunfando. Pues bien, lo mismo sucede con

los hijos de Dios: tienen todos los medios para reconocerse y trabajar juntos.

Y cuando haya muchos seres en la tierra capaces de vivir esta vida divina, ésta irrumpirá en todas partes como oleadas de agua pura; entonces será verdaderamente la nueva vida, no sólo para algunos individuos dispersos, sino para toda la humanidad. Esto llevará mucho tiempo, evidentemente, pero poco importa el tiempo, es preciso comenzar este trabajo que es el de los hijos e hijas de Dios. Los hijos y las hijas de Dios sólo piensan en mejorar la vida, en hacerla pura, luminosa, hermosa, abundante, con el fin de propagarla, distribuirla y repartirla entre todos. No será de ellos que Jesús dirá que son muertos ocupados en enterrar a otros muertos; no, ellos están vivos, porque trabajan con él para que fluya la vida divina.



*Centre **OMRAAM***
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

V

**«DIOS AMÓ TANTO AL MUNDO
QUE ENVIÓ A SU HIJO ÚNICO»**

A lo largo de los Evangelios Jesús no cesó de decir que el ser humano es hijo de Dios. Entonces, qué significa esta afirmación transmitida a lo largo de los siglos y que constituye la base del cristianismo: «*Dios amó tanto al mundo que envió a su hijo único*»... Porque es a partir de estas palabras de san Juan que los Padres de la Iglesia y los teólogos que les sucedieron establecieron todos los artículos de la fe cristiana. Pero ¿supieron interpretarlos correctamente? Esto significaría pues que en un momento de la historia de los hombres, Dios finalmente decidió acudir en su ayuda. Hasta entonces, había permitido que la humanidad se debatiera en la oscuridad, y luego un día, después de millones de años, sin saber por qué, Él comprendió que había llegado el momento de enviar a su hijo, Jesús.

De este hijo no se sabe gran cosa. Algunos incluso han puesto en duda la realidad de su existencia. Los Evangelios relatan que nació en un establo, porque no había sitio en las posadas, y que inmediatamente después, sus padres debieron huir a Egipto para protegerlo, porque el rey Herodes deseaba matarlo. Después de la muerte de Herodes, lo llevaron de nuevo a Galilea, pero de estos primeros años sólo se hace mención en el Evangelio de san Lucas: «*Pues el niño crecía y se volvía más fuerte. Estaba lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba en él.*» Y esta mención va seguida del episodio en el que, a la edad de doce años, Jesús escapa de la vigilancia de sus padres: en vez de regresar con ellos a Nazaret, se queda en Jerusalén donde le hallan en el Templo conversando con los doctores de la Ley.

Después, se diría que Jesús desaparece. Reaparece dieciocho años más tarde, a la edad de treinta años, cuando se hace bautizar por Juan Bautista en las aguas del Jordán. Entonces recorre Judea, Samaria, Galilea, y habla en los caminos a la multitud que le sigue, enseña en las sinagogas, cura a los enfermos, ahuyenta a los demonios... Pero su mensaje y su conducta irritan a los fariseos y a los saduceos que se consideraban como los guardianes de la ley de Moisés; deciden arrestarle y condenare por la autoridad romana que gobernaba el país, y a los treinta y tres años murió en la cruz.

Por tanto, para los cristianos, hace dos mil años que Dios se manifestó en la tierra enviando a su hijo único, y esta manifestación duró treinta y tres años. Después, Dios abandonó a los humanos a su suerte, ya no tenía hijos a enviar puesto que sólo tenía uno. Y ¿por qué sólo tiene uno?.. ¡Cuántos padres son más privilegiados que Él! Tienen a veces diez o incluso más.

La verdad es que los Padres de la Iglesia no comprendieron, o no quisieron comprender, o bien incluso no quisieron enseñar lo que significa realmente ser hijos de Dios. Y de esto se desprenden dos afirmaciones erróneas: la primera, que Jesús era el mismo Dios; la segunda, que sólo Jesús es realmente hijo de Dios; los otros hombres son hijos de una especie inferior. Ahora bien, al leer los Evangelios constatamos que Jesús jamás dijo tal cosa. Si es cierto que en varios pasajes se dirige a Dios llamándole «Padre», cuando habla a sus discípulos o a la multitud que le sigue, también dice «vuestro Padre»; y cuando les enseña cómo rezar, las primeras palabras de esta oración son: «*Padre Nuestro que estás en los cielos*». ¿Acaso este término de «Padre» puede tener dos sentidos diferentes? No. Por tanto, la palabra «hijo» tampoco puede tener dos sentidos diferentes. ¿Por qué atribuir a Jesús algo que no dijo?

Al final de su Evangelio, san Juan escribe que si se debiera informar con detalle sobre todos los actos y palabras de Jesús, «el mundo entero no podría contener los libros que se escribirían». Por tanto, muy pocas cosas referentes a Jesús han llegado hasta nosotros. No obstante, si sabemos interpretadas, estas pocas cosas nos revelan mucho.

Cualquier religión está basada en la conciencia de que existe una unión entre el hombre y la Divinidad, y cada una ha presentado esta unión de una manera que le resultaba propia. En el Antiguo Testamento, Moisés, al comienzo del libro del Génesis, escribe que «Dios creó al hombre a su imagen»; esta era ya una manera de revelar que él es su hijo. Al dirigirse a Dios y al llamarle la mayoría de las veces con el nombre de Padre. Jesús ha llegado a dar a esta revelación toda su extensión.

Pero en vez de profundizar esta verdad, en lugar de extraer todas las consecuencias para la humanidad entera y de comprender que cada uno puede encontrar en ella el sentido de la vida para sí y para todos los otros hombres, los Padres de la Iglesia declararon que sólo Jesús era el verdadero hijo de Dios, y por tanto Dios mismo. Lo que Jesús dijo para todos los hombres, ellos quisieron que sólo fuera cierto para él, y con el fin de imponer sus ideas y darles más fuerza, se vieron obligados a fabricar sobre este tema teorías insensatas. Puesto que era Dios hecho hombre, Jesús no podía venir al mundo como los demás seres humanos: por tanto fue necesario decretar que fue «nacido de una virgen» después de haber sido «*concebido por obra del Espíritu Santo*». Y como era impensable que un Dios muriese en la cruz, fue necesario decir también que resucitó y subió al cielo.

En el fondo, los cristianos reaccionan como materialistas, porque confunden el plano material. La dimensión simbólica de los acontecimientos y de las cosas se les escapa. Creen que Dios

envió realmente a su hijo, por lo tanto Jesús es el hijo de Dios como cualquier hombre es el hijo de su padre. Como al darles el pan y el vino les dijo: «Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre», creen en su «presencia real» en la eucaristía. Y creen que subió al cielo con su cuerpo físico resucitado, y que desde entonces, está sentado a la derecha de Dios. Pero ¿qué significa «la derecha de Dios»? Sólo se puede hablar de derecha o de izquierda con respecto a un cuerpo físico. ¿También Dios tiene un cuerpo físico? Y si este término «derecha» sólo es simbólico, ¿acaso Jesús posee un cuerpo al lado de Dios que no tiene... y de miríadas de ángeles y de arcángeles que son espíritus puros? Entonces, ¿cómo lo hace para alimentarse? Pues sí, debemos ser lógicos, si Jesús está en el cielo con su cuerpo físico, debe alimentarlo. Pudo ayunar cuarenta días en el desierto, pero ¿puede ayunar desde hace dos mil años?, o entonces ¿de qué se alimenta? ¿Por qué la fe debe contradecir hasta tal punto el sentido común? ... me refiero a las leyes de la naturaleza establecidas por Dios mismo.

Y ahora hablemos de María. Puesto que la Iglesia ha hecho a la madre de Jesús «la madre de Dios», era preciso presentarla asimismo como un ser absolutamente especial, único. Por esto María fue proclamada «*Inmaculada Concepción*», es decir concebida sin pecado, por tanto preservada del pecado original, y siempre virgen. No veo nada en contra, pero entonces ¿qué pensar de este pasaje de los Evangelios dónde se mencionan los hermanos de Jesús?.. Y puesto que ella era la madre de Dios, se decidió que no podía morir: después de haber sido sumergida en una especie de sueño, su cuerpo fue elevado por los ángeles, y desde entonces está sentada al lado de su hijo como reina del Cielo. Por tanto, en el cielo poblado de espíritus luminosos, ¿Jesús y María serían los únicos que poseen un cuerpo físico?

Posiblemente nadie más que yo cree en la grandeza de Jesús, en su santidad, en su luz, en su poder. Y yo también creo que era hijo de Dios, sí, pero esta filiación es de naturaleza distinta a la que la Iglesia ha enseñado. Igualmente siento mucho respeto por María, y la amo, pero aquí también, la representación que la Iglesia ha querido dar de ella es una pura invención.

Incluso aunque los Evangelios sólo den muy pocos detalles, para aquél que los sabe leer, la verdad sobre Jesús aparece claramente. De Jesús niño fue escrito que «*crecía en fuerza y en sabiduría*». Si alguien crece, es porque todavía no es suficientemente grande. Entonces, ¿es que Dios mismo se vio obligado a crecer? Ya antes, se le obligó a nacer pasando por el cuerpo de una mujer; ahora bien, si Jesús para nacer no tuvo necesidad de un padre físico, ¿por qué necesitó de una madre? Si realmente era posible concebir un hijo «*por obra del Espíritu Santo*», el Espíritu Santo ¿no pudo también hacerle nacer sin la intervención de una madre física? ¿Necesita Dios pasar por un cuerpo de mujer para manifestarse cuando quiere? Si Jesús tuvo una madre, es que también tuvo un padre. Y si este padre no fue José, ¿quién fue?..

Los Evangelios no dicen nada de lo que Jesús hizo a partir de la edad de doce años, ni siquiera donde estuvo; pero he aquí que de repente aparece en las orillas del Jordán, y le pide a Juan Bautista que le bautice. Cuando sale del agua después de haber sido bautizado, el Espíritu Santo desciende sobre él en forma de una paloma. Aquí también, ¿por qué Jesús debió esperar a cumplir treinta años para recibir el Espíritu Santo? ¿Por qué necesitaba treinta años de aprendizaje? Si fue concebido por la virtud del Espíritu Santo, no habría tenido necesidad de esperar tantos años para recibido... Ya veis qué contradictorio es todo esto.

Si Jesús era Dios mismo, uno se pregunta por qué Dios tuvo que nacer, pasar después por todos los estadios del desarrollo humano para recibir finalmente el bautismo a la edad de treinta años antes de iniciar su misión. ¿Acaso Dios se vio obligado a llegar a una especie de mayoría de edad para manifestarse? ... Y además, sólo dispuso de tres años para hacerla. Para un ser que tiene la eternidad, que vive en la eternidad, ¡es muy poco, muy escaso!

En realidad, Dios no necesita esperar, no está obligado a nacer, a crecer y a instruirse. O entonces, cuando se habla de Dios, es que no se sabe de quién se habla. Dios es el Espíritu cósmico que no necesita aprender ni perfeccionarse porque es la perfección. Son las criaturas quienes deben trabajar y perfeccionarse para elevarse hasta Él, y Jesús, que era una criatura humana, no fue una excepción. Sólo que Jesús llegó tan lejos en la meditación, en la oración, en la contemplación de su Padre celestial y en la identificación con Él, que pudo decir: «*Mi Padre y yo somos uno.*» Pero al identificarse con su Padre celestial, no quiso decir que fuese su hijo único, ni Dios mismo.

En el Evangelio según san Mateo, el bautismo de Jesús en las aguas del Jordán y el descenso del Espíritu Santo son seguidos a continuación por el relato de su retirada al desierto: allí, cuando hubo ayunado durante cuarenta días, el diablo vino a tentarle. ¿Por qué Jesús tuvo que ayunar? Y después de este ayuno, ¿por qué fue tentado por el diablo? El ayuno es una purificación, y si Jesús hubiera sido Dios mismo, ni hubiera tenido la necesidad de ayunar, ni el diablo hubiera venido a tentarle. El diablo no es tan estúpido, sabe que no tiene ninguna posibilidad de seducir a Dios ni de atraerle hacia sus redes, ni tan siquiera lo intenta.

Pero allí el diablo se dijo: «*Jesús es un hijo de Dios, pero también hay algo en él de la naturaleza humana, puedo pues*

tentarle a través de esta naturaleza humana, y quizás podría caer en mi trampa como sucedió con otros que también eran hijos de Dios.» El diablo siempre sabe con quien entendedérselas; sabía por tanto quién era Jesús, y si Jesús hubiera sido Dios mismo, sabiendo de antemano que sería vencido, no hubiera intentado tentarle. Evidentemente, no tuvo éxito, pero si lo intentó, fue porque hubiera podido tener éxito.

¿Y cómo hay que interpretar las horas de angustia vividas por Jesús, al final, en el Huerto de Getsemaní sabiendo que iba a ser arrestado y condenado al suplicio? Está escrito que él «agonizaba y que su sudor se parecía a grumos de sangre que caían a tierra». Rezaba: «*Padre, tu lo puedes todo, aleja de mí esta copa.*» Si hubiera sido Dios mismo, ¿cómo habría podido sentir semejante angustia ante la muerte? Y cuando fue clavado en la cruz, gritó: «*Dios mío, por qué me has abandonado?*»... ¿Es posible que Dios se abandone a sí mismo?

Las tentaciones, la agonía en el Huerto de Getsemaní y la crucifixión nos enseñan lo que verdaderamente es un hijo de Dios. Un hijo de Dios es un ser humano y, como todos los demás seres humanos, es tentado por su naturaleza inferior así como por su naturaleza superior; pero siempre termina triunfando su naturaleza superior, su naturaleza divina. Jesús triunfó sobre las tentaciones a que le sometió el diablo, es decir su naturaleza inferior.² Si tuvo que soportar estas tentaciones, es porque todavía existía en él algo que debía vencer, todavía tenía que superar pruebas, conseguir victorias. Estas victorias debían ser grabadas, marcadas en la sustancia de su ser, porque todas las luchas interiores que hemos realizados dejan en nosotros una huella imborrable. Nadie es una excepción, y Jesús tampoco podía ser una excepción. Desde el instante en que un espíritu acepta encarnarse en la tierra, debe afrontar las pruebas que representan

las correspondientes etapas a franquear. Si tiene éxito es porque ha sabido manifestar su naturaleza de hijo de Dios.

Cuando en el Jardín de Getsemaní Jesús experimentó la angustia de la muerte, suplicaba: «*Padre mío, ¡que esta copa se aleje de mí!..* » Después se retractó: «*Padre mío, si no es posible que esta copa se aleje sin que yo la beba, ¡que sea hecha tu voluntad!*» ¡Cuánta humildad por parte de Jesús! A diferencia de todos aquellos que creen tener derecho a exigir que el Señor responda a sus peticiones, no insistió. No dijo: «*Tu eres mi Padre, yo soy tu hijo, entonces debes escuchar mi súplica.*» ¡Cuántos cristianos exigen de Dios que escuche sus plegarias y se alejan de Él con el pretexto de que no lo ha hecho! ¿Y qué reclaman a menudo? ¡Cosas tan banales! Mientras que Jesús aceptó sin rechistar el más horroroso suplicio.

Esta actitud de Jesús debe ser para nosotros una enseñanza. Al decir: «*Que sea hecha tu voluntad, Señor, y no la mía*», estaba pronunciando una fórmula poderosa y mágica, con la cual la voluntad humana se funde en la voluntad divina. Y si ella no puede impedir que se realicen los acontecimientos que ya habían sido decretados, por lo menos aquél que la pronuncia encuentra en sí mismo fuerza, paz y unidad, y no siente una oposición entre sus propios deseos y los decretos del Cielo. No puede evitar ciertos acontecimientos dolorosos, pero identificando su voluntad propia con la voluntad divina, los acepta de otra manera. En el momento en que logra elevarse hasta el mundo divino, se desprende de sus sufrimientos hasta el punto de sentirlos como algo que ya no forma parte verdaderamente de él.

Quienes lo crucificaron decían a Jesús: «*Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz.*» Pero el verdadero poder del hombre no es escapar de las pruebas, como muchos lo creen. El verdadero poder, es poder aceptarlas en la claridad, la abnegación y sobre

todo en la paz y la unidad de espíritu. Es normal sentir confusión y angustia; incluso los héroes temblaron en el momento de enfrentarse a ciertos peligros. Pero su fuerza consistía en que, al momento siguiente, se convertían en dueños de la situación, e incluso eran capaces de cantar caminando hacia la muerte.

Jesús conocía las pruebas que le esperaban, él mismo las había anunciado a sus discípulos. Pero la violencia del suplicio que estaba sufriendo, despertó en él los poderes oscuros de su naturaleza puramente humana, y gritó: «*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» En realidad, Dios no había abandonado a Jesús, pero esta sensación de estar solo, abandonado, perdido, puede ser sentida incluso por los más grandes Iniciados. La naturaleza humana en Jesús no pudo impedir que profiriera algunos gritos de angustia, pero lo hizo con amor, sin rebelarse, y ahí también está la gran diferencia. Por esto al final encontró la luz y la paz, y sus últimas palabras fueron: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*».

Aquél que había dicho: «Mi Padre y yo somos uno», ¿era otro que aquél que dijo: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» No, pero en la primera frase, se expresaba su naturaleza divina, y en la segunda, su naturaleza humana. Seguramente muchos cristianos se escandalizarán: ¿cómo me atrevo a hablar así de Jesús? Pero para aquellos que razonan, que están despiertos, esta explicación que os doy no les hará perder en nada su grandeza. Al contrario, pone en evidencia su verdadera grandeza, los esfuerzos que tuvo que realizar para llegar hasta esta cima.

Para demostrar la superioridad del cristianismo, los Padres de la Iglesia indudablemente creyeron que era correcto afirmar que tenían como fundador al mismo Hijo de Dios: Dios mismo convertido en hombre. Desgraciadamente, no basta con querer

una cosa y afirmada para que sea verdad. Muchos cristianos me dirán, ya lo sé, que no he comprendido la verdadera doctrina de la Iglesia. Cada vez que he querido hablar de esta cuestión con creyentes, o incluso con religiosos, todos me han dado la misma respuesta: Jesús es a la vez Dios verdadero y hombre verdadero. Y cada vez me he visto obligado a decidir que esta afirmación no tiene sentido. ¿Por qué? Porque las dos naturalezas, divina y humana sólo pueden coexistir en el hombre. Si Jesús fuera el Hijo de Dios en el sentido que lo entienden, sólo podría ser Dios.

Por lo tanto, todos aquellos que han basado estas teorías sobre Jesús, Dios verdadero y verdadero hombre, no han hecho más que revelar su ignorancia. Sí, una ignorancia anatómica, fisiológica, psicológica... ¡cósmica! Y no sólo eran unos ignorantes, sino también unos orgullosos, porque convirtiendo a Jesús en un ser que no puede existir, se erigieron contra el orden de cosas creado por Dios. Evidentemente, sé lo difícil que es para los creyentes desprenderse de ideas que no cesan de repetir desde hace veinte siglos. ¡Cuántas personas me lo han confesado! Comprendemos que lo que Vd. dice es la realidad, pero no podemos arrancar de nuestra cabeza lo que se nos ha inculcado desde nuestra infancia.

Yo, jamás negaré la religión cristiana. Cuando viajo, tengo la costumbre de entrar en las iglesias y en los templos para rezar. Pero el significado que tienen para mí estas iglesias, estos templos, las ceremonias que tienen lugar allí, y la palabra que en los mismos se enseña, es evidentemente diferente de aquella que le dan la mayor parte de los cristianos.

Dios ha hecho leyes de las cuales es imposible sustraerse, y aquél que se niega a conocerlas se lanza por unos caminos sin salida. Una de estas leyes es la siguiente: cualquiera que sea la evolución de un ser, su organismo físico y su organismo psíquico

deben llegar a alcanzar un determinado grado de desarrollo para que el Espíritu divino pueda tomar posesión de él. Un ser humano, por muy grande y excepcional que sea, no puede manifestarse como espíritu puro. La encarnación, la carne si lo queréis así, está sometida a las leyes de la materia. Recordad lo que dice Jesús a Nicodemo: *«Aquél nacido de la carne es carne, y aquel nacido del espíritu es espíritu.»* Esto significa que la carne y el espíritu son dos terrenos distintos. La carne obedece a sus propias leyes, y no se somete tan fácilmente al espíritu que quiere manifestarse a través de ella.

Jesús no es hijo de Dios en el sentido en que, en un momento de la historia, el mismo Dios se hubiera hecho hombre. En realidad, son hijos e hijas de Dios todos aquellos que toman conciencia de esta chispa que Dios ha colocado en ellos, su espíritu, y le dan todas las posibilidades para que se desarrolle y se manifieste. Esto es lo que Jesús hizo en plenitud, y esta facultad ha sido dada a todos los humanos con la condición de que dejen de confundir lo que pertenece a la categoría del espíritu de lo que pertenece a la categoría de la carne. La filiación de la que habla Jesús es una filiación espiritual, porque siempre es el espíritu el que se encarna en la materia para manifestarse a través de ella. Pretender que el espíritu se vuelva carne o que Dios se vuelva hombre, es una aberración que acarrea necesariamente muchas otras. Y esforzándose en imponer a los cristianos la imagen de Jesús que la Iglesia misma había fabricado, les ha desviado del verdadero camino de la vida interior y del verdadero trabajo espiritual.

La materia es algo inerte, testarudo, que no cesa de oponerse al espíritu en nosotros; e incluso cuando después de numerosos esfuerzos logramos vencerla, esta victoria no es duradera, es necesario volver a empezar cada vez. Pero cuando hablo de

materia, no me refiero únicamente a la materia física, sino también a la materia psíquica que, también ella, nos ofrece resistencia. Por un momento hemos logrado que sea obediente, a hacerla vibrar al unísono con el mundo de la luz, pero un instante después regresa a su estado de inercia inicial y es necesario volver a empezar el trabajo: meditar, rezar, hacer ejercicios. Evidentemente, poco a poco se adquiere un mayor dominio sobre ella, pero para no perder este dominio es necesario continuar ejercitándose infatigablemente.

Tomemos el caso de un músico virtuoso: ha logrado desarrollar unos dones excepcionales, pero por muy alto que sea el nivel que haya alcanzado, debe continuar trabajando varias horas, todos los días, con el fin de conservar el dominio que ha adquirido con su instrumento y expresar a través de él los movimientos más sutiles de su alma. Del mismo modo, un místico, un Iniciado, un gran Maestro debe someter diariamente su materia psíquica al poder del espíritu mediante la voluntad, la meditación y la oración. En los Evangelios se menciona en varios pasajes que Jesús se retiraba aparte para rezar. Si hubiera sido verdaderamente Dios mismo, ¿creéis que esto hubiera sido necesario?

Cuando el Espíritu divino consigue penetrar la materia de un ser y tomar posesión de ella, le comunica unas vibraciones tan poderosas que incluso el cuerpo físico parece haberse convertido en luz. El Espíritu empieza por alcanzar el cuerpo mental (el pensamiento) y el astral (el sentimiento), después alcanza el cuerpo físico. Este fenómeno es el que se produjo en el Monte Tabor cuando Jesús fue transfigurado. La vida espiritual comienza con un trabajo con los pensamientos y los sentimientos; pero para ser completo este trabajo también debe alcanzar el cuerpo físico con el fin de que el mismo se convierta en la morada del Eterno.

Si volvemos a los dos episodios de la vida de Jesús mencionados anteriormente: el descenso del Espíritu Santo en el momento de su bautismo, y las tres tentaciones, veremos que con su significado se confirman las explicaciones que os estoy dando: se vuelve a encontrar ese nexo que existe entre la toma de posesión de Jesús por el Espíritu Santo y la victoria que consigue después en los tres planos, físico, astral y mental. Porque, recordad, ya os lo he mostrado, cada una de estas tres tentaciones alcanza un aspecto del ser humano: la primera concierne al cuerpo físico, la segunda al cuerpo astral y la tercera al cuerpo mental. Pero incluso después de su victoria sobre estas tres tentaciones, que revelan el grado de evolución que había alcanzado, Jesús debía continuar luchando para conseguir otras victorias.

Como esto le convenía a la Iglesia, hizo entrar a Jesús en un molde fabricado por ella, y con el fin de explicar su grandeza, sus virtudes excepcionales, declaró que era hijo de Dios en el sentido de que Dios mismo podía tener un hijo. Pues bien no, no es verdad. Y aún más, da igual si la Iglesia, que rechaza admitir la reencarnación, se escandaliza con mis palabras, diré que si Jesús pudo manifestar unas virtudes tan excepcionales, es porque en sus vidas anteriores ya había hecho sobre sí mismo un trabajo gigantesco. Pero antes de comenzar la misión para la cual había venido a encarnarse, debía aprender de nuevo. Y precisamente, ¿qué hizo entre los doce y treinta años? Se preparaba, estudiaba...

¿Cuántos aceptarán la idea de que Jesús necesitaba aprender? Para los cristianos, fue desde el nacimiento omnisciente, todopoderoso y perfecto. No, porque al venir a encarnarse a la tierra, incluso el espíritu más evolucionado debe franquear ciertas etapas, no recibe todo de inmediato, necesita adquirir conocimientos, seguir una disciplina. La diferencia con los demás seres humanos está en que progresa muy deprisa. Y el

grado de dominio, sabiduría y elevación que Jesús había alcanzado a la edad de treinta años era completamente excepcional.

Todos los grandes seres del pasado que regresan a la tierra se ven obligados a estudiar. Es una ley. Independientemente de lo que hubiera sido en el pasado, cada ser que desciende a encarnarse, debe aprenderlo todo de nuevo. Incluso los más grandes Iniciados olvidan lo que sabían, y necesitan volver a empezar a instruirse para que sus cualidades y sus dones se manifiesten aún en esta nueva existencia. Evidentemente, consiguen notables resultados mucho más rápidamente que los demás, pero deben trabajar. Esta ley se cumple en todos los ámbitos. Si Mozart no hubiera encontrado en una familia de músicos las condiciones necesarias para el aprendizaje de sus dones, su genio quizás no se hubiera manifestado de un modo tan brillante. Pero él también tuvo que trabajar para volver a encontrar su saber del pasado e ir más lejos. En la tierra, para no estancarse o volver hacia atrás, es necesario ejercitarse siempre, esforzarse siempre.

Efectivamente, por muy grande que haya sido la grandeza de un ser humano en el pasado, sólo volverá a encontrarlo trabajando. Incluso los más grandes Iniciados, los más grandes Maestros, a pesar del poder y del saber que poseen de sus encarnaciones anteriores, deben hacer muchos esfuerzos para volverlos a encontrar, porque no hay nada adquirido definitivamente. De una existencia a la otra, deben retomar el trabajo, ejercitarse, luchar. Es un permanente volver a empezar. ¿Hasta cuando? Esto, sólo Dios lo sabe. Nosotros sólo debemos hacer una cosa: continuar trabajando.

Y muchos cristianos tampoco aceptarán la idea de que Jesús necesitó Maestros para que le instruyeran. Pero lo acepten o no,

esta es la realidad, porque un Maestro se parece a la comadrona que ayuda al niño a nacer. Esto no significa que la comadrona sea más evolucionada e instruida que este niño; quizás es analfabeta, o incluso corta, tonta, y este niño, un futuro genio, pero no obstante es ella quien le ayuda a nacer.

No digo por lo tanto que los Maestros que instruyeron a Jesús fueran más grandes que él, pero hicieron lo mismo que una comadrona. Incluso los más grandes entre los hijos de Dios necesitan contar con una ayuda externa para abrirse ellos también y llegar a la madurez espiritual. Jesús llevaba consigo una suma inmensa de saber acumulado a lo largo de sus encarnaciones anteriores, pero debía instruirse de nuevo y recibir una iniciación con el fin de que ese saber volviera a salir a la superficie.

Sabemos que un niño que ha sido abandonado a su suerte, que no ha tenido a su lado adultos que le enseñaran a andar y a hablar, se comporta como un animal: continúa caminado a cuatro patas, emite sonidos inarticulados, y es muy difícil incluso a veces imposible educarlo. Todo esto es para haceros comprender que por muy elevado que sea el espíritu que habita un cuerpo, un niño, un adolescente necesita a su lado adultos capaces de despertar este espíritu. Un niño puede manifestar más tarde cualidades intelectuales o morales superiores a las de los adultos que lo educaron, y un discípulo puede llegar a superar a su Maestro; pero así como el niño necesita unos padres, también el más grande de los hijos de Dios necesita unos padres en el mundo espiritual.

Como veis, es preciso esforzarse para comprender las cosas con más amplitud y profundidad en consonancia con los fenómenos que se producen en la naturaleza, porque la naturaleza es el libro en el cual encontraremos todas las explicaciones que necesitamos. No debemos «inventar» explicaciones, sino

constatar lo que hay, y entonces todo se vuelve sumamente simple.

Todos los humanos están hechos de la misma quintaesencia divina. La diferencia entre ellos está en que algunos han aprendido a trabajar con esta quintaesencia para desarrollarla, mientras que otros la dejan dormir. Es esta quintaesencia la que se denomina imagen de Dios.

Si nos comparamos con Jesús, evidentemente entre él y nosotros la distancia es inmensa. Pero si no fuéramos de la misma quintaesencia que él, no hubiera dicho: *«Haréis las mismas cosas que yo, incluso podéis hacer cosas más grandes.»* Para hacer las mismas cosas, es necesario ser de la misma naturaleza que él. El plomo no puede hacer lo que hace el oro porque no es de la misma naturaleza. En cuanto a nosotros, podemos decir que contenemos en nuestro interior un átomo de oro, pero rodeado de toda una ganga de materiales bastos. Y nuestro trabajo consiste en transformar estos materiales bastos en oro. En esto consiste el verdadero sentido del trabajo alquímico.



Centre **OMRAAM**
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
 Primer Centro
 De difusión de la obra
 Del Maestro OMRAAM
 En lengua Española

VI

JESÚS, SOBERANO SACRIFICADOR SEGÚN LA ORDEN DE MELKHISEDEK

En un pasaje de la Epístola a los Hebreos, san Pablo escribe: « ... *allí donde Jesús entró por nosotros como precursor después de haber sido nombrado soberano sacrificador eterno según la orden de Melkhisedek.*»

Melkhisedek... ¿quién es este personaje misterioso? Su nombre significa: «Rey de Justicia», y sólo es mencionado dos veces en la Biblia. La primera vez por Moisés en el Génesis: «*Después de que Abraham regresara vencedor de Kedorlaomer y de los reyes que estaban con él... Melkhisedek, rey de Salem, hizo traer pan y vino: era el sacrificador del Altísimo*». Y la segunda vez, es pues san Pablo, en la Epístola a los Hebreos, quien dice de él: «*Ese Melkhisedek, rey de Salem, es decir rey de paz, que no tiene padre, ni madre, ni genealogía, que no tiene ni principio del día ni fin de la vida pero que se ha vuelto parecido al hijo de Dios-Melkhisedek sigue siendo sacrificador a perpetuidad.*»

Melkhisedek era pues rey de Salem. Pero ¿dónde se encuentra este reino? ¿Y cómo hay que comprender la realeza de Melkhisedek? ¿Es también un rey terrestre o únicamente un rey celestial? ¿Cómo conoció su existencia Moisés? .. Y lo que san Pablo dice de él, ¿quién se lo había enseñado?.. Evidentemente de su maestro, Gamaliel, que era un doctor de la Ley, pues en la tradición oral de los Judíos se transmitía una enseñanza referente a Melkhisedek.

Melkhisedek es el representante de Dios en la tierra quien le dio la misión de acompañar el desarrollo de la humanidad. ¿Bajo qué forma puede existir un ser que no tiene ni padre ni madre, ni

principio ni fin? Para ser accesible, es necesario que tenga un cuerpo; y en efecto, tiene un cuerpo, pero no un cuerpo en el sentido que nosotros entendemos. Su cuerpo está hecho de una sustancia etérica que puede materializar cuando decide presentarse ante un ser humano, y tiene así el poder de aparecer y desaparecer.

Melkhisedek es pues esta entidad nombrada por Dios para realizar una misión especial en la tierra. No se sabe desde cuando recibió este cargo, pero siempre está ahí, y lo estará hasta el fin de los tiempos. Todos los grandes Maestros e Iniciados vienen y se van, mientras que Melkhisedek permanece. Este reino de Salem sobre el que reina no es un reino terrestre; «Salem» significa paz, y este lugar es simbólico. El reino de Melkhisedek es el de los Iniciados; todos han aprendido con él, todos han tenido como instructor a Melkhisedek. Siempre está vivo, y podemos entrar en contacto con él, y esto puede producirse en cualquier parte. Una tradición informa que mora en el reino subterráneo de Agartha (el filósofo René Guenon trató sobre este tema en su libro «El rey del mundo»). Pero son las regiones vírgenes del Himalaya las que presentan las mejores condiciones para encontrarle.

San Pablo, en cuyos escritos se funda la cristiandad, revela algo esencial cuando escribe que Jesús era «*sacrificador del Altísimo según la orden de Mekhisedek*». Aquél que entra en una orden debe someterse a una disciplina, a unas reglas, a un ritual. ¿Cómo podía afirmar san Pablo, que consideraba a Jesús un ser tan sublime, que éste pertenecía a una orden? De esta manera lo situaba bajo la autoridad de un ser que era superior a él: Melkhisedek. Pero ¿acaso esto rebaja a Jesús? No, Jesús no se siente rebajado. Son los cristianos quienes quizás rechacen esta verdad, no Jesús.

Jesús vino a encarnarse a la tierra para mostrar a los seres humanos cómo un hijo de hombre puede manifestarse como hijo de Dios. Recibió esta misión de Melkhisedek, porque Melkhisedek reconocía en él la misma elevación, la misma luz. Pero Melkhisedek no desciende a la tierra para tomar un cuerpo entre los seres humanos; es su espíritu el que les instruye y penetra en ellos cuando han logrado obtener la capacidad de elevarse hasta él.

Jesús debía venir y marchar, pero Melkhisedek permanece, porque tiene otra misión que cumplir. Diréis que Jesús tampoco se ha ido, puesto que dijo: *«Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»* En efecto, Jesús está siempre ahí, continúa trabajando en el cuerpo etérico de la tierra. Pero Melkhisedek tiene otra función: instruir a todos los grandes Maestros de la humanidad. Por esto puede ser conocido bajo otros nombres, según las tradiciones en las que se le menciona. Cuando estuve en la India, pregunté a los yoguis, a los sacerdotes: *«¿Vuestra tradición menciona un ser que sea el representante de Dios en la tierra y que vive eternamente? ¿Cómo le llamáis?»* Y me respondieron: *«Sí, existe tal ser y se le llama Markandé.»*

¿Pero qué lugar ha concedido la cristiandad a Melkhisedek? Ha sido olvidado casi por completo. ¡Cuántas iglesias han sido consagradas al Cristo, a la Virgen, a los ángeles, a los apóstoles, a los santos! Y no sólo iglesias, casi todos los oficios han sido situados bajo la protección de santos y de santas; y cuántos fieles tienen también sus santos predilectos: san Antonio, santa Brígida, santa Otilia, san Martín, san Francisco, etc. Yo no estoy en contra de ello, pero ¿por qué han olvidado a Melkhisedek, el único con el que Jesús puede ser comparado? Me diréis que está representado en una fachada de la catedral de Chartres. ¡Oh, es verdad, y yo lo he visto ... Pero ¡qué cara le han pintado!

Apagada, sin expresión, como si estuviera extenuado, casi inexistente. Me entristeció mucho ver a este ser tan grande, tan poderoso y tan luminoso, representado con rasgos tan insignificantes.

Para realizar su misión en el mundo, Melkhisedek tiene bajo sus órdenes a millones de obreros, ángeles, arcángeles, espíritus de la naturaleza, pero también a santos, profetas e Iniciados. Los pone a trabajar para que ayuden a la evolución de la humanidad. Melkhisedek es el ser más misterioso que existe en la tradición iniciática, es cierto, pero vale la pena pensar en él, unirse a él y rezarle.

En algunos santuarios antiguos, era tradición que los sacerdotes y sacerdotisas tuvieran como única función mantener en los templos un fuego que nunca debía apagarse. Y todavía en la actualidad, en las iglesias, hay una lámpara que permanece encendida día y noche. El fuego, la llama, la luz en las iglesias y en los templos recuerdan la presencia de la Divinidad en el universo, pero también en el hombre. Este fuego es el amor que, a imagen del sol, debe arder sin cesar en su corazón. En la tierra, Melkhisedek mantiene este fuego, y todos aquellos que están dispuestos pueden encender su corazón con su llama.

Pero el fuego sólo puede ser alimentado gracias al sacrificio. Por esto Melkhisedek ha sido llamado sacrificador del Altísimo. El término sacrificador evoca para la mayoría de la gente un personaje terrible que, armado con una espada, se dispone a degollar a un animal, o incluso a veces a un ser humano. No, el verdadero sacrificador es aquél que posee el secreto de la transmutación de la materia, que es la condición misma de la vida; y esta transmutación sólo puede realizarse con el fuego, el fuego físico, pero sobre todo con el fuego espiritual, el amor. ¡La vida sólo es posible gracias al sacrificio; y toda la enseñanza de

Jesús viene marcada con el sello del sacrificio que es a su vez el signo que se colocaba bajo la autoridad de Melkhisedek, sacrificador del Altísimo.

Al mismo tiempo que daba a Abraham el pan y el vino, Melkhisedek se dirigió a él con estas palabras: «*Bendito sea Abraham por el Dios Altísimo, creador del cielo y de La tierra.*» De ese modo le revelaba un nombre de Dios que todavía no conocía: El-Elyon, Dios Altísimo. Este nombre se menciona al principio del Salmo 91. «*Aquél que permanece al abrigo del Altísimo: Iochev beseter Elyon*». Dios es el creador del cielo y de la tierra, por esto es llamado Altísimo. Aquél gracias al cual deben su existencia el universo y las criaturas está por encima de todo, nadie ni nada puede ser superior a Él. Y puesto que la creación se basa en el sacrificio, cada región del universo ha sido confiada a un sacrificador que es el encargado de ella. Y Melkhisedek, sacrificador del Altísimo, ejerce su función en la primera séfira: Kether.

Ahora, ¿por qué Melkhisedek, sacrificador del Altísimo, se presentó ante Abraham para darle el pan y el vino? Abraham acababa de lograr una victoria sobre sus enemigos: Kedorlaomer, rey de Elam, y los reyes que estaban con él, los reyes de Sodoma, de Gomorra, etc. Fue entonces cuando Melkhisedek, rey de Salem, le trajo el pan y el vino. Muchos pensarán que esto es un regalo bien pobre. Un rey generalmente hace regalos suntuosos; en aquella época, eran animales raros, piedras preciosas, metales, telas, maderas preciosas... Y a cambio, para manifestar su respeto y su reconocimiento, el Génesis relata que «*Abraham le dio un diezmo de todo*». ¿Cómo debemos interpretar esto? ¿Necesitaba Melkhisedek que Abraham le diera ganado o el producto de sus cosechas? Tanto más que a cambio de todo ello ¡recibía un trozo

de pan y un poco de vino! ¿Cómo comprender la desigualdad de este intercambio?

Al igual que en muchos relatos bíblicos, aquí hay unos símbolos que deben ser profundizados trasladándolos a la vida psíquica. Los reyes vencidos por Abraham representan a las manifestaciones de la naturaleza inferior, los instintos groseros, destructivos sobre los que cada hombre debe triunfar para escapar a la muerte. Cuando lo ha conseguido, recibe el pan y el vino de la vida. Porque el pan y el vino son evidentemente también símbolos que resumen toda una ciencia.

Esta ciencia, es la última cena que Jesús tomó con sus discípulos, la cual puede revelarnos todo su alcance, ya que en el transcurso de esta cena Jesús volvió a repetir con sus discípulos lo que Melchisedek había hecho con Abraham. No se sabe lo que Melchisedek dijo a Abraham cuando dio el pan y el vino, pero sí se sabe lo que Jesús dijo a sus discípulos. Entonces, durante esa cena, Jesús tomó el pan y lo dio a sus discípulos diciendo: *«Tomad y comed, porque este es mi cuerpo.»* Después tomó una copa de vino y les invitó a beber diciendo: *«Bebed todos, porque esta es mi sangre.»* y añadió: *«Aquel que come mi carne y que bebe mi sangre tiene la vida eterna.»* De hecho, estas palabras que los cristianos escuchan cada vez que asisten a la misa, hubieran debido instruirles de la distinción que Jesús hacía entre él y este principio cósmico que se ha llamado el Cristo. Si no, sería preciso comprender que debían comer realmente su carne y beber su sangre, lo que carece de sentido.

Entonces, ¿cómo comprender este pan y este vino que Jesús presenta como su cuerpo y su sangre? Son los símbolos de los dos principios, masculino y femenino, sobre los que se asienta toda la creación. En todos los reinos de la naturaleza, y hasta el mundo divino, se hallan manifestaciones de estos dos principios.

Tomemos solamente el hecho de que el color blanco generalmente está asociado al pan y el color rojo al vino. El blanco y el rojo son los dos colores de la vida, comenzando por la sangre que está compuesta de glóbulos blancos y de glóbulos rojos. Estos dos colores están asimismo presentes en el momento de las primeras relaciones sexuales entre un hombre y una mujer: el hombre aporta el blanco y la mujer el rojo. Sin detenerme demasiado en estos detalles, recordaré que en países donde ciertas tradiciones están aún vivas, se concede una gran importancia a la virginidad de la mujer en el momento del matrimonio. Y cuando es concebido un niño, primero es alimentado con la sangre (el rojo) en el seno de su madre; y después cuando ha nacido con la leche (el blanco).

Desde el punto de vista simbólico, el pan y el vino están pues en relación con la perpetuación de la vida, y resumen igualmente todos los alimentos de los que el hombre se alimenta. No se bebe vino en todas las regiones del mundo, incluso hay religiones que lo prohíben a sus fieles, pero el vino continúa siendo el símbolo del líquido nutritivo complemento del alimento sólido: el pan. Diréis que nuestra bebida principal es sobre todo el agua. Sí, es verdad. Pero ¿por qué en las bodas de Canaán Jesús convirtió el agua en vino?.. Y no es agua lo que dio a sus discípulos la noche de la Cena. El agua tiene otro significado en el pensamiento de Jesús, y es necesario saber orientarse entre los símbolos.

Incluso los sacerdotes que dicen misa no conocen, la mayoría de las veces, el sentido profundo y universal de los mismos. El pan y el vino que presentan a los fieles como el cuerpo y la sangre del Cristo del cual van a alimentarse, deben ser interpretados como realidades espirituales con el fin de que puedan ocupar un lugar en su conciencia. Mientras los cristianos

no comprendan los procesos psíquicos y espirituales que están ocultos tras el pan y el vino, la comunión no les será de ninguna utilidad. Para nutrirse verdaderamente con la carne y la sangre del Cristo, es necesario que aprendan a ver en ellos los símbolos de la sabiduría y del amor divino. En ese momento, sí, encontrarán en este pan y este vino un alimento para su alma y para su espíritu, y poco a poco accederán a este grado superior de vida que Jesús llama «*la vida eterna*».

El sacrificio de su carne y de su sangre, Jesús lo hizo después físicamente en la cruz. Pero este sacrificio tampoco puede aportar gran cosa a aquél que no haya ya comprendido lo que significa en el plano espiritual la comunión con el pan y el vino. Nosotros comemos el pan, bebemos el vino, y al incorporamos este alimento mantenemos la vida en nosotros. Porque no solamente absorbemos alimentos, sino también sentimientos, pensamientos y deseos que entran en la constitución de nuestro ser. En tanto que símbolos, el pan y el vino tienen por tanto una aplicación en nuestros diferentes organismos: físico, psíquico y espiritual.

En todos los planos, alimentarse es la condición indispensable para la vida. Pero, ¿qué es comulgar? Comer y beber. Y comer y beber se hacen con la boca, con todos nuestros órganos de los sentidos, pero también y principalmente con nuestro corazón, nuestro intelecto, nuestra alma y nuestro espíritu. Comulgar es recibir la vida, participar en la vida, en la vida espiritual. Y la vida espiritual es el resultado de un encuentro: el encuentro de la sabiduría y del amor, de la luz y del calor. Cuántas veces os he dicho: «*Meditad sobre el sol, impregnaros con su luz y su calor: comenzaréis a tener una idea de lo que son, en el plano espiritual, la carne y la sangre del Cristo, y gozaréis de la vida eterna.*» Cada día el Cristo nos da su carne para comer

y su sangre para beber. Pero ¿cuáles son ahora los cristianos que harán el esfuerzo de comprender?

Para comprender la verdadera dimensión de la comunión, nos vemos obligados a retroceder muy lejos en el tiempo hasta Melkhisedek, el primero que aportó el pan y el vino a Abraham. Ahora, la consagración del pan y del vino por el sacerdote sólo representa para muchos cristianos la repetición de un acontecimiento histórico que se produjo un día, hace dos mil años, en Jerusalén. Después de haberles dado el pan y el vino, Jesús, es verdad, dijo a sus discípulos: «*Haced esto en memoria mía.*» Pero conservar solamente el recuerdo, es poco, y este recuerdo no exime de profundizar el significado inmenso que Jesús dio a este acto. ¿Por qué no creó otro rito? Podía haberlo hecho, pero repitió lo que Melkhisedek hizo antes de él. Esto revela no solamente la importancia que daba a este acto, sino su voluntad de recalcar su pertenencia a la línea de Melkhisedek.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

VII

JESÚS HOMBRE Y EL PRINCIPIO CÓSMICO DE CRISTO

Jesús «*hijo único de Dios*»... Aquél que quiera llegar a comprender a todos esos Padres fundadores, a todos esos papas, a todos esos cardenales que se reunieron en concilios para debatir y establecer lo que ahora se considera como una doctrina indiscutible, debe leer obras extremadamente complicadas. He leído algunas de estas obras, pero ¿de qué os servirá hablaros de ellos? ¿Acaso Jesús necesitaba tantos intérpretes para ser comprendido?.. No sólo estos intérpretes han contribuido a embrollarlo todo, sino que las posturas tan rígidas y fanáticas que adoptaron, empujaron a los cristianos en ciertas épocas a cometer las peores atrocidades: perseguir a los herejes, encarcelarles, torturarles, condenarles a la hoguera, masacrar poblaciones enteras...

En el Sermón de la Montaña Jesús había dicho: «*Bienaventurados aquellos que traen la paz porque serán llamados hijos de Dios.*» Pero para persuadir a los «infieles» que Jesús era el Hijo único de Dios, los cristianos declararon la guerra por todas partes. Y no sólo no veían cuánto contradecía ello el mensaje evangélico, sino que además creían firmemente que Dios les recompensaría un día. Pero dejemos todo eso...

Los cristianos, queriendo hacer de Jesús el hijo único de Dios, confundieron el plano humano y el plano divino, el plano histórico y el plano cósmico.

En tanto que principio cósmico, se puede decir que «el Hijo», la segunda persona de la Santísima Trinidad, es el hijo único de Dios. Es este principio cósmico al que se ha dado el

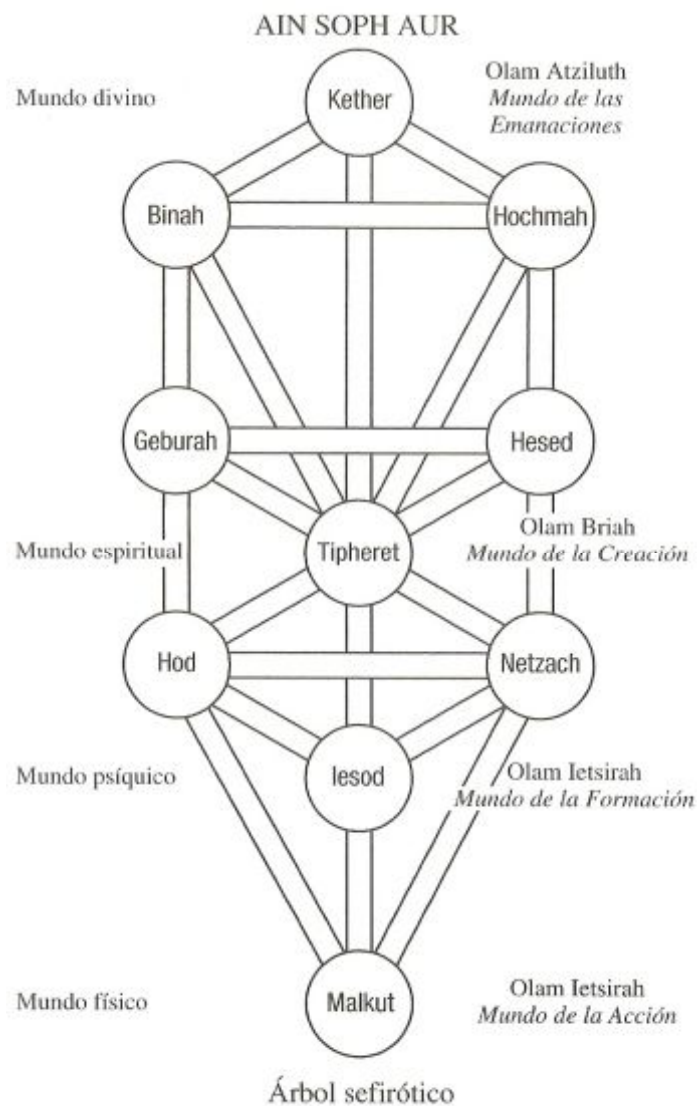
nombre de Cristo, y es con este principio cósmico con el que, mediante su trabajo, Jesús hombre se identificó. Toda la confusión procede que no se supo cómo interpretar la palabra «hijo». El Cristo es el Hijo de Dios en tanto que es su emanación directa. Pero para comprender esta idea, hace falta referirse al Árbol sefirótico de los cabalistas y a su teoría de las emanaciones. El Árbol sefirótico, ya os lo he dicho, es para mí el mejor sistema de explicación del universo. Es un esquema de apariencia muy simple, pero cuyas posibilidades de aplicación se extienden hasta el infinito.

Cuando los cristianos presentan a la Santísima Trinidad como el misterio de un solo Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no hacen más que trasladar una noción que se encuentra en el Árbol sefirótico. El mundo divino, Olam Atsiluth, está formado de tres séfiras Kether, Hochmah y Binah. Es por tanto esta trinidad cósmica que los cristianos llaman Dios, y al afirmar que Dios tiene un Hijo único, se inspiran en la teoría cabalística de las emanaciones. Pero aquí abordamos un campo casi inconcebible por un cerebro humano, por esto sólo puede ser comprendido utilizando imágenes.

Se dice que Dios creó el mundo «*ex nihilo*»: a partir de la nada. Pero «*la nada*» no existe. «*La nada*» corresponde a esta realidad que los cabalistas llaman Ain Soph Aur: luz sin fin. Pero esta palabra misma de luz puede inducimos a error, porque para nosotros la luz no sólo es lo que vemos, sino lo que nos permite ver. Así, Ain Soph Aur, tal como la comprenden los cabalistas, es una luz incluso más allá de la luz, una luz de una naturaleza tal que puede ser confundida con las tinieblas; es el Absoluto, lo No-manifestado, la ausencia aparente de todo movimiento.

Para salir de estas tinieblas y de esta inmovilidad aparente, el Absoluto se ha impuesto unos límites. Por lo tanto ha trazado

un espacio, después flanqueando los límites de este espacio, ha formado un primer receptáculo que ha llenado con sus emanaciones. Este primer receptáculo, es Kether, la primera séfira. Y Kether al desbordarse a su vez ha formado Hochmah. Luego Hochmah ha formado a Binah y así sucesivamente hasta Malkut, la tierra. Cada séfira es una emanación de la precedente. A partir de Kether, se puede por tanto decir que toda la creación sólo es un proceso ininterrumpido durante el cual la luz no cesa de condensarse. Sí, la creación es siempre luz que nace de la luz.



Entonces, ahora, para comprender lo que es el Hijo, la segunda persona de la Trinidad, es necesario trasladarse con el pensamiento al origen de la creación. El Hijo, es Hochmah, la primera emanación de Kether, el Padre. Es él quien ha sido llamado el Verbo. Él es la primera palabra proferida por Dios cuando dijo: « ¡Que sea la luz!» La luz es el hijo primogénito de Dios, la sustancia que Dios engendró para hacer de ella la materia de la creación. Todo lo que vemos a nuestro alrededor no es más que luz condensada. Y esta luz que se convierte abajo en materia, es arriba la síntesis de todas las virtudes divinas.

Pues sí, la luz es esta realidad cósmica y espiritual que aún no podemos concebir. Los místicos hablan de la luz, los físicos y astrofísicos hablan de la luz, y esta palabra «luz» parece corresponder a realidades diferentes. Y sin embargo no es así, en su origen se trata siempre de la misma realidad. Pero la luz continuará siendo todavía durante mucho tiempo un enigma para los humanos; pueden verla, pueden sentirla, pueden realizar con ella una experiencia interior, pero lo que es, quizás nunca lo sabrán, excepto cuando lleguen al final de un largo trabajo espiritual de remontar hasta su origen para fusionarse con ella. Y esto es lo que hizo Jesús, y es en este sentido que podemos decir que es el Hijo de Dios: porque se fusionó con el Verbo que es la primera emanación divina.

Ahora comprendéis mejor. El hecho de usar las mismas palabras, «padre» e «hijo» no implica que debemos confundir las realidades humanas con las realidades cósmicas. Para nosotros, los humanos, un padre y un hijo son dos seres unidos por vínculos de sangre, mientras que el Padre y el Hijo, la primera y la segunda persona de la Santísima Trinidad, pertenecen a un orden completamente diferente. Dios padre es el principio creador; y su Hijo, a quien los cristianos llamaron el Cristo, es su emanación.

Es este principio el que debe descender hasta cada ser humano por el poder del Espíritu Santo con el fin de que cada uno se convierta en un verdadero hijo de Dios, en una verdadera hija de Dios.

Jesús recibió el principio del Cristo en plenitud, pero Jesús no es el Cristo. Él fue el conductor del Cristo, fue la voz del Cristo, sirvió al Cristo, se identificó con el Cristo, pero no es el Cristo. El Cristo, repito, es un principio cósmico. Este principio puede encarnarse en un ser que esté preparado para recibirle; pero un ser humano, por el mero hecho de serlo, por muy excepcional que sea, no puede ser la única encarnación de Dios, porque esto no tiene sentido.

Jesús era un hombre, un hombre que vivió hace dos mil años en Palestina. El Cristo, que es el segundo aspecto de Dios mismo, jamás ha tomado un cuerpo físico, y no lo tomará jamás; no puede convertirse en hombre, sólo entra en las almas y los espíritus que están dispuestos a recibirle y a fusionarse con él. Es así como entró en Buda, en Moisés, en Zoroastro, en Pitágoras, etc. El Cristo, que es un espíritu de luz y de amor, continúa siendo un espíritu. Y Jesús, como todos los demás Iniciados, debió recorrer un largo camino antes de que este espíritu descendiera en él. Si fue llamado Jesús-Cristo, no es porque fuera el Cristo, sino porque recibió el Cristo. Comprended bien esto, el Cristo es una entidad divina que no tiene que aprender nada en la tierra, pero Jesús, sí. Jesús debía instruirse. Jesús, el hombre, no pudo evitar la instrucción terrestre, y durante treinta años se preparó para su misión.

Si se puede decir que Jesús era Dios, es en el sentido de que vosotros, yo, los animales, los árboles, las piedras y las estrellas ... también somos Dios. Puesto que todo lo que existe es resultado de la sustancia divina, todo es Dios. La única diferencia se halla en la conciencia, y Jesús tenía la más elevada conciencia de la

presencia de Dios en él. Es pues esta conciencia la que debemos desarrollar, hasta fundimos en la Divinidad para poder decir un día como Jesús: «*Mi Padre y yo, somos uno.*»

¿Cómo se puede pensar que esta identificación de un hombre con la Divinidad nunca se hubo producido antes de Jesús y que nunca más se producirá después de él? Tal afirmación equivale a negar lo esencial de la enseñanza de Jesús que está basada en el conocimiento de la naturaleza divina del hombre, de todos los hombres, puesto que decía: «*Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.*» ¿A quién se lo decía? Acaso hablaba porque sí, sin ton ni son? Y cuando decía: «*Aquél que crea en mí hará también las obras que yo hago e incluso hará de más grandes*»... Si hubiera sido Dios mismo, ¿pensáis que hubiera podido decir a los humanos que harían obras superiores a las de Dios?

Los cristianos están tan ofuscados por las creencias que les han sido impuestas desde hace siglos, que ni siquiera pueden leer correctamente un texto que tienen delante de ellos. Está ahí, está escrito, pero no lo ven, no lo comprenden. Incluso se preguntan, cómo es posible que no haya sido suprimida esta frase. Si se quisiera realmente mantener esta distancia, entre los humanos y Jesús, «*hijo único de Dios*», entonces Dios mismo debería ser suprimido.

Con sus palabras, con su ejemplo, Jesús vino para que los humanos tomaran conciencia de su filiación divina. Pero ¿cómo quiere la Iglesia que los cristianos se inspiren con este ejemplo, cuando al decirles que él era Dios, creó entre ellos y él una distancia inconmensurable? La Iglesia tenía la misión de aclarar la enseñanza de Jesús mostrando que el ser humano sólo existe porque en él mora lo divino y que su vocación es acercarse cada vez más a esta divinidad que lleva en él. Pero al fabricar toda

clase de historias imaginarias a propósito del mismo Jesús, no sólo no aclaró esta enseñanza, sino que no ha cesado de oscurecerla.

Una vez, hablando con un profesor de universidad especialista en historia de las religiones, me dijo que ciertos historiadores tenían una explicación de por qué la Iglesia quiso presentar a Jesús como un Dios: la causa estaba en las condiciones bajo las cuales el cristianismo había comenzado a difundirse durante el imperio romano. Era imposible convertir a pueblos enteros a una religión cuyo fundador había sido una víctima. Jesús martirizado y crucificado daba una imagen de debilidad que no era capaz de convencer a muchos. Ya la moral que predicaba: la dulzura, la humildad, el perdón de las ofensas, el sacrificio, obligaba a algunos a decir que aquella era una religión para las mujeres y los esclavos. Además, el emperador romano, él mismo, era considerado como una divinidad. Aunque fuera un tirano sanguinario, un incapaz o un loco, tenía el título de «dios», era obligatorio postrarse ante sus estatuas, y después de su muerte entraba en el panteón de las divinidades romanas. Por tanto, no convenía que Jesús fuera considerado como inferior a un emperador romano. Entonces, como había dicho que era el hijo de Dios, los Padres de la Iglesia fueron progresivamente inducidos a presentarle como la encarnación viva del Cristo; y como había muerto, era necesario que resucitara y subiera al cielo, exactamente como los emperadores romanos.

Evidentemente, ésta es una explicación. Pero es necesario razonar... ¿Cuándo se hundió el imperio romano? .. Han pasado muchos siglos desde que desapareció el último emperador de Roma, y sin embargo, la Iglesia continúa contando las mismas fábulas referentes a Jesús. Sé que no soy el único en pensar de este modo. Incluso en la Iglesia, algunos no creen o dejaron de

creer que Jesús pueda ser asimilado al Cristo. No lo dicen para evitar escándalos, o si tratan de decirlo, se intenta apagar inmediatamente su voz. ¿Cómo se podría ahora conseguir que la Iglesia reconociera semejantes errores?

La Iglesia ha confundido Jesús con el Cristo, no tanto para conservar el prestigio de Jesús, sino para conservar su propio prestigio, porque tenía que adquirir y conservar un prestigio. Indudablemente también deseaba hacer el bien a los cristianos y animarles a creer presentando a Jesús bajo una imagen prodigiosa. Momentáneamente quizás, esto pudo beneficiar a algunos, pero siempre llega el momento en que una religión no puede apoyarse más en afirmaciones erróneas. Además, actualmente se aprecia bien lo que se está produciendo: cada vez más los fieles abandonan las iglesias. Los sacerdotes, los obispos, los cardenales se reúnen para comentar este fenómeno que les inquieta. Y es verdad, la gente se aleja de la religión. Ya no tienen fe, o bien adoptan creencias heteróclitas de las que no comprenden gran cosa, pero ¿de quién es la culpa? Todo ser humano llega al mundo marcado con una huella divina, y si no toma conciencia de ella o pierde esta conciencia, es porque los sacerdotes, los pastores, los papas, etc., no han hecho correctamente su trabajo.

Parece como si la Iglesia no hubiera querido ver dónde se hallaba la verdadera grandeza de Jesús, este hombre que vino un día a revelar a los otros hombres que todos eran de esencia divina, todos por igual hijos e hijas del mismo Padre celestial. En vez de empeñarse tanto en demostrar y repetir que Jesús no era otro que el Cristo, hubiera sido más útil que explicara a los humanos lo que son ellos mismos. En efecto, la clave de la religión está en que el hombre aprenda ante todo quien es él. Sólo con esta condición podrá emprender un trabajo en profundidad. Hasta

entonces lo único que hará será engullir toda clase de teorías y de creencias sobre algo que no conoce: a sí mismo.

Si Jesús era por naturaleza diferente de todos los demás humanos, ¿cómo podía esperar que le comprendieran y sobre todo ser un ejemplo para ellos? Si os pido que vayáis a predicarle a una gallina, un ratón o un gato diciéndoles: «Como veis, compongo sinfonías y óperas, escribo poemas, llevo a cabo investigaciones sobre el átomo y sobre las estrellas, entonces, observad bien cómo lo hago y repetidlo después», me miraréis sorprendidos preguntándoos si no he perdido la cabeza... Como estos animales no son de la misma naturaleza que vosotros, no podéis pedirles que actúen como vosotros. Por lo tanto, se llegará a la conclusión de que Jesús era insensato puesto que él que era Dios, ¿no?, pidió a los humanos que hicieran las mismas cosas que él prometiéndoles incluso que podrían hacer aún de mayores. Pues sí, debemos por lo menos razonar un poco. ¿Por qué la religión es un terreno en el que el razonamiento no tiene cabida?

Esta afirmación errónea sobre la divinidad de Jesús acarrea consecuencias deplorables, de las cuales la más grave es esta distancia infranqueable que se ha creado entre los hombres y Jesús. Y puesto que Jesús estaba tan lejos, era necesario un intermediario entre él y los hombres; entonces, evidentemente, es la Iglesia quien se atribuyó este papel de intermediario al decir: «Fuera de la Iglesia no hay salvación.» Pero ¡cuánto orgullo, cuanta presunción! Y ahora los cristianos quizás se sienten orgullosos de pertenecer a una religión en la que se les cuenta que el mismo Dios bajó a la tierra para salvarles. Pero, desgraciadamente, no es esta creencia lo que les salvará. Para ser salvados, necesitan saber que aquél que ha venido a darles ejemplo no era de una naturaleza diferente a ellos y que por tanto ellos también tienen la posibilidad de llegar a ser como él.

La creencia de que hace dos mil años Dios quiso manifestar su amor a los humanos enviando a la tierra a su hijo único quizás sirvió de ayuda, durante un periodo, para que algunos de ellos evolucionaran, pero ahora es necesario abandonar semejante barbaridad. Porque ésta no es una comprensión correcta del amor de Dios que es inmenso, inagotable e infinito. Dios tuvo muchos hijos... e hijas. Aún tiene y tendrá todavía muchos. Desde hace millones de años, envía a seres excepcionales a la tierra para que iluminen a sus hermanos y a sus hermanas, y continuará enviando a otros todavía. No necesita para nada a estos cristianos que le prohíben enviar a algún otro después de Jesús, o que cuentan que antes de la venida de Jesús los humanos se veían privados de la verdadera luz.

Pero entonces, ¿y todos estos seres que han aportado culturas y civilizaciones admirables? Como tuvieron la desgracia de no conocer la religión cristiana, sus almas, después de la muerte, fueron condenadas a vivir eternamente lejos del rostro de Dios. Leed a Dante y veréis que, según él, incluso filósofos como Platón fueron condenados a vivir en el Infierno. Dante fue sin duda un gran poeta, pero él también había sido deformado por la enseñanza de la Iglesia. ¿Cómo podemos imaginar que cualquier cristiano, por el sólo hecho de haber sido bautizado, merece una salvación que Platón no merece? ¿De dónde pudo la Iglesia sacar esta pretensión de imponer semejantes creencias? ¡Como si la salvación de los humanos debiera depender de la época en que vivieron: antes o después de Jesús! Por mucho que la Iglesia se obstine en fijar un comienzo y un término a la revelación divina, el Señor, Él, no se deja impresionar por estos decretos y sigue sin tenerlos en cuenta.

La religión cristiana no perderá nada de su grandeza dejando de decir que el mismo Cristo fue quien descendió a la tierra en la

persona de Jesús. ¿Por qué continuar queriendo basar el cristianismo en una afirmación tan insensata? Mostrarme dónde están los resultados tan magníficos de esta creencia. ¿Acaso los cristianos han demostrado verdaderamente estar a la altura de este Hijo de Dios que es el fundador de su religión? ..

Y ahora, los cristianos esperan de nuevo su venida. Pero aquí también, esperar la venida del Cristo como un acontecimiento que debe producirse en el tiempo, es muy ingenuo. Porque el Cristo no existe ni en el espacio, ni en el tiempo, vive en el infinito y en la eternidad. Por tanto, que se diga que ha venido, que viene o que vendrá, equivale a lo mismo, no hay fecha para su venida. Al igual que no debemos confundir la venida del Cristo con la de Jesús, tampoco debemos esperar su regreso. Solamente debemos ponernos a trabajar para que nazca y se manifieste en nosotros. Es hora de que abandonemos estas quimeras referentes al regreso del Cristo. Diréis: «¡Pero está escrito que vendrá sobre las nubes!» Sí, como en el teatro, ¿no es cierto?, cuando al final de una obra se hace descender del cielo un dios que resuelve todos los problemas de los desgraciados humanos. ¡Pero comprended que estas nubes son simbólicas!

Las nubes, que pertenecen al dominio del aire, representan simbólicamente, el plano mental. Es por tanto en la cabeza de los seres humanos donde el Cristo debe venir, y viene en forma de sabiduría~ luego desciende hasta su corazón, que representa el dominio del agua dónde se manifiesta como amor. Y finalmente, cuando esta sabiduría y este amor se concretizan en sus actos, se puede decir que el Cristo establece realmente su Reino sobre la tierra. Ya veis, sólo se pueden descifrar los Evangelios si se conoce el lenguaje de los símbolos, que es el lenguaje universal. Aquél que no conozca este lenguaje, permanecerá cerrado para siempre. Y además, ¿qué creéis? En el estado actual de cosas,

incluso aunque Jesús volviera, no serviría de nada porque estorbaría los intereses de tanta gente, que se buscaría la manera de hacerle desaparecer. El Cristo sólo puede venir si los seres humanos trabajan para que primeramente venga en su interior.

Y no penséis que al decir esto me alejo de Jesús. De ninguna manera, estoy mucho más cerca de Jesús que aquellos que creen en cosas en las que él mismo no creía. Preguntadle, os dirá que incluso se sorprende que los cristianos continúen aferrándose a semejantes invenciones. Evidentemente, si desean continuar con estas invenciones, ¡que continúen! Pronto verán cual es su utilidad... ¡Ninguna utilidad!

Desgraciadamente, cuanto más imaginaban los cristianos cosas increíbles respecto a Jesús, más se convencían que le estaban con ello manifestando su amor y su respeto. De palabra, así, es fácil manifestar su amor y su respeto. Pero si se respeta a Jesús, si se le ama, no sólo se debe renunciar a cometer actos que puedan ofenderle, sino, sobre todo, esforzarse en comprender su pensamiento.

En todo ser humano que viene al mundo, es cada vez el principio divino que desciende a encarnarse, este principio que los cristianos llaman el Cristo. En efecto, este sacrificio que Dios hizo al enviar a «su hijo», es decir una emanación de Sí mismo, se repite cada vez que un niño viene al mundo; y le corresponde a él después trabajar toda su vida para que su naturaleza divina, el Cristo, extienda su poder sobre su naturaleza humana (es decir sobre su naturaleza física y su naturaleza psíquica), y la ponga a su servicio. En Jesús, la fusión de la naturaleza humana y la naturaleza divina se realizó a la perfección. Pudo identificarse con su Padre celestial porque logró liberarse de todas las escorias que impedían esta fusión. Cualquiera que sea el grado de evolución en el que se encuentra, todo ser humano posee, al menos en germen,

esta naturaleza divina, y su vida en la tierra sólo tiene sentido si toma conciencia de la necesidad de desarrollar esta semilla en él. Cualquiera que sea el Maestro espiritual cuyo ejemplo siga, su única tarea consiste en cultivar en sí mismo este germen de la Divinidad.

Por tanto, Jesús no es Dios que vino a encarnarse en un momento dado de la historia. Pero en un momento dado de la historia, hubo un ser que había tomado conciencia hasta el punto más elevado, de su dignidad de hijo de Dios y que quiso enseñar a los hombres que todos eran, ellos también, hijos de Dios, portadores del Cristo. En lugar de dejarse impregnar por esta verdad, los cristianos pasaron su tiempo glorificando la divinidad de Jesús y condenando, persiguiendo, e incluso exterminado las otras religiones y todos aquellos que no aceptaban «la fe verdadera», como dicen. No se apresuraron demasiado en seguir el ejemplo de Jesús mismo. Y la cuestión que ahora se plantea es la siguiente: ¿acaso no es la Iglesia quien con su actitud limitó la difusión de este mensaje verdaderamente revolucionario? Bastaba con leer atentamente los Evangelios para comprender lo que debía ser retenido de este mensaje. Pero no, la Iglesia cerró los ojos ante ciertas verdades y fabricó otras.

No estoy en contra de la autoridad de la Iglesia. Es útil, incluso necesario que exista una institución moral, espiritual, de la que los humanos puedan recibir una orientación y consejos. Lo que no acepto son las bases sobre las que ha sentado su autoridad, y cómo la ha ejercido. Ahora se inquieta por la proliferación de las sectas. Pues bien, es necesario que sepa que es ella la primera responsable de esta situación porque no ha sabido cumplir correctamente con su tarea.

Es necesario que la Iglesia finalmente se dé cuenta de las barbaridades que constantemente ha alimentado en la cabeza y en el corazón de los cristianos, y de las monstruosidades que estas creencias le han hecho cometer. Que nadie se imagine que deseo combatida, no, yo quiero ayudarla, porque si persiste en su deseo de fundamentar afirmaciones tan erróneas, terminará perdiendo todo su crédito. Una religión debe esencialmente tener como fin la transformación, la mejora del ser humano, y el ser humano no puede mejorar si se le repite incesantemente de que su fundador es de una naturaleza distinta a él. Los cristianos sólo podrán llamarse verdaderamente discípulos de Jesús si se esfuerzan en seguir su ejemplo y llegar a ser como él, porque son de la misma naturaleza que él.

Evidentemente, en el transcurso de la historia hubo entre los cristianos seres de élite que, a pesar de la oscuridad y limitaciones de la enseñanza que habían recibido de la Iglesia, lograron elevarse hasta una comprensión excepcional el mensaje de Jesús. Bien sea en política, ciencia, el arte, filosofía, y también pues en religión, siempre hay seres que son capaces de sobrepasar los límites que se les quiere imponer. Pero yo no estoy hablando para estos seres, yo hablo para aquellos

Que no tienen las mismas facultades mentales, psíquicas y espirituales; a estos, en nuestra época, la enseñanza de la Iglesia no puede instruir demasiado.

Y no nos imaginemos que para lograr que los jóvenes vuelvan a la religión basta con «modernizar» los oficios acompañándolos de danzas y de músicas tales que pudiera creerse estar casi en una discoteca. No es así como se dará una verdadera fe a los jóvenes. Para menearse, siempre estarán mejor en las salas

de baile que en las iglesias, y en la iglesia no habrán oído nada que pueda ayudarles realmente.

La Iglesia se apropió de Jesús para moldear un cristianismo a su manera, pero he aquí que esta propiedad comienza a escapársele de las manos. En efecto, y es una lástima, porque podría ganar mucho si hubiera una mayor comprensión. Jesús saldría del ámbito histórico para entrar en el ámbito universal en donde todos comprenderían que pueden recibir al Cristo en ellos mismos. Esto podría contrariar los intereses de algunos, pero me da igual, yo no he venido para defender mis intereses, he venido a levantar algunos velos, y después el futuro dirá si lo que digo es verdad o no. El Cristo no pertenece a una pequeña sociedad en alguna parte. Y en otros planetas, ¿acaso Dios les ha privado de su presencia? ¡Quizás en otros planetas también se encarnó el Cristo! Puesto que Dios es amor, también ha ido a visitados allí.

Sé que mis palabras disgustarán a muchos cristianos. Estoy afligido, pero es necesario decir la verdad: el cristianismo no podrá sobrevivir durante mucho tiempo si la Iglesia no se decide a eliminar de su enseñanza todo aquello que ha acumulado de inútil e incluso perjudicial, para concentrarse en lo esencial. Y lo esencial se dice en la Oración dominical: el «Padrenuestro». Esta oración no llena ni siquiera una página, sin embargo estas pocas líneas bastan para revelar la ciencia que poseía Jesús. No es por el número de libros que escribió por lo que se juzga a alguien, ni su sabiduría ni su profundidad. Por ejemplo un poeta o un músico: una sola página basta para revelar que es un genio. Lo mismo sucede con un virtuoso: con algunas pasadas del arco o algunos acordes extrae de su violín o de su piano extraordinarios sonidos que transportan a todo el auditorio. Sí, a pesar de su brevedad el «Padrenuestro» es un monumento insuperable.

Podéis trabajar con esta oración toda vuestra existencia, e incluso más allá, durante vuestras futuras existencias, jamás agotaréis el contenido, porque es como una semilla que cada uno puede enterrar profundamente en su tierra interior. Una semilla es minúscula; si la pesáis, no alcanzará más que algunos miligramos, y un ligero soplo de viento se la llevará; pero sembradla, y cada día la veréis crecer: nuevas ramas, flores, frutos ... y estos frutos, a su vez, darán otras semillas que continuaréis sembrando, y he aquí que empezarán a crecer otros árboles magníficos.

Esto es lo que he hecho con el «*Padre nuestro*». He tomado esta semilla, la he plantado en la tierra de mí ser, la he cuidado, la he regado, calentado, iluminado, y ahora se ha convertido en un árbol cuyas raíces se hunden profundamente en mi alma y cuya cima se eleva hasta el cielo. Por esto os lo digo, se puede profundizar esta oración hasta el infinito, abarca todos los ámbitos de la vida, alcanza todos nuestros procesos psíquicos y espirituales, da un sentido a nuestra existencia.

Pero al igual que la semilla, es necesario ponerla primero dentro de la tierra, hacerla viva dentro de sí. Entonces se descubre progresivamente toda su riqueza. Sí, pero los cristianos recitan esta oración, la pasean por sus labios por todas partes pero jamás la plantan. Entonces, ¿qué pueden saber sobre ella'? Es una semilla que jamás ha sido enterrada en la tierra, y permanece ahí, oscura, inerte, sin serles de ninguna utilidad.

«*Padre Nuestro, que estás en los cielos...* » ¡Tan sólo estas pocas palabras, y cuántas cosas que comprender! Si nuestro Padre está en los cielos, significa que nuestra verdadera patria se halla arriba, en el mundo divino. Y en lugar de representarse a este Padre a imagen de los padres de la tierra -¿por qué los humanos siempre encuentran el modo de despreciar a los seres y las cosas reduciéndolas a su nivel?- debemos hacer interiormente un

verdadero trabajo para elevamos hasta este Padre, comprender cómo son los cielos donde tenemos nuestro origen, y lo que significa ser hijo de Dios.

A medida que una religión se extiende por el mundo, pierde su pureza inicial. Con el tiempo, desaparece el espíritu y solamente quedan formas, ritos, preceptos. ¡Cuánta distancia entre la manera cómo se aplica y lo que había originalmente en la cabeza de aquél que la estableció! ¿Por qué? Porque no se supo conservar su espíritu. ¿Y por qué no se sabe conservar su espíritu? Porque siempre se las arreglan para utilizar las ideas más nobles a satisfacer los intereses más egoístas. Afortunadamente el espíritu divino que mora en todas las religiones nunca se deja ahogar por completo, y como un fuego que todavía arde bajo las cenizas, espera el momento propicio para reanimarse.

Por lo tanto, no debemos preocuparnos por las religiones, incluso cuando están aparentemente muertas y enterradas, en realidad se preparan para renacer bajo otra forma. Es por los humanos por los que debemos preocuparnos, los humanos que no saben lo que pierden al no esforzarse en descubrir en sí mismos la presencia de su Padre y de su Madre celestiales con el fin de reconocerse como hijos suyos.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

III

NAVIDAD y PASCUA:

DOS PÁGINAS DEL LIBRO DE LA NATURALEZA

Navidad y Pascua, el nacimiento de Jesús y su resurrección, son las dos fiestas principales de los cristianos. La primera se sitúa al comienzo del invierno y la segunda en primavera. ¿Por qué? En realidad, no existe ninguna prueba de que Jesús hubiera nacido un 25 de diciembre, ni tan siquiera en invierno. En cuanto a la fiesta de Pascua, su fecha cambia cada año, puesto que se celebra el domingo después de la primera luna de primavera. Si Jesús resucitó tres días después de su muerte, ¿cómo es posible que el día de su muerte cambie de fecha cada año?.. En realidad, la situación de Navidad y Pascua en el calendario debe hacernos comprender que estas fiestas deben interpretarse simbólicamente en relación con la vida de la naturaleza.

En ciertos períodos del año, se producen fenómenos que afectan a todas las formas de vida del universo. Los Iniciados conocen las leyes que rigen estos fenómenos, y mediante sus invocaciones, sus cantos y a veces sus danzas, graban en el mundo invisible mandálas, figuras geométricas cuyas líneas de fuerza atraen del espacio corrientes benéficas. Utilizan estas corrientes para su trabajo, y las dirigen también a todos aquellos en el mundo que permanecen vigilantes, despiertos, y que en su corazón y en su alma, pueden participar en estos acontecimientos.

Por tanto, Navidad y Pascua, el nacimiento de Jesús y su resurrección, representan dos páginas del Libro de la naturaleza. Es posible que esta idea disguste a muchos cristianos, pero en vez de sentirse ofendidos, sería mejor que reflexionaran. No soy yo

quien ha decidido acerca de estas fiestas, y aquellos que fijaron las fechas, hace mucho tiempo, eran seres que poseían un gran conocimiento de las relaciones que existen entre la naturaleza y el alma humana. Meditando profundamente sobre la vida de Jesús y su enseñanza, comprendieron que Jesús, habiéndose identificado con el principio cósmico de Cristo, experimentó en sí un encuentro ideal entre la vida espiritual y la vida de la naturaleza, la vida del universo.

Y después vinieron teólogos, papas y cardenales, y sea porque no comprendieron verdaderamente, sea porque no quisieron comprender, dejaron de diferenciar Jesús hombre y las realidades cósmicas de las cuales, al identificarse con Cristo, se convirtió en la expresión viva. Confundieron lo que pertenece al mundo físico y lo que pertenece al mundo simbólico. Y si los cristianos tienen siempre tanta necesidad de ver maravillas en la vida de Jesús (su nacimiento por obra del Espíritu Santo, y su resurrección tres días después de su muerte), es porque aún no han aprendido lo que es realmente la vida espiritual ni lo unida que está con la vida de la naturaleza.

Los cristianos rechazaron la naturaleza porque la asociaron al paganismo -¡algunos incluso llegaron a decir que era la morada del diablo!- y comenzaron a crear toda clase de invenciones con respecto a Jesús. Sin embargo, basta con leer algunas páginas de los Evangelios para constatar que, la mayor parte del tiempo, Jesús expresa las verdades de la vida espiritual tomando prestados ejemplos de la naturaleza: el grano de mostaza, la espiga de trigo, la siega, la uva, la vendimia, el lirio de los campos y los pájaros del cielo, la serpiente, la paloma, la llegada de las nubes... ¡y todas las imágenes en las que está presente el agua! Jesús estudiaba la naturaleza que es la obra de Dios, y la comprendía. No elaboraba complicadas teorías, no hablaba de misterios.

¿Cómo no ver que, también para Jesús, la naturaleza es un libro? Y cuando no toma imágenes de la naturaleza, las toma de la vida diaria de los seres humanos que es, en cierto modo, la extensión de la vida de la naturaleza: la levadura, la lámpara de aceite, los talentos (monedas de dinero), el pan que se da a los perritos, el festín de bodas, los vestidos de fiesta, las relaciones entre un servidor y su amo, etc. No puedo nombradas todas.

Pero los teólogos cristianos que no comprendieron cómo se puede ser sencillo y al mismo tiempo profundo e inspirado por Dios, lo confundieron todo. Dejaron de comprender la dimensión espiritual de todas estas imágenes tomadas de la naturaleza. En cambio, yo, no comprendo más que esto: las imágenes de la naturaleza. Se dice que las imágenes son para los niños. Evidentemente, mientras se relacionan con el aspecto superficial, con la apariencia externa, las formas, los colores, las imágenes, sólo sirven para divertir a los niños. Pero el contenido, el significado de una imagen sólo puede ser descifrada por los sabios. En efecto, no es el mismo de la gente llamada instruida, porque el intelecto es impotente para descubrir el contenido simbólico de las imágenes. Por esto se ven, por otra parte, a tantos supuestos esoteristas que no saben cómo interpretarlas: lo mezclan todo. Las imágenes simbólicas son para los sabios y los Iniciados que han observado y estudiado la naturaleza, que han meditado sobre sus diferentes aspectos y manifestaciones, y que, gracias a la agudeza de su visión interior, han logrado sentir el lazo que existe entre el cielo y la tierra, así como entre la naturaleza y el ser humano.

El cristianismo, queriendo diferenciarse lo más nítidamente posible del paganismo, que se caracterizaba por el culto a las fuerzas de la naturaleza, cortó los vínculos vivos con el universo. Por esto, todavía ahora, el sentido profundo de su religión escapa

a la comprensión de los cristianos. Celebran el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, celebran su resurrección en primavera, y muchos no saben incluso porqué. Sólo algunos Iniciados que poseen la verdadera ciencia de los símbolos, ven en el nacimiento y la resurrección de Jesús procesos que están en relación con la vida cósmica y que tienen por lo tanto un alcance universal.

Navidad y Pascua representan dos páginas esenciales del Libro de la naturaleza. Es así cómo debemos meditar sobre la vida de Jesús. Jesús es evidentemente un personaje histórico, pero no es precisamente en este aspecto en el que debemos detenemos: dónde nació, quienes eran su padre y su madre, los caminos de Judea, de Galilea o de Samaria que recorrió, a quién encontró... Y tampoco sirve de nada inventar con respecto a él toda clase de acontecimientos maravillosos, cómo si las leyes de la naturaleza no tuvieran ninguna influencia sobre él. Es necesario que quede muy claro: la superioridad de Jesús no proviene del hecho de que hubiera escapado a las leyes de la naturaleza, sino al contrario, de que sabía leer sus leyes, interpretarlas y aplicadas en la vida interior.

Jesús fue un ser prodigioso porque con su vida y con sus palabras nos instruyó sobre los misterios del universo y nuestra vida interior; y por tanto, cada lectura del Evangelio nos aporta una luz sobre lo esencial. Por esto doy gracias al Cielo por haberme dado esta facultad de leer las imágenes. Todas las manifestaciones de la vida están ante nosotros, alrededor nuestro como un libro inagotable, y es con ellas con las que yo quiero instruiros. Todas las elucubraciones abstractas sobre tal o cual cuestión metafísica, no os aportará nada, pero las imágenes, son tan precisas y claras que permanecerán por siempre en vuestra cabeza como realidades irrefutables.

IX

EL NACIMIENTO DEL NIÑO-CRISTO

Durante la fiesta de la Navidad los cristianos celebran el nacimiento de Jesús: asisten a la misa del gallo, comen, beben, pero olvidan el verdadero sentido de este nacimiento, o quizás incluso jamás lo han conocido verdaderamente. El cristiano que celebra la Navidad debería preguntarse si Jesús no espera de él nada más que algunos cantos y un poco de regocijo para recordar que nació hace dos mil años.

Cada año, en Navidad, la cristiandad repite que Jesús ha nacido. Sí, Jesús ha nacido, está claro, hace siglos que todo el mundo está al corriente de ello. Pero repetido no sirve de nada si los cristianos no comprenden que este acontecimiento sólo tendrá sentido realmente el día en que se esfuercen en dar también nacimiento en ellos mismos al principio divino, el Cristo, del que Jesús fue su perfecta expresión. Si Jesús nació, es para que como él, generaciones y generaciones de hombres nazcan a la vida divina. «Pero, dirán algunos, ¿cómo dejar de conmemorar que hace dos mil años se produjo este acontecimiento extraordinario: el hijo de Dios vino a la tierra para la salvación de los hombres?» Sí, pero conmemorado no basta.

La palabra «Evangelio» es de origen griego: euanguélion, que significa literalmente buena («eu») noticia («anguelion»). Entonces, ¿qué es una noticia? El anuncio de un acontecimiento desconocido hasta entonces. Este acontecimiento, es el ángel (del griego anguelos: mensajero) que lo anuncia a los pastores. Veis pues la relación que existe entre estas dos palabras «ángel» y

«evangelio». El ángel dice: «*Hoy en la ciudad de David, ha nacido un salvador.*» Sólo que la cuestión es comprender lo que es un salvador y lo que es la salvación. Los humanos se forjan toda clase de ideas sobre lo que puede salvarles... ¡y piensan principalmente en los medios materiales, evidentemente! Ahora bien, la salvación que Jesús vino a traernos es una enseñanza de la vida, de una vida cada vez más pura, iluminada, espiritualizada.

Evidentemente, lo que constituye la unión más fuerte entre un padre y sus hijos es la vida, la vida que él les ha dado y que espera no sólo que no la malgasten, sino que además sepan hacerla útil, sensata, hermosa y rica. Este es el sentido de la parábola de los servidores y los talentos. Antes de salir de viaje, un hombre hizo venir a sus servidores: al primero, le confió cinco talentos, al segundo dos y al tercero uno, a cada uno «*según su capacidad*», precisa el Evangelio. A su regreso, les convoca para pedirles cuentas: el primer servidor ha hecho fructificar sus talentos y ahora le devuelve el doble; el segundo igualmente, y los dos son felicitados y recompensados. En cuanto al tercer servidor, ¡se contentó con enterrar su talento en la tierra! Por esto su amo se dirige a él con gran severidad, y después pide que se le quite este talento para dárselo a aquél que ahora tiene diez. Y ya lo veis, el amo no les pide a los servidores que le devuelvan los talentos que les había dado, sino que los deja en su poder, añadiéndoles incluso el talento que el servidor negligente no había sabido hacer fructificar.

Esta parábola de Jesús tiene una gran profundidad: explica cómo el ser humano debe considerar la vida que ha recibido de Dios. Dios no necesita ninguna de nuestras posesiones, las hemos adquirido gracias a la vida que nos dio, y nos las deja. Lo único que nos pide, es mostrar respeto y consideración hacia este don tan precioso que es la vida haciéndola fructificar en nosotros,

aportándole nuevos colores, nuevos perfumes y nuevos sabores. Son este tipo de cuentas las que debemos cada día prepararnos a presentar al Señor. Y a aquél que se muestre negligente, perezoso, irrespetuoso, las riquezas de la vida le serán privadas: poco a poco perderá no sólo la salud, sino también ciertas facultades, ciertas inspiraciones; los seres y las cosas no le producirán a él tanto interés, no le causarán tanta alegría.

Por tanto, como veis, la salvación que Jesús nos aporta se refiere a la comprensión de esta vida que hemos recibido de Dios. Y si los dos acontecimientos que la cristiandad celebra más especialmente son el nacimiento de Jesús y su resurrección, es precisamente porque se refieren directamente a la vida: el nacimiento representa la aparición de la vida y la resurrección su renovación, su regeneración.

Entonces, si queremos comprender qué clase de vida es esta que Jesús ha venido a hacernos nacer, no basta con contentarse en celebrar la Navidad alrededor de un pesebre mientras se repita: hace dos mil años Jesús nació en un pobre establo entre un buey y una mula, y enternecerse ante un muñeco medio desnudo colocado sobre paja. Oh, evidentemente, es mono, es conmovedor, con José y María, los Reyes magos, los pastores, las ovejas, y los ángeles suspendidos que cantan sobre el pesebre. Sí, es conmovedor, pero es necesario ir más lejos.

Para comprender lo que es un nacimiento en sentido espiritual, iniciático del término, el nacimiento tal como Jesús lo entendía, el segundo nacimiento, es necesario remitirse a la respuesta que le dio a Nicodemo: *«En verdad, en verdad, te lo digo, si un hombre no nace de agua y de espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios.»* Para entrar en el Reino de Dios, es decir para manifestarnos como hijos de Dios, debemos tener interiormente dos padres, estos dos padres espirituales que Jesús

llama el agua y el espíritu. El agua y el espíritu representan los dos principios, masculino y femenino, de la sabiduría (el espíritu, que es el fuego), y del amor (el agua).

Esto significa que, en el plano espiritual, el ser humano debe manifestarse a la vez como hombre y mujer, como padre y madre, porque no hay en él ninguna oposición entre los dos principios, masculino y femenino: ambos se unen para traer el niño al mundo. Los hombres y las mujeres se oponen y luchan únicamente en los planos físico y psíquico. En el plano espiritual, los principios masculino y femenino, la sabiduría y el amor, viven armoniosamente en cada ser y trabajan para dar nacimiento al Niño divino, el Cristo. Pero evidentemente, es más fácil celebrar el nacimiento de Jesús con toda clase de fiestas frívolas, que meditar sobre las palabras en las que nos explica cómo debemos nacer nosotros también.

«*Si no nacéis de agua y de espíritu. No entraréis en el Reino de Dios.*» Al instituir el bautismo, la Iglesia estableció un rito que es en cierto modo la concretización de estas palabras. El niño que recibe el bautismo entra en la comunidad de los cristianos. En el mejor sentido de la palabra, esta comunidad de cristianos debe darle una primera impresión sobre el Reino de Dios. Sus padres le hicieron nacer primero en el plano físico, la Iglesia le hizo nacer después en el plano espiritual, y por esto se le da un padrino y una madrina que deben representar, para su vida espiritual, a los dos principios, masculino y femenino, que representan su padre y su madre para su vida física. Lo que no significa que su padre y su madre no deben tener algún papel en su vida espiritual, ¡al contrario!

Ahora, quizás me diréis que en la actualidad, los padrinos y madrinas no se toman en serio su vocación espiritual: se contentan con hacerle al niño regalos más tarde - ¡y aún, cuando

se acuerdan; Ya lo sé, pero quiero solamente mostraros que, para aquél que desea comprender lo que significa nacer a la vida divina, existen en la tradición cristiana todos los elementos que permiten interpretar las palabras de Jesús: *«Si un hombre no nace de agua y de espíritu ... »*

No entraré en detalle sobre los diferentes ritos del bautismo mediante los cuales se consagra al niño algunos días después de su nacimiento: cuando se sumerge al niño en el agua, o cuando el sacerdote, se contenta con rociarle con algunas gotas, sin embargo siempre está presente el símbolo del agua. Junto al agua, el segundo elemento utilizado es el aceite: el sacerdote moja en él su pulgar, luego le dibuja pequeñas cruces sobre la frente, la boca y las orejas del niño. El aceite es un elemento que alimenta la llama, está por tanto emparentado con el fuego, el fuego del espíritu. Cuando Juan Bautista anuncia la llegada de Jesús, dice: *«Yo os bautizo con agua, ... pero aquél que viene detrás de mí os bautizará con el Espíritu santo y el fuego.»* Y cuando Jesús recibió el bautismo de las manos de Juan Bautista en las aguas del Jordán, se dice que el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de una paloma.

En el bautismo, este sacramento por el cual el niño entra en la comunidad de los cristianos, se vuelve a encontrar de nuevo el agua y el fuego que Jesús mencionó cuando respondió a Nicodemo. Y es ahí donde es necesario saber leer el libro de la naturaleza e interpretar los símbolos. El objeto del bautismo es despertar en los seres la conciencia de que son habitados por estos dos principios cósmicos, el agua y el fuego, que actúan en todos los niveles de la creación, es decir en los planos divino, espiritual, psíquico y físico.

Por tanto, vuelvo a insistir en lo que os he dicho anteriormente: el ser humano no puede entrar en el Reino de Dios,

es decir sentirse verdaderamente hijo o hija de Dios si no nace de los dos principios de la sabiduría y del amor que son en el plano espiritual la manifestación de sus Padres cósmicos: el Padre celestial y la Madre divina. El verdadero hijo, la verdadera hija de Dios, no sólo son el hijo o la hija del Padre celestial sino también de la Madre divina, su Esposa. Sé que diciendo esto, sorprenderé a muchos cristianos, pero debo no obstante decirlo, aquél a quien los cristianos llaman Dios, es en realidad una Entidad que es a la vez masculina y femenina: el Espíritu cósmico y la Naturaleza o bien, presentado un poco de otro modo, el Espíritu del que el fuego es el símbolo y la Materia simbolizada por el agua.

Si Dios creó al hombre y a la mujer, es porque tanto lo femenino como lo masculino están contenidos en Él. Simbólicamente la mujer representa la Naturaleza y ella forma parte de Dios; el principio femenino forma parte de Dios. Dios no la creó para que se la desprecie, condene o rechace. Todos estos Padres de la Iglesia que condenaron a la mujer... (mientras la buscaban en secreto, ¡porque es absolutamente imposible vivir rechazando el otro principio!) Se hicieron mucho daño a sí mismos y también lo causaron a los demás, porque les impidieron alcanzar la plenitud. Mientras no comprendamos que el principio femenino es igual en dignidad al principio masculino, nos estaremos aventurando en caminos sin salida de donde se sale empobrecido, desequilibrado, y entonces, ahí, es inútil hablar de nacimiento espiritual. Ya veis como todo está relacionado: tanto la vida espiritual como la vida física reposan en los dos principios, masculino y femenino.

Está escrito en el libro de los Proverbios: *«Escucha, hijo mío, la enseñanza de tu Padre, no rechaces la enseñanza de tu madre... porque prolongarán los días y los años de tu vida.»* Aquí también estas palabras pueden ser entendidas en un sentido

simbólico: no sólo el padre y la madre físicos, sino el padre y la madre espirituales. Para prolongar su vida, es necesario tener un respeto formidable hacia el Padre celestial y la Madre divina, la Madre Naturaleza, teniendo conciencia de que no hay ni contradicción ni oposición entre ellos. Aquél que no acepta la Naturaleza como madre, tampoco puede tener verdaderos vínculos con su Padre celestial, el Espíritu cósmico, y no puede nacer en el mundo espiritual.

Por lo tanto, nosotros somos quienes debemos comprenderlo, porque la vida no cederá. Efectivamente, la vida, la vida creada por Dios, sabe defenderse, y nos dice: *«Cesad de alzaros contra mí. Queréis ahogarme, mutilarme creando constantemente separaciones y rupturas, pero cada vez os tomaré ventaja, seré siempre más fuerte que vosotros.»* Es hora que los cristianos comprendan que el verdadero cristianismo es la enseñanza de la vida, de toda la vida, sin separar nada, sin cortar nada. Tenemos dos padres en el Cielo, el Padre celestial y la Madre divina, su Esposa. La Iglesia, al esforzarse en negar esta verdad, el aspecto femenino, maternal de la Divinidad, al querer que nosotros tengamos sólo un Padre celestial, es decir sólo un principio creador, no ha conseguido más que desorientar a los humanos.

Algunos dirán: *«Pero nunca se nos había hablado de la Madre divina, Esposa de Dios. Aquella que la Iglesia nos enseña a considerar como nuestra madre en el Cielo, es María, madre de Jesús, es decir madre del Cristo, madre de Dios.»* Ya sé; queriendo que Jesús fuera Dios, María se convirtió en la madre de Dios. Pero esto no es la verdad, porque Jesús no es el Cristo. Fue un representante del Cristo, una manifestación del Cristo, y María, a su vez, fue una mujer en quien se manifestó la Madre divina para hacerla digna de ser la madre de Jesús. Si los

cristianos sienten la necesidad de considerar a María como una especie de divinidad, y si creyendo esto les hace sentir bien, ¿por qué impedirselo? Pero ésta no es la verdad y no insistiré de nuevo en ello.

Ahora, si habéis comprendido lo que es el verdadero bautismo, os decidiréis a trabajar. No basta con haber sido bautizado y conocer el significado del bautismo. Durante toda su existencia, cada hombre y cada mujer deben pensar en vivificar esta semilla divina que el sacerdote y sus padres quisieron introducir en él en el momento de su nacimiento.

¿Y por qué precisamente se celebra la Navidad a comienzos del invierno? La respuesta también se halla en el Libro de la Naturaleza. Toda vida comienza con una semilla, un grano enterrado en la oscuridad de la tierra o en las entrañas de una mujer. Y el invierno, es esta estación durante la que se realiza un largo trabajo de germinación de las semillas enterradas que concluirá en la primavera con la aparición de una multitud de existencias nuevas. Un trabajo idéntico se realiza en el psiquismo de cada ser: en esta tierra negra que es su naturaleza inferior, debe comenzar a germinar la semilla del Yo divino, el Cristo. Este es el acontecimiento que celebran los cristianos en Nochebuena... sí, precisamente por la noche, a medianoche, en el momento de mayor oscuridad.

Y es esta idea la que está asimismo representada por las vírgenes negras que todavía son veneradas en ciertas iglesias. La mayor parte del tiempo se encuentra en una cripta, es decir un lugar escondido y oscuro, y esto no es precisamente por casualidad. La Virgen negra que lleva sobre sus rodillas al Niño divino, es la representación de este proceso alquímico mediante el cual todas las tendencias oscuras de nuestro subconsciente son sometidas a los dos principios espirituales del fuego y del agua: el

fuego que ilumina nuestro intelecto y le da sabiduría, y el agua que purifica nuestro corazón y le da amor. Es entonces cuando el Niño-Cristo, nuestra conciencia divina, puede nacer en nosotros. Nuestra misión como hijos de Dios, es hacer nacer en nosotros un niño de la misma quintaesencia que su Padre y su Madre celestiales. Y el Niño que nazca entonces será rey. Lo transformará todo en oro y, como Jesús, curará a los ciegos y los leprosos. Porque, ¿qué es la lepra? Una enfermedad que corroe las carnes. Y el pecado es el equivalente psíquico de la lepra: corroe la carne del alma.

Aquél que ha hecho nacer al Cristo en sí, recibe, como Jesús, el poder de curar a los seres gracias a su luz y a su amor. Preguntaréis: « ¿Pero realmente los cura? » Comienza curándolos en el plano psíquico antes de poder curarlos un día en el plano físico. Pero mientras no haya hecho nacer a este Hijo, no puede realizar nada grande.

¿De qué sirve haber sido bautizado una vez, cuando nacisteis, si entonces no erais ni siquiera conscientes de ello? Está muy bien recibir el bautismo, pero no basta con ser llevado hasta las pilas bautismales para convertirnos en católico, protestante u ortodoxo. Lo esencial es continuar alimentando durante toda vuestra vida estos dos principios de la sabiduría y el amor, gracias a los cuales haréis nacer el Cristo en vosotros. Porque, repito, es inútil celebrar el nacimiento del Cristo cada año el 25 de diciembre si no trabajáis también en vosotros para hacer nacer este principio cósmico. Y una vez se ha desencadenado este proceso de nacimiento espiritual, una vez que os habéis comprometido en el camino divino, no debéis deteneros más.

Algunos dirán: « Pero yo, no soy cristiano. El Cristo, no sé lo que es, esta palabra no me dice nada... No tengo nada que ver con el Cristo. » Pues bien, lamiadle con otro nombre si queréis,

pero siempre será este principio de sabiduría y amor el que hace la unión entre vosotros y lo divino, sea cual sea la religión a la que pertenecéis, o incluso si no pertenecéis a ninguna religión. Dios no creó al hombre cristiano, ni judío, ni musulmán, ni budista, etc., Dios creó al hombre a su imagen, y para volver a encontrar esta imagen en sí mismo cada uno es libre de elegir el camino que va a seguir.

Celebrar el nacimiento de Jesús, significa preparamos a recibir el Cristo en nosotros. Jesús, por sí mismo, no puede nacer en nosotros; nació hace dos mil años de una mujer, María. Pero el Cristo, que es un principio cósmico, puede nacer en nosotros cómo nació hace dos mil años en Jesús. Que el nacimiento de Jesús sea un acontecimiento histórico de una importancia capital, está claro (aunque algunos hayan negado su realidad), pero no era necesario insistir tanto en este acontecimiento con la convicción de que cambiaría el curso de la historia: el nacimiento de un hombre en un momento dado no cambia muchas cosas.

Las verdaderas transformaciones sólo pueden ser aportadas por seres que hicieron del nacimiento de Jesús un acontecimiento interior, un acontecimiento espiritual, el nacimiento del Cristo en ellos, La historia no se cambia desde el exterior. Todos aquellos que quisieron imponer cambios desde el exterior sólo lograron producir persecuciones, guerras y masacres innecesarias, es todo. Se podrá decir que el nacimiento de Jesús ha cambiado verdaderamente el curso de la historia cuando los cristianos sean capaces de hacer nacer el Cristo en su alma.



Centre *OMRAAM*
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es

X

¿JESÚS MUERTO Y RESUCITADO?

La vida de Jesús, como la de todos los grandes Maestros espirituales, puede ser considerada como un símbolo universal. Esto es ciertamente lo que habían comprendido los Padres de la Iglesia cuando decidieron celebrar su resurrección en primavera. Evidentemente, se puede pensar también que ésta era una manera de luchar contra lo que ellos llamaban paganismo, es decir todas las religiones politeístas que veneraban las fuerzas de la naturaleza y en primavera rendían culto a las divinidades de la vegetación. Una fiesta cristiana que así remplazaba, por asimilación, a las fiestas paganas. Y es por motivos parecidos que se celebra la Navidad, el nacimiento de Jesús, a principios del invierno.

El cristianismo se ha edificado en gran parte sobre los vestigios de un paganismo que se esforzó en aniquilar. ¡Cuántas iglesias cristianas fueron construidas sobre las ruinas de templos y lugares de culto paganos! Pero cristianismo, paganismo... la verdad se halla más allá de estos nombres dados a creencias y filosofías parciales y partidistas. ¿Por qué tener miedo a observar la vida tal cómo Dios la creó? No se puede luchar contra la vida, hay que comprenderla poniendo cada elemento, cada existencia en el lugar que Él le ha dado. Todas las cosas y todos los seres están unidos en Dios.

A veces tengo la ocasión de ver por televisión la retransmisión de la misa y de las ceremonias que tienen lugar en Roma el día de Pascua. Me siento muy feliz de oír cada vez cómo el papa proclama la resurrección del Cristo en todas las lenguas

para los cristianos de todo el mundo. Pero estos pobres cristianos, ¿qué comprenden verdaderamente de la resurrección?

También recuerdo las fiestas de Pascua en Bulgaria, durante mi infancia. ¡Debíamos asistir a oficios que eran interminables! Evidentemente se cantaba, pero sobre todo el pope leía interminablemente textos extraídos del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como oraciones, y era aburrido porque los leía con una voz muy monótona. ¿Estaba atento a lo que leía? ...

Y yo estaba allí, evidentemente, con los niños de mi edad. Esperábamos con impaciencia que todo acabara, porque la única cosa que nos interesaba a nosotros los niños, eran los huevos que teníamos en nuestros bolsillos. Esos huevos duros que nuestras madres nos habían dado y que habíamos pintado de todos los colores, debíamos poner mucho cuidado en que no se les rompiera la cáscara. Porque al salir de la iglesia, íbamos a jugar a un juego que nos gustaba mucho. Era su costumbre: cada uno llevando un huevo en la mano, lo golpeaba contra el huevo que tenía otro niño. Y entonces, ¡que bullicio!’... ¡Con qué placer sacábamos los huevos de nuestros bolsillos y los golpeábamos contra los de los demás! Y el vencedor, evidentemente, era aquél que había podido conservar sus huevos intactos el mayor tiempo posible. Pues sí, éramos niños y en Pascua los niños se divierten con huevos pintados. Pero si por lo menos se explicara a los niños lo que representan estos huevos, podrían comenzar a familiarizarse con el libro de la naturaleza, y la fiesta de la resurrección se convertiría para ellos en algo distinto a unas ceremonias durante las cuales se aburren.

No todos los cristianos tienen las mismas costumbres y tradiciones, pero para todos, el huevo es un símbolo de la Pascua. Y al ser el punto de partida de la vida, el huevo también es un símbolo universal. En el reino animal, e incluso en el reino

humano, es el equivalente de la simiente en el reino vegetal, puesto que contiene un germen que, una vez fecundado, se convertirá en un ser vivo. Al igual que las plantas se perpetúan con semillas, los animales y los hombres lo hacen con huevos.

Ya os he hablado varias veces y detenidamente de la resurrección, y sobre todo cómo hay que interpretar este término de «*resurrección*». La Iglesia, pretendiendo basarse en el relato de los Evangelios y en los Actos de los apóstoles, enseña que Jesús murió en la cruz, después resucitó y subió al cielo. Una vez más lamento no estar de acuerdo con los cristianos porque ésta no es la realidad.

Cuando se dice de alguien que ha muerto, puede ser que la vida no le haya abandonado totalmente. La prueba está en que durante algún tiempo tiene un suficiente número de células vivas para que puedan ser trasplantados ciertos órganos a otra persona. Y durante siglos, cuando los conocimientos médicos eran bastante limitados, se pudo confundir la muerte y el coma. Por esto, cuando un ser volvía de este estado de coma al cabo de algún tiempo, era fácil pensar que había resucitado. Diréis: «Pero Jesús resucitó realmente a Lázaro, a la hija de Jairo y también a otros... En realidad, si los devolvió a la vida, era porque todavía no estaban del todo muertos. *«Entonces, ¿no fue realmente un milagro?»* Sí, porque para devolver a estos hombres y a estas mujeres a la vida, era necesario que Jesús no sólo fuera muy puro sino que poseyera poderes verdaderamente excepcionales.

Cuando vinieron a anunciar a Jairo, jefe de la sinagoga, que su hija había muerto, Jesús dijo: *«No llores, porque no está muerta. Sólo duerme.»* y a propósito de Lázaro, dice también: *«Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero yo voy a despertarle.»* Ésta era una manera de decir que no estaban realmente muertos.

Sólo que para arrancarles de este «sueño», era necesario el poder de Jesús. Como el cordón de plata, ese cordón etérico que une el alma, como principio vital, con el cuerpo físico, no había sido aún cortado, pudo invocar al alma y hacerla regresar al cuerpo. Pero cuando el cordón de plata se rompe, el hombre muere, y ningún rito mágico, ningún conjuro puede devolverle a la vida. Su alma no vuelve, sino que va a nacer a otra parte, a otro mundo.

Es necesario que lo tengáis muy claro. Cuando un hombre está muerto, verdaderamente muerto, no resucita, no regresa al mundo de los vivos. Entonces, si después de haber sido bajado de la cruz y sepultado, Jesús salió de la tumba, es porque no estaba muerto. *«Pero ¿cómo, diréis, después de semejante suplicio, no había muerto?»* Si salió de la tumba y luego encontró a María Magdalena y a algunos de sus discípulos era porque no estaba muerto. Y esto es, precisamente, lo que es extraordinario.

No sólo en aquella encarnación, sino en sus encarnaciones anteriores, Jesús había realizado un trabajo inmenso en sí mismo, y todas las células de su cuerpo habían sido tan vivificadas, purificadas e iluminadas, que resistieron a los sufrimientos de la pasión y de la crucifixión. El cordón de plata no se rompió y por esto fue posible cuidarle y devolverle la vida.

Se dice que Jesús resucitó el tercer día. ¿Qué hizo durante esos tres días? Su alma estuvo viajando a otros mundos, e incluso descendió a los Infiernos. Como ya os lo he explicado en otras conferencias, este viaje ritual se encuentra en la mayor parte de las grandes Iniciaciones del pasado. Cuando juzgaban que el discípulo estaba listo, los Iniciados le sometían a una experiencia muy arriesgada: lo llevaban hasta las fronteras de la muerte para liberar su alma del cuerpo físico, y así comenzaba un viaje en el curso del cual descubriría los misterios del Cielo y del Infierno. Los Iniciados formaban un círculo a su alrededor, y con el trabajo del

pensamiento, protegían su cuerpo de la intrusión de entidades que hubieran intentado instalarse allí como en una morada vacía. Después de tres días, le hacían volver. Es esta misma experiencia la que Jesús vivió.

En el Evangelio de san Juan, está escrito: *«Los Judíos tomando la palabra dijeron a Jesús: ¿Qué milagro nos muestras para actuar de este modo?»* (Acababa de echar a los vendedores del templo). *«Jesús les respondió: Destruid este templo, y en tres días lo volveré a levantar ».* *Los Judíos dijeron: fueron necesarios cuarenta y seis años para construir este templo, y tú, ¡lo volverás a levantar en tres días! Pero hablaba del templo de su cuerpo. Por esto, cuando fue resucitado de los muertos, sus discípulos se acordaron de que les había dicho esto.»* En efecto, Jesús hablaba del templo de su cuerpo, porque sabía en qué estado de pureza había logrado conservarlo por la potencia de su espíritu.

Los Evangelios no dicen nada de la vida de Jesús entre los doce y los treinta años. Aquí hay un inmenso vacío que algunos han intentado llenar realizando toda clase de suposiciones. Para algunos permaneció en Palestina, para otros habría viajado a la India o a Egipto.

Existen escritos que dan fe de la existencia de Jesús en la India. Durante mi primera estancia en aquél país, leí uno de estos escritos en un monasterio del Ladakh y también encontré una copia en un monasterio de Calcuta. Para poder leerlo, debía ir cada día al monasterio, porque los monjes no permitían que saliera de allí esta obra. Leí este texto en una traducción inglesa. Se relata cómo un hombre muy joven, llamado **Isa**, llegó a la India en una caravana que procedía de Palestina. Durante varios años, estudió, y para estudiar tuvo que visitar frecuentemente a los brahmanes con los cuales acabó por oponerse reprochándoles su espíritu de casta, su rigidez, su falta de amor. Y los brahmanes,

furiosos, comenzaron a perseguirle. Después de algunos años, regresó a Palestina, y el relato reproduce entonces lo que conocemos por los Evangelios hasta la crucifixión. Pero no se detiene ahí. Informa cómo Jesús, que había sobrevivido al suplicio de la cruz, regresó a la India acompañado de su madre y del apóstol Tomas, que vivió en Cachemira y que murió a una edad muy avanzada.

Un día, habrá investigadores que podrán explicar cómo se produjeron las cosas verdaderamente y cómo fue la vida de Jesús. Les dejo para ellos este aspecto histórico, la historia no es mi vocación, hay temas que me interesan mucho más. ¡Que los especialistas consagren su tiempo a la búsqueda de manuscritos y de vestigios arqueológicos! Yo, me concentro en los principios y digo lo que sé según la verdadera Ciencia iniciática. Será tarea de otros confirmarlo mediante testimonios históricos.

¿Quién supo lo que sucedió realmente a Jesús después de haber sido bajado de la cruz y enterrado? Es imposible de decir. .. Pero como se creyó que había muerto, para los cristianos que no podían admitir que el Hijo de Dios muriera sobre la cruz, era necesario que este Hijo resucitara. Y desgraciadamente, esto no son más que imaginaciones.

Diréis: «¡Pero entonces, si nada de lo que la Iglesia enseña desde hace siglos sobre la muerte y resurrección de Jesús es cierto, los cristianos no tienen porque celebrar la Pascual!» Una vez más, tratad de comprender que la realidad histórica es una cosa y la realidad espiritual es otra. Es verdad que Jesús fue crucificado, pero hubiera muerto o no en la cruz y que hubiera o no resucitado, esto no cambia en nada lo que debe ser esencial para nosotros. Y lo que debe ser esencial para nosotros, es que como la naturaleza, tenemos la facultad de morir para resucitar.

Observad: en la naturaleza la materia no cesa de morir y de renacer. Este es un fenómeno universal, cósmico, y se repite en cualquier hombre consciente de esta correspondencia que existe entre la vida de la naturaleza y su vida interior. Existe siempre una realidad interior que es superior a la realidad física. Nunca debemos dejar de profundizar sobre la relación que existe entre la muerte y la resurrección de Jesús y la muerte y resurrección en la naturaleza. Es así que aprenderemos, nosotros también, cómo podemos morir y resucitar. ¡Los humanos todavía tienen tantas cosas que aprender sobre la vida y la muerte!

Después de que el cuerpo de Jesús fuera bajado de la cruz, José de Arimatea y Nicodemo lo depositaron en el sepulcro. Pero se dice en los Evangelios que tres días después, María Magdalena, María, madre de Santiago y Salomé, descubrieron que la piedra que lo cerraba había sido movida, y que Jesús ya no estaba allí. Un vez más, no es la realidad material de este hecho lo más importante. Lo esencial es su significado para nuestra vida interior, y descubriremos este significado si recordamos la imagen de la simiente.

Cuando plantamos una semilla en la tierra, ésta se divide en dos; después muere tras haber dejado salir de sus entrañas el germen de la vida. El sepulcro, es nuestra naturaleza inferior en la cual debemos practicar una abertura para poder salir. Algunos vieron en la tumba una representación del cuerpo físico, y esto no es del todo falso. En realidad, lo que impide la manifestación de la vida, la manifestación del espíritu, no es tanto el cuerpo físico, sino este caparazón fluídico formado por todos los deseos, codicias y desavenencias de nuestra naturaleza inferior. Es ella la que se interpone entre nuestro espíritu y el cuerpo físico. Si no estuviera creando constantemente toda clase de miasmas y

vapores, nuestro espíritu tendría un dominio perfecto sobre el cuerpo físico.

Jesús utilizó a menudo la imagen de la simiente para explicar las verdades esenciales de la vida espiritual. Decía: «*Si el grano no muere cuando es plantado en la tierra, se queda solo; pero si muere, trae muchos frutos.*» La simiente es el símbolo de la vida. Y es a partir de esta muerte de la simiente cuando pueden liberarse los poderes de la vida.

La resurrección no es nada más que una corriente de vida que atraviesa las regiones en las cuales, física o psíquicamente, la enfermedad y la muerte habían comenzado a hacer su trabajo. ¡Hay tantos fenómenos de la naturaleza que pueden darnos una idea de este proceso! No sólo la semilla que sale de la simiente, sino también el pollito que sale del huevo, algunos mamíferos cuando despiertan de su sueño invernal, la crisálida que se transforma en mariposa son imágenes de la resurrección. ¿Y los árboles? .. También ellos resucitan en primavera: ¡todas estas ramas negras y desnudas que se cubren de hojas y flores! He aquí otra resurrección. Y ¿por qué resucitan? Porque no están muertos, porque la vida siempre está presente.

Todos estos fenómenos de la naturaleza tienen su correspondencia en el hombre. Físicamente, psíquicamente, cada día el hombre «muere» y resucita. Cuando la vida se debilita en él, muere; cuando vuelve a visitarle, resucita. Es como si una nueva sangre circulara por sus venas. Lo que nos resucita es la vida sola, la vida divina, y es necesario trabajar para obtener esta vida.

Cuando dicen que aman la naturaleza, la mayoría de la gente sólo la ven, como máximo, como su entorno, o como un tema poético. No sienten hasta qué punto les influye en su vida íntima,

porque la naturaleza les revela su propia vida. La naturaleza, es infinitamente más que un ambiente o un hermoso decorado. Por esto nuestros contemporáneos tienen razón en cuanto ven las destrucciones que en ella se cometen. No solamente destruyen algo de lo cual forman parte, sino que también forma parte de ellos mismos. La comprensión de su ser profundo depende de la comprensión que tienen de los fenómenos de la naturaleza, y es en este sentido que deben trabajar.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

XI

EL SACRIFICIO DE JESÚS EN LA CRUZ:

LOS PODERES DE LA SANGRE

Jesús muerto en la cruz ... Los cristianos transportando con ellos esta imagen del crucifijo intentaron convertir a la tierra entera. Desde hace dos mil años, no cesan de repetir: «*Jesús murió por nosotros... Jesús vertió su sangre por nuestros pecados ... Haciendo en la cruz el sacrificio de su vida, Jesús nos salvó ... El hijo de Dios dio su sangre para la salvación del mundo ...*» Y repitiendo esto, se consideran como inmensamente superiores a los creyentes de las otras religiones, y sobre todo de los infieles. ¿Os dais cuenta? El hijo de Dios Mismo derramó su sangre por ellos, y expió por ellos el pecado original. Sus amigos, incluso sus padres no darían ni dos céntimos por ellos, pero el hijo de Dios, él, dio su sangre, ¡verdaderamente hay de qué sentirse orgulloso! ¿Cómo en el siglo veinte es aún posible continuar alimentando semejantes creencias?

Desgraciadamente, basta con ver el estado en que se halla la cristiandad para constatar que los cristianos no se han salvado mucho más que los creyentes de otras religiones, ni tampoco se han salvado más que muchos incrédulos. Cometan las mismas faltas de honestidad, los mismos crímenes, porque siempre es la misma naturaleza humana egoísta, codiciosa, vengativa que habita en ellas. Pues sí, un ser humano no cambia milagrosamente de naturaleza porque haya sido bautizado. «*Es verdad, dirán algunos, que los cristianos también son pobres pecadores. Pero si creen sinceramente que Jesús, hijo de Dios, murió para su salvación, esto basta; porque es la fe la que salva, y cuando*

lleguen al otro mundo, serán reconocidos como verdaderos hijos de Dios.» Pues bien, desengañaos: si no se han manifestado ya como hijos de Dios durante su vida en la tierra, no lo harán tampoco después de su muerte.

No tiene ningún sentido repetir que Jesús nos salvó. Los cristianos recitan: «*Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo*»... Pero es una necedad. Jesús pagó con su vida por el hecho de haber sido un precursor; pagó con su vida la audacia de querer traer una luz, incluso aunque esto debiera molestar a las autoridades religiosas y políticas de su época; pero no vino para tomar sobre sí las faltas de los humanos. Si los humanos cometen faltas, son responsables de ello y deben pagadas. Imaginarse que alguien fuera de ellos pueda salvarles de las consecuencias de sus actos, significa no haber comprendido nada de la vida espiritual, ni incluso de la vida psíquica. Se le pueden dar medios, métodos para que él mismo se salve, pero no se le salva. Cuando se ve a ciertos cristianos, incluso entre aquellos que aparecen como los más fervorosos, es evidente que Jesús no les ha salvado: ¡en qué estado de miseria espiritual se encuentran ¡

Como Jesús fue crucificado hace dos mil años, ¿todas las generaciones de cristianos en el futuro iban a ser automáticamente salvadas? Pero, ¿se sabe solamente lo que es «*la salvación*»? En realidad, Jesús hizo más que tomar sobre sí los pecados de los hombres, lo que de todos modos es imposible; les abrió un camino para que llegaran, con sus propios esfuerzos, a salvarse ellos mismos y pudieran andar por este camino eternamente.

Cada gran hijo de Dios que viene a la tierra aporta a los humanos verdades, nuevos métodos para salvarles, pero son ellos quienes deben comprenderlos y utilizarlos, son ellos quienes deben trabajar en su propia liberación. Diréis: «*¡Pero así resta valor al sacrificio de Jesús!*» En absoluto. La grandeza del

sacrificio de Jesús no se menoscaba si os digo que sólo seréis salvados con vuestro trabajo. Dios únicamente desea una cosa: el perfeccionamiento de la criatura humana. Y para perfeccionarse, es necesario hacer esfuerzos. Nos pueden abrir el camino, nos pueden decir cómo caminar, pero nadie puede caminar en nuestro lugar, somos nosotros quienes debemos avanzar. Y el sacrificio de Jesús, es también el precio que debió pagar para abrir este camino. Pero ¿hay muchos cristianos que estén dispuestos a comprenderlo? ¿Acaso alguien les ha explicado, aunque sólo fuera una vez, por qué Jesús debía verter su sangre en la cruz?

En la época que Jesús vino, el camino que conduce a Dios estaba tan obstruido por presencias oscuras, que sólo los seres que poseían una inteligencia, una voluntad y una audacia excepcionales tenían la posibilidad de avanzar. La multitud, el pueblo vegetaba porque era voluntariamente retenido en los niveles inferiores de la conciencia. La religión era cosa de una elite, y aquellos que no pertenecían a esta elite se les dejaba en la ignorancia. Se les divertía con supersticiones e historias para caerse de sueño, e incluso si estas prácticas y estos mitos tienen en realidad un sentido muy profundo, se cuidaban bien de no revelárselo.

Era preciso por lo tanto hacer el camino más accesible para todos los humanos, y es lo que Jesús hizo. Sólo lo puede comprender aquél que posee el verdadero saber iniciático, pero sin embargo trataré de aclararas esta cuestión comenzando por daros un ejemplo. Existen regiones en la tierra donde no hubiera sido posible ir de un punto a otro si no se hubieran construido carreteras, vías de ferrocarril, etc. Pero para ello, era preciso primero secar pantanos infestados con todo tipo de animalejos, perforar túneles en la montaña, o abrirse paso a través de una vegetación infranqueable. Una vez terminados estos trabajos, el

camino era finalmente practicable para todos aquellos que querían tomarlo.

En la época en que Jesús vino, el camino de la evolución estaba obstruido por entidades monstruosas, egrégoras que se alimentaban con la sangre de las víctimas ofrecidas a los dioses. Antes de Jesús, todas las religiones practicaban sacrificios sangrientos; y los espíritus del mundo astral, que también se les llama larvas, elementales, se alimentaban con las emanaciones producidas por la sangre de las víctimas y no cesaban de multiplicarse y reforzarse, formando alrededor de los humanos una atmósfera oscura e insana. Es por tanto a través de estas regiones pantanosas del plano astral cómo Jesús vino a abrir un camino para que todos los humanos, incluso los más desheredados, los más despreciados, pudieran interiormente ir al encuentro de su Padre celestial. Pero, como para abrir un camino en el plano físico, era preciso ante todo despejar, limpiar y purificar; y no era tan fácil librarse de esas entidades que obstruían el camino. Por esto, en vez de la sangre de las víctimas donde ellas encontraban su alimento, fue necesario que Jesús diera la suya. Sí, esto es un gran misterio: el poder de la sangre. Cuando se habla de la sangre que Jesús derramó por nosotros, hay que sobrentender ese fluido tan puro que es una condensación de la vida divina.

Se dice en los Evangelios que en el Jardín de Getsemaní, Jesús comenzó a sentir la angustia de la muerte hasta el punto de que *«su sudor se volvió como grumos de sangre que caían a tierra.»* Evidentemente, la sangre puede ser interpretada en sentido propio o en sentido figurado, porque antes de ser este líquido rojo que circula por el cuerpo, la sangre es una quintaesencia sutil portadora de vida en la cual se expresan todas las cualidades y virtudes del hombre. Y si en apariencia la sangre

de Jesús no difería de la de cualquier ser humano, en realidad, cada gota de esta sangre era semejante a una gota de luz.

Jesús se había purificado e identificado hasta tal punto con su Padre celestial que su sangre se había convertido en una condensación de la vida divina, de la esencia misma de Dios. Al caer al suelo, las sustancias celestiales con las que estaba impregnada esta sangre, modificaron algo en la misma materia de la tierra, haciendo aparecer fuerzas y virtudes que todavía no poseía. Y cuando las entidades del mundo astral se abalanzaron sobre ella para alimentarse, esta sangre produjo en ellas el mismo efecto que un licor demasiado fuerte que no pudieron soportar: se sintieron como embriagadas; por tanto se debilitaron, fueron anestesiadas y dejaron libre el camino. El camino está ahora libre para todos los humanos.

He aquí lo que fue el sacrificio de Jesús. No basta pues con decir que, puesto que él derramó su sangre, estamos salvados; ¡sería demasiado fácil! Al derramar su sangre, Jesús sólo abrió un camino para que nosotros pudiéramos, con nuestros esfuerzos, salvamos a nosotros mismos, y por tanto somos nosotros quienes debemos caminar ahora por este camino, estudiando y aplicando su enseñanza.

El sacrificio de Jesús fue el punto de partida de un nuevo concepto de Dios y del hombre. Jesús pagó para que se abriera un camino. Porque siempre hay que pagar. Incluso para un camino, ya lo sabéis, hay que pagar, y no sólo con dinero. Desde hace siglos, ¡cuánta gente en el mundo pagó con su vida la construcción de carreteras, de túneles, de puentes, de vías de ferrocarril! Entonces, con mayor motivo era necesario pagar para abrir en el mundo psíquico un camino hasta Dios. Y es porque abrió este camino que Jesús pudo identificarse con el Cristo y decir: «*Yo soy el camino*», o también «*Nadie puede ir hasta el*

Padre sino a través mío.» Interrogad a Jesús, si podéis, y él os responderá: «Mi sacrificio no es lo que creéis. ¿De qué sirve pagar una vez en la historia por los errores de los hombres? Comenzarán a pecar otra vez.»

Cuando se paga por las faltas de alguien sin iluminarle, éste no comprende ni tan sólo lo que se ha hecho por él, y de nuevo cometerá los mismos errores. Si alguien se mete en problemas... y lo sacáis de allí, está muy bien, pero hay muchas posibilidades de que vuelva a caer a la primera ocasión. Como no ha aprendido nada, no ha comprendido nada, ni siquiera está agradecido, olvida lo que habéis hecho por él; la siguiente vez, os volverá a pedir ayuda, y si no se la dais, se enfadará. Entonces, ¿cómo puede progresar?

Este sacrificio de Jesús que los cristianos no cesan de cacarear desde hace siglos, ya es hora de que comiencen a comprenderlo correctamente. Diréis: «Pero, ¡como! «Cacarear» no es una palabra respetuosa». Así que, ¿pensáis que es respetuoso haber llenado la tierra de representaciones del suplicio de Jesús? ¿Pensáis que Jesús se siente feliz de verse representado por todas partes colgado de una cruz? Los cristianos han llevado la cruz hasta todos los confines del mundo amenazando a pueblos inocentes: «Si no creéis que Jesús os salvó muriendo en la cruz, os mataremos.» ¿Es esto lo que quería Jesús?

Incluso ahora, todos los curas y pastores continúan repitiendo: «Jesús fue crucificado... Jesús dio su sangre por nosotros.» Pero esto ya se sabe, ¿de qué sirve repetirlo? Se adormece a los cristianos con estas palabras. Evidentemente, se quiere mostrarles la inmensidad del sacrificio de Jesús, pero esto no produce grandes resultados. ¿Por qué no presentarlo más a menudo triunfando, en la paz y la luz, con el fin de inducir a los humanos a ser como él? Insistiendo tanto en su suplicio, algo de

la conciencia se oscurece. Los corazones sensibles, ciertamente, se conmueven y derraman algunas lágrimas. Pero ¿cómo sentirse exaltado teniendo continuamente ante sus ojos la visión de un ser martirizado, sangrando y coronado de espinas? No se siente ningún deseo de seguir su ejemplo.

Para poder entusiasmar a los humanos, es necesario presentarles la belleza, la grandeza. Se puede hablar de la crucifixión, pero dándole también una interpretación más amplia. En el Cristo crucificado, un Iniciado ve el Alma del mundo ofreciéndose a las cuatro direcciones del espacio. Pero acaso es esta dimensión sublime y gloriosa la que se presenta a los cristianos?

Jesús se sacrificó para traer la luz a los humanos, para liberar una vía que les conducirá hasta el mundo divino. Y todo esto es mucho más importante que haber tomado sobre sí todos sus pecados. Jesús abrió el camino de la salvación dando una enseñanza, y gracias a esta luz, son los humanos mismos quienes se liberarán de sus pecados. Por esto, no sólo dijo: «*Yo soy el camino*», sino también: «*Yo soy la luz del mundo.*» Jesús nos dio esta luz para mostrarnos la dirección, y nosotros somos quienes debemos andar con nuestras piernas. Pero los cristianos quieren que sea Jesús mismo quien les lleve hasta el Cielo, y continúan cometiendo los mismos errores, los mismos crímenes contentándose en repetir: «*Jesús nos salvó*». Pues bien, no, Jesús no es el maestro de los perezosos.

Pero comprendedme bien, no he venido para demoler lo que enseña la Iglesia, he venido para ajustar las cosas, para armonizarlas, con el fin de mostrar a los cristianos cuál es verdaderamente esta vía abierta por Jesús. Incumbe a cada uno salvarse a través de su propio camino de pureza, de sabiduría y de amor.

Pocas personas son capaces de medir la grandeza del sacrificio de Jesús. Derramar su sangre: nada es más precioso que la sangre, a causa de todo lo que representa en el plano físico, concreto, y también en el plano espiritual. Por esto se originaron muchos relatos alrededor de esta copa en la que, según los Evangelios, José de Arimatea habría recogido la sangre de Jesús. Toda la leyenda del Grial se formó alrededor de esta copa: tiene como origen la necesidad que tuvieron los humanos de conmemorar, de perpetuar en la memoria de los siglos los misterios de la sangre del Cristo. Todas estas cosas son muy santas, muy sagradas, y todo mi ser se estremece cuando debo exponerlas ante vosotros.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

XII

«DE SU SENO BROTARÁN MANANTIALES DE AGUA VIVA»

Dios es el único dueño de la vida. Pero desde siempre los humanos han intentado explorar sus secretos, ya sea para prolongarla, ya sea para crearla ellos mismos, y uno de los ejemplos más conocidos de la tradición esotérica es el de los golems.

Se cuenta que en el gueto de Praga, en el siglo XVII, unos rabinos intentaron crear seres vivos. Se inspiraron en el libro del Génesis donde se dice que Dios formó el primer hombre, Adán, a partir del limo de la tierra y le insufló vida soplando en sus orificios nasales. Por tanto modelaron formas humanas con barro, escribiendo sobre su frente el término hebreo emeth: verdad, que se creía debía darles vida. Estas criaturas animadas estaban a su servicio y se desplazaban para ejecutar sus órdenes. Si por casualidad alguna de ellas escapaba del control de su creador, se convertía en un peligro y la única solución era destruirla. Entonces, bastaba con borrar de su frente la primera letra de la palabra emeth, porque la supresión de esta letra se convierte en hebreo en la palabra maveth: muerte, y el golem se convertía en polvo. Éstas eran ciertamente leyendas que fueron imaginadas a partir de algunos elementos reales. Jamás he conocido algo semejante: solo sé que son posibles muchas cosas, incluso si no se producen exactamente como se cuentan.

No entra dentro del poder del hombre crear vida. Él solo puede transmitirla, por esto esta cuestión de los golems no me interesa mucho. Lo que me interesa, y en lo que creo, es en el

poder de la vida divina que impregna toda la creación y que cada día recibimos a través del sol. Nosotros podemos captar esta vida, absorberla y beberla con el fin de regenerar todas nuestras células.

Cuando Jesús decía: «*La vida eterna es que te conozcan a ti, el único y verdadero Dios*», estaba identificando la vida con el conocimiento. Pero ¿qué significa «*conocer*»? Este conocimiento de Dios que aporta la vida eterna, no sólo es el producto de una facultad del cerebro. O, más exactamente, la facultad de comprender y de conocer que posee el cerebro es una síntesis de las inteligencias de todas las células del cuerpo, por tanto las células de los brazos, de las manos, del hígado, de los pulmones, del estómago, de los genitales, etc. Todas estas inteligencias están reunidas y representadas en el cerebro. Si las células de estos órganos se debilitan, se anestesian, el hombre no puede alcanzar el verdadero conocimiento.

Cada célula de nuestro cuerpo posee una pequeña inteligencia gracias a la cual ejecuta una tarea determinada, y el saber de todas juntas, sintetizado en el cerebro, expresa la inteligencia de todo el organismo. Si la inteligencia de las células se reduce, el cerebro se vuelve obtuso. Por lo tanto, mediante un trabajo sobre el conjunto de las células de su cuerpo el hombre desarrolla su cerebro.

Todo está unido. Por esto cada día debemos pensar en purificar, vivificar e iluminar nuestras células, con el fin de que su correcto funcionamiento se refleje en nuestro cerebro y mejore nuestra comprensión de las cosas. Cuando las células del hígado, del estómago o de los intestinos que no saben realizar correctamente su trabajo, obstaculizan el juicio; por mucho que las personas lean y estudien, en todas sus reflexiones se proyectarán matices oscuros y deformaciones procedentes del mal funcionamiento de sus órganos. Incluso aquellos que son

considerados como grandes pensadores, grandes filósofos, ¡cuántos errores cometieron debido a las insuficiencias de las células de ciertos órganos que obstaculizaban la actividad mental! Todas estas insuficiencias del hígado, del estómago, de los intestinos, del páncreas... producen en algún lugar del cerebro un límite que el hombre no puede franquear.

Sé que diciendo todo esto, algunos me criticarán e incluso se reirán de mí. Pero ni las críticas ni las burlas me harán abandonar esta convicción: la inteligencia del hombre depende de la inteligencia de las células de todo su cuerpo, y no puede conocer a Dios ni poseer la vida eterna si primero no educa a todas sus células.

Los ejercicios recomendados por nuestra enseñanza, e incluso sólo los consejos referentes a la respiración o a la nutrición, no tienen otro objeto que el de mejorar el estado de nuestras células con el fin de ampliar y mejorar nuestra comprensión. Las recomendaciones referentes a la nutrición, como por ejemplo el vegetarianismo, no están destinadas a privarnos de alimentos agradables. Cuanta gente imagina que dejar de comer carne o abstenerse de tomar alcohol, se les pide por motivos de mortificación, con el fin de complacer a Dios a quien le gusta ver a los humanos privarse y sufrir. ¡Pues no!

Con su vida y su enseñanza, Jesús quiso mostrarnos cómo el espíritu puede tomar posesión progresivamente sobre la materia, con el fin de manifestarse a través de ella. El espíritu viene a encarnarse en cada ser humano. Esta encarnación del espíritu es incluso la única razón de ser de nuestra existencia en la tierra, pero a condición de que preparemos nuestro cuerpo físico para recibir sus impulsos y responder a los mismos. Esto es la resurrección.

El cuerpo de un hombre está formado de miles de millones de células; cada célula está habitada por un alma viva, y cada una debe resucitar. Cuando todas estas almas hayan resucitado, entonces sí, se podrá hablar realmente de resurrección. La resurrección es pues un proceso ininterrumpido. Cada día debemos añadir algo nuevo, cada día debemos ser conscientes, estar vigilantes y atentos, y poco a poco sentiremos cómo se producen en nosotros los mismos fenómenos que se producen en primavera cuando la tierra recibe del sol más luz y calor, y todas las semillas que fueron sembradas comienzan a germinar. Toda esta vegetación que vemos nacer o renacer en primavera, es una imagen de los fenómenos que pueden producirse en nuestra vida física, y en nuestra vida psíquica, si comprendemos lo que es la verdadera vida.

Con cada regreso de la primavera, esforzaos pues en aprovechar las condiciones que os son dadas para sentir cómo podéis aumentar un poco más esta vida nueva y fresca, y después ¡continúa todo el año por este camino! Luego, al año siguiente, ¡volved a empezar y volved a empezar muchas veces más!. .. En efecto, estar cada vez más vivos con el fin de entrar en la muerte vivos, lo que en realidad no es más que un cambio de formas. Y cuando volváis en encarnaciones futuras, volveréis a continuar este trabajo hasta la resurrección final.

Los cristianos rechazan la idea de la reencarnación porque evidentemente es incompatible con la teoría de la resurrección de los cuerpos al final de los tiempos: si el hombre se reencarna, tiene sucesivamente varios cuerpos, y entonces ¿con cuál resucitará en el momento del Juicio final? Pero la acepten o la rechacen, la reencarnación es una realidad que toda la naturaleza no cesa de recalcar.

La Iglesia enseña pues que al final de los tiempos, los muertos, después de haber vivido una sola vida en un único cuerpo, saldrán de su tumba para ser juzgados. Pero ¿cómo imaginar a cuerpos que, habiendo permanecido durante miles de años en ataúdes, o simplemente en la tierra o en el fondo de los mares, se levantarán ante el sonido de una trompeta? De algunos, desde hace tiempo que no queda nada, incluso su esqueleto se convirtió en polvo. Entonces, ¿cuáles son estos cuerpos que saldrán de las tumbas, y en qué estado? ... En realidad, la resurrección es un largo proceso espiritual que nos saca del estancamiento, de la descomposición interior, hasta el día en que, después de muchas encarnaciones de trabajo y esfuerzos, renaceremos en nuestro «*cuerpo glorioso*». Este cuerpo glorioso del que habla san Pablo, debe ser comprendido como una realidad espiritual.⁴ De lo contrario, ¿cómo el cuerpo físico de un hombre o de una mujer se transformaría en luz en el instante que sale de una tumba?

Cuando logremos hacer fluir la vida divina en cada célula de nuestro cuerpo, solamente entonces será cuando resucitaremos. La resurrección es pues un proceso extremadamente largo, lento, y por esto se le ha situado simbólicamente al final de los tiempos. Pero es ahora, enseguida, cuando debemos emprender este trabajo de resurrección.

De nada les sirve a los cristianos repetir: «*Jesús ha resucitado... Jesús ha resucitado ...* » si mientras tanto olvidan que ellos también deben resucitar, y sin esperar al fin del mundo! La resurrección comienza el día en que nos hacemos más sabios más iluminados, en el que nuestro corazón se abre a todas las criaturas. En efecto, hay criterios que no pueden engañar. La resurrección es un estado de conciencia: es la vida divina que

comienza irrigar nuestro ser interior y que rechaza todo que no vibra al unísono con ella.

La resurrección se manifiesta con la formación de otro cuerpo en el hombre, un cuerpo que es doble luminoso de su cuerpo físico. Cuando en monte Tabor Jesús se apareció ante sus discípulos transfigurado, los Evangelios dicen que *«su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.»* ¿Cómo explicar este fenómeno? Porque Jesús había logrado formar en él este cuerpo luminoso que entonces irrumpió y los envolvió con su brillo. La verdadera resurrección de Jesús se había por tanto producido mucho antes: de su muerte, y no después. Para aparecer de tal manera envuelto en luz, era porque ya había resucitado, resucitado espiritualmente. Y como había resucitado, no murió en la cruz. Había purificado y vivificado todas las células de su cuerpo físico hasta tal punto que resistieron a los tormentos que sufrió y al suplicio de la crucifixión. Esta es la verdad: Jesús no resucitó tres días después de su muerte; Jesús ya había resucitado.

Cuando el proceso de la resurrección finaliza, todos los órganos y miembros se regeneran, y el hombre se desprende de su cuerpo físico como la crisálida se desprende de su capullo para convertirse en una mariposa. Y estando en posesión de un nuevo cuerpo, el cuerpo de gloria, gracias a él se puede viajar en el espacio, visitar otros lugares, u otras criaturas, hablarles y ayudarles. El cuerpo a de gloria, que es a imagen del cuerpo físico, le da posibilidades mucho más amplias, y gracias a él puede actuar en el mundo invisible.

La resurrección es pues, en primer lugar, un proceso espiritual de purificación, de iluminación que cuando alcanza un cierto grado de intensidad, termina produciendo efectos hasta en el más pequeño átomo del cuerpo físico. Resucitar, significa abrir

vías a la vida divina en todas las regiones de nuestro ser; porque lo propio de la vida, consiste en no quedarse inmóvil sino introducirse por todas partes para renovarlo todo.

¿Qué es el elixir de la vida inmortal del cual hablan los alquimistas? Un líquido que libera los canales del organismo para que las energías vitales puedan circular sin obstáculos. El hombre en quien todos los fluidos encuentran un paso, es vivo y con buena salud. Es la obstrucción de todos estos canales y vasos por los cuales circulan los líquidos y los fluidos a través del organismo los que ocasionan la decadencia, la enfermedad y la muerte. Y si, en astrología, Saturno en ciertos aspectos está unido a la decadencia y a la muerte, es precisamente porque su influencia tiene la propiedad de coagular, de cristalizar la materia y oponerse de ese modo a la circulación de las energías.

Ya os lo he dicho, todas las prácticas recomendadas por nuestra enseñanza (tomar un alimento puro y ligero, beber a menudo agua caliente hervida, realizar ejercicios respiratorios y de gimnasia, no tener en su interior más que pensamientos y sentimientos puros, es decir desinteresados, generosos...) sólo tienen por objeto el hacernos más vivos liberando todas las vías de circulación en nuestro cuerpo. Y lo más importante de todo, debemos aprender a entrar en relación con aquél que proyecta en el espacio poderosas corrientes de vida que animan a toda la naturaleza: el sol. Porque no basta con mirar distraídamente al sol de vez en cuando. Hay que realizar todo un trabajo con el pensamiento y con la imaginación: bañarse en sus corrientes, extraer fuerzas de ellas, llenando todo nuestro ser con el fin de utilizarlas después para la gloria de Dios.'

La Iglesia, con el pretexto de que es necesario poner en primer término el alma y el espíritu, enseñó a los cristianos a descuidar su cuerpo físico, a despreciarlo, e incluso a maltratarlo

considerando que no desempeña ninguna misión en la vida espiritual, y que incluso es un obstáculo. Pues bien, es un error, un grave error, porque no es bueno separar el cuerpo físico del alma y del espíritu. Mediante una correcta disciplina y ejercicios destinados a despertar ciertos centros del cuerpo físico el hombre puede actuar sobre su alma y sobre su espíritu. Estos centros son, entre otros, el aura, el plexo solar, el centro Hara, los chakras ...

Nuestra evolución debe realizarse en los tres mundos, físico, psíquico y espiritual. Este es el significado de la palabra de Hermes Trismegisto (es decir «*tres veces muy grande*») al final de la Tabla de Esmeralda: «*Por esto he sido llamado Trismegisto, porque poseo las tres partes de la filosofía universal.*»

El hombre se verá siempre impulsado a rechazar la vejez y la muerte. Está muy bien, ya que hay que realizar un trabajo en la tierra, y una larga vida le ofrece mayores posibilidades. Pero la vida pertenece a Dios, y sólo a Dios: haga lo que haga el hombre, nunca logrará vencer a la muerte. Entonces, en un momento u otro, se plantea ante él la cuestión de la vida espiritual, porque únicamente gracias a la vida espiritual tomará progresivamente conciencia de su inmortalidad.

En el Árbol sefirótico, el elixir de la vida inmortal está unido a la séfira Tipheret, la séfira del sol. Y esto debe ser comprendido no solamente desde el punto de vista físico sino también y ante todo desde el punto de vista espiritual. Si el Arcángel del sol tiene como nombre Mikhaël (*es decir «quién como Dios»*), es porque la vida que nos viene del sol es para los habitantes de la tierra la expresión más poderosa, la más elocuente de la idea de esta ciencia que enseña que el hombre está construido a imagen del universo, ignoran que esta agua viva que brota de Dios, la Fuente cósmica, también brota en ellos mismos. Es también de esta agua que habla Jesús cuando dice a la

Samaritana: «Aquél que beba el agua que le daré jamás tendrá sed, y el agua que le daré se convertirá en él en una fuente que brotará hasta en la vida eterna.» Si los cristianos todavía no saben qué sentido dar a estas palabras, para los cabalistas que meditan sobre Adam Kadmon, el Hombre cósmico,[?] y que han llegado muy lejos en el conocimiento de las relaciones que el hombre mantiene con Dios y el universo, están completamente claras.

La vida que viene de Dios, es el Cristo, el Hijo que es una emanación del Padre. Y como Jesús fue identificado con el Cristo dijo: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida.*» Para interpretar el pensamiento de Jesús, no se deben tomar estas tres palabras de forma aislada, sino saber cómo ajustadas con el fin de reconstituir un todo. Y una vez más, es la imagen del río la que nos ayudará. En el origen del río, hay un manantial: es la verdad. Del manantial brota el agua, la vida. Y a medida que pasa el tiempo, el agua surca su cauce, el camino.

¿De qué sirve grabar en las iglesias: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*», si aquellos que leen estas inscripciones no saben cómo situar los tres términos «*camino*», «*verdad*», y «*vida*» los unos con respecto a los otros? Tanto más cuanto que pertenecen a ámbitos totalmente diferentes.

El camino evoca una realidad concreta. La verdad es una noción abstracta, uno de los temas filosóficos sobre el que los humanos hallan la más grande dificultad en ponerse de acuerdo. En cuanto a la vida, continúa siendo para ellos una realidad extremadamente amplia y vaga, porque ven sus innumerables manifestaciones, pero les es imposible decir lo que ella es en realidad. Sólo la imagen del río permite formar con estas tres palabras, el camino, la verdad y la vida, un conjunto coherente. Jesús quería decir: «*Yo soy el río que desciende del cielo y transporta la vida.*» ¿Sabéis por qué he basado mi filosofía en las

tres palabras amor, sabiduría y verdad? Porque están en relación con las palabras de Jesús: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»*

En el origen está la fuente (la verdad); de esta fuente fluye la vida (el amor); y el camino que toma esta agua en su descenso, el cauce del río, es la sabiduría. El agua viene de lo alto, y desciende para vivificarnos. Pero para beberla con toda su pureza, hay que ir a buscarla a la cima. El agua desciende, pero sólo recibimos todas sus bendiciones si nos elevamos, mediante la oración y la meditación, hasta la Fuente divina poniendo nuestros pasos en el mismo camino que los de Jesús, es decir esforzándonos en aplicar su enseñanza.

Jesús es el camino, la sabiduría, porque es la sabiduría la que nos conduce. La sabiduría no es un objetivo, sólo es una guía. No se puede avanzar si no se tiene la vida, el agua que nos sostiene; y esta vida, es el amor. En fin, si caminamos, es para elevarnos hasta la fuente, la verdad, con el fin de beber el agua pura y cristalina de las cimas. Nada es más claro que esta imagen que representa el programa a realizar por todos los hijos e hijas de Dios. Con el amor que es la vida, y a través de la sabiduría que es el camino, llegaremos a la verdad que es la fuente. Esta imagen del río que baja del cielo es la que se encuentra en el Apocalipsis: *«Y él me mostró un río de agua de la vida, límpido como el cristal, que salía del trono de Dios.»*

Jesús nos dice: *«Yo soy el camino que conduce hacia la verdad de donde brota la vida. Soy yo quien he trazado este camino para vosotros, quien he cavado el cauce del río, y si camináis detrás mío podréis encontrarme.»* Sólo nos queda buscar esta vida, impregnarnos con esta vida, hasta que un día broten de nuestro seno fuentes inagotables de la vida divina.

Lo queráis o no, un día os veréis obligados a preocuparos de esta cuestión de la vida. Porque inconscientemente, lo que todos buscan es la vida, tanto los hombres como las mujeres; e incluso sólo buscan esto. Y la vida siempre está unida al amor. Cuandoamáis a un ser, tratáis de dar talo cual explicación a vuestro amor. En realidad, no hay una explicación. Si le amáis, es a causa de la vida que emana de él en forma de belleza o de bondad, o de pureza, o de inteligencia, o de paz, etc. Y la vida es también el único remedio para el aburrimiento. Sí, el aburrimiento que mora en tanta gente de la tierra y que les empuja hacia caminos sin salid se debe a que no saben renovar la vida en ellos: 1 encuentran, y después de algunos momentos (efervescencia, comienzan a aburrirse. Entonces si queréis ser amados y no aburrir a los demás: estad vivos. Y si no queréis aburriros tampoco buscad la vida por todas partes. Ya lo veis ¡este asunto lleva muy lejos!

Si me habéis comprendido, a partir de ahora o detendréis cada día en la palabra «vida», no pediréis nada más que la vida, pero la vida purificada iluminada. Porque es esta vida la que os dará todo el resto: la inteligencia, el amor, la paz, la belleza la fuerza.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus
www.omraam.es
Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

XIII

UN HIJO DE DIOS

ES HERMANO DE TODOS LOS HOMBRES

Hace dos mil años, la llegada de Jesús instauró un orden de cosas en el que, por primera vez en la historia de los hombres, se concedía el primer lugar en importancia a los valores de amor, bondad, perdón, paciencia, dulzura, humildad y sacrificio, y aunque la palabra de Jesús no ha sido hasta ahora ni bien comprendida, ni correctamente aplicada, ha bastado con que la luz se hubiera introducido en algunos seres para que se transmitiera de siglo en siglo. El amor hacia el prójimo enseñado por Jesús, y que deriva de esta verdad de que los humanos son hijos e hijas de un mismo Padre, ha permitido abrirse camino a la idea de la fraternidad.

En forma de mitos, todas las religiones revelan en cierto modo el origen divino del hombre. Pero en un momento u otro de la historia, se infiltró en algunos la convicción de que tales razas o tales categorías de seres eran inferiores, y empezaron a excluirlos o reprimidos. Observad solamente lo que sucede en la India con el tema de las castas. Desde hace miles de años, todos aquellos que nacían en la casta de los brahmanes eran automáticamente considerados como superiores, y es a ellos a quienes se les confiaban las funciones sacerdotales. En cuanto a aquellos que nacían en la clase de los parias, eran automáticamente considerados como inferiores, tan inferiores que hasta una fecha aún reciente, si por casualidad un paria se encontraba a un brahmán por el camino, debía apartarse de él y mantenerse a distancia. ¿Por qué? Porque parece ser que si su sombra hubiera

alcanzado al brahmán, le habría mancillado. ¡Como si la Providencia divina hiciera nacer sistemáticamente a gente de una gran elevación espiritual en una clase social, y a los condenados en otra. A veces, incluso, lo que sucede es lo contrario.

Si Jesús fue hasta tal punto excepcional, es porque vino a afirmar que, cualquiera que fueran su raza, su cultura o su pertenencia social, ante Dios todos los seres humanos son iguales en esencia. Las desigualdades que se manifiestan, sólo son superficiales y pasajeras: sus cualidades físicas, intelectuales, morales, espirituales, los acontecimientos de su existencia, todo lo que hace que en un terreno u otro, algunos parecen privilegiados y los otros no, corresponde solamente a un instante de la evolución. Los humanos son hermanos y hermanas por la vida, la vida divina que fluye en ellos y que les hace también hermanos y hermanas de toda la creación.

Si se estudian los diferentes episodios de la vida de Jesús relatados en los Evangelios, se ve que no cesó de derribar barreras, y que abría su corazón y sus brazos a todos aquellos que eran considerados despreciables, impuros o enemigos. No eligió como discípulos a hombres instruidos o influyentes. No sólo iba al Templo a hablar con los doctores de la Ley, sino que iba por los caminos para instruir a la multitud y curar a los enfermos. Entraba en las casas de la gente más sencilla o de mala reputación para comer con ellos diciendo: *«No son aquellos que están bien quienes necesitan un médico, sino los enfermos.»* Dejaba que los niños se acercaran a él, como testimonia ese episodio en el que sus discípulos, queriendo alejar a aquellos que se acercaban - sin duda ¡pensaban que no tenía tiempo para perder con los niños! - les reprendió. Y sobre todo, contrariamente a la mentalidad de esa época, no consideraba a las mujeres como criaturas inferiores; no sólo las aceptaba entre sus allegados, sino que manifestaba

respeto, bondad y compasión hacia ellas. Observad cómo habló a la Samaritana, cómo puso como ejemplo a esta «pecadora» que había vertido perfume sobre sus pies, o cómo salvó a la mujer adúltera de ser lapidada.

A diferencia de los brahmanes o de los fariseos que, considerándose como una elite, despreciaban al pueblo y lo mantenían a distancia, Jesús no temía ser mancillado por el contacto de las personas, incluso aunque fueran consideradas como impuras. ¿Por qué? Porque él era realmente puro. Los seres de una gran pureza sienten que pueden ir a todas partes y frecuentar con cualquier persona, no temen ser manchados por los demás, porque su amor es más fuerte que todo. Amar a alguien, es reconocer que existe una unión entre él y nosotros, y esta unión hace caer las barreras que nos separan.

Jesús vino a enseñar que ningún ser humano debe ser rebajado u oprimido en nombre de unas leyes fabricadas por un puñado de gente que, invocando una supuesta superioridad, se atribuyen la prerrogativa de regentar la existencia de los demás. Para Jesús, la única ley válida era la ley del amor; por esto llegó incluso a alzarse contra el Sabbat, este precepto que prohibía cualquier forma de trabajo el séptimo día de la semana, con el pretexto de que fue dicho que ¡el séptimo día de la creación Dios descansó!

Esta ley que era tan extremadamente rigurosa, y que llegaba incluso a prohibir al que tuviera hambre coger alimento, Jesús no la respetó. De este modo escandalizó a los fariseos cuando un día de Sabbat, permitió a sus discípulos hambrientos que fueran a recoger algunas espigas de trigo para comerlas. Y les hizo este reproche: «*Si supierais lo que significa: Siento placer en la misericordia y no en el sacrificio, no condenaríais a unos inocentes.*» Aquél mismo día, curó en la sinagoga a un hombre

que tenía la mano parálitica, y explicó su gesto diciendo: *«El Sabbat está hecho para el hombre y no el hombre para el Sabbat.»* Pero esto era demasiado para los fariseos: *«Y pronto, dice el Evangelio, buscaron la manera de hacerle perecer.»*

Jesús tuvo la osadía de poner por encima de todo el amor al prójimo, el respeto por esta vida que el hombre recibió de Dios, y tuvo que pagar esta osadía con su propia vida. Esto es sobre lo que los cristianos deben meditar, porque con su comportamiento, y después de dos mil años de cristianismo, la mayoría revelan que no comprenden a Jesús mucho más que lo hacían los fariseos. Rechazar a un ser humano, despreciado, humillarlo, equivale a declarar que no es una criatura de Dios, y nadie tiene derecho a declarar una cosa semejante, ni a entrometerse entre un ser humano y su Padre celestial. Si alguien aplica su voluntad para sustraerse él mismo del amor divino, evidentemente es libre, pero nadie puede sustraerle, nadie tiene derecho a sustraerle. Todos son acogidos en la casa del Padre. Incluso los hijos extraviados son acogidos cuando desean sinceramente regresar, y su Padre celebra su regreso, como lo afirma Jesús en la parábola del hijo pródigo.

Jesús fue un verdadero revolucionario porque quiso revelar a todos, incluso a los más oscuros de entre los hombres, todos estos tesoros del Padre celestial que, hasta entonces, habían estado reservados para algunos incluso aunque no fueran dignos de ello. Quiso abrir las puertas del Reino de Dios para todos, porque incluso los más humildes, incluso los más despreciados y los más culpables, son sus hijos y sus hijas; Él colocó en ellos esta chispa, el espíritu, que es una parte de Él mismo, y es la presencia de esta chispa la que les permite ser partícipes de la naturaleza misma de Dios. Si cometen errores, si cometen crímenes, merecen evidentemente no sólo ser reprendidos sino también ser castigados. Pero aunque deban ser tratados con severidad y deban

ser apartados, no hay que olvidar nunca que existe en alguna parte de ellos, profundamente enterrada, una semilla divina, y que esta semilla divina debe ser respetada y cultivada. Con las humillaciones que se hace sufrir a sus hijos, es Dios mismo quién se siente ofendido.

Cuando se dice que todos los seres humanos son hijos e hijas del mismo Padre y de la misma Madre, esto no significa que sean iguales, sino que son hermanos. De hecho, en una misma familia, nos vemos obligados a constatar que no todos los hermanos y hermanas son iguales; las facultades físicas, intelectuales, morales y espirituales no están repartidas por igual entre todos ellos, pero el lazo que existe entre ellos debe reparar estas desigualdades. La igualdad figura en el lema de la República francesa: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad*», pero en realidad no puede haber igualdad entre los humanos.

El hecho de nacer en una época determinada, en tal país, en tal familia, tener una determinada constitución física, estar provisto o privado de ciertas cualidades -lo que está determinado por encarnaciones anteriores- establece de entrada las posibilidades de éxito de los individuos. Una sociedad puede trabajar siempre a favor de la igualdad, y es muy deseable que así lo haga, pero siempre habrán desigualdades: siempre habrán ricos y pobres, sanos y enfermos, capaces e incapaces, sensatos y cabezas locas. El único medio para remediar estas desigualdades es la conciencia del vínculo fraternal que une a todos los seres humanos entre sí.

Diréis que la igualdad que existe como lema de la República francesa es la igualdad ante la ley. Sí, ya lo sé. Pero ahí tampoco es realizable esta igualdad. La ley es la misma para todos, de acuerdo, pero ante esta ley ¿están todos los ciudadanos armados por un igual? ¿Están provistos de idénticos medios y

posibilidades? No. E incluso si los gobiernos multiplican las leyes destinadas a corregir estas desigualdades, esto jamás podrá ser suficiente. La verdadera igualdad es irrealizable y siempre deberá ser completada por la fraternidad.

Jamás habrá igualdad entre los humanos, porque nunca estarán situados bajo iguales condiciones ni provistos de las mismas facultades; por tanto, sólo son iguales en dignidad, en calidad de hijos de Dios. Y esta dignidad sólo puede ser comprendida y experimentada en la medida en que sean capaces de considerarse como hermanos entre sí: no solamente los más privilegiados deben sentir que son hermanos de los más desheredados, sino también los más desheredados deben sentir también que existe en ellos alguna cosa que los hace ser iguales a los más grandes sabios, a los mayores gemelos.

Los franceses están muy orgullosos con el lema de la República «Libertad, Igualdad y Fraternidad». Pero lo quieran o no, bien sean creyentes o ateos, esta noción de fraternidad procede del cristianismo. Evidentemente, antes de Jesús, sabios e Iniciados habían podido enseñar el respeto y el amor hacia el prójimo. Entre las leyes que Moisés dijo haber recibido de Dios para los hijos de Israel, algunas anuncian ya la enseñanza de Jesús: *«No tornarás venganza... No guardarás rencor ... Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»* Pero ¡ocupan un lugar tan pequeño en relación a la multitud de otras prescripciones y castigos con los que son amenazados quienes cometan la más pequeña falta! En la misma época, Buda enseñaba la benevolencia hacia todas las criaturas, y la compasión por los inmensos sufrimientos que deben sufrir a lo largo de su vida terrena. Pero el sentimiento de benevolencia o de compasión, no es el de fraternidad, la conciencia de pertenecer a una única y misma familia.

En una familia, una verdadera familia, los vínculos que unen a los miembros son tan poderosos que el bien o el mal que se infrinja a uno de ellos influye en todos los demás como si ellos mismos fueran los afectados. Para resaltar la realidad de este nexo, Jesús no sólo decía: «*Todo lo que querríais que los hombres hicieran por vosotros, hacedlo a su vez por ellos*», sino también: «*Todas las veces que hagáis estas cosas al más pequeñito de mis hermanos, es a mí a quién las hacéis.*» Porque Jesús, en tanto que emanación del Cristo, identificado al Cristo Hijo de Dios, existe en cada criatura y recibe todo lo que los humanos hacen bien o mal. Y nosotros mismos, en tanto que hijos e hijas de Dios, debemos desarrollar nuestra conciencia, hacerla tan amplia que un día podamos vivir en todos los seres y llegar a sentir con tanta fuerza sus alegrías y sus penas que nada nos parecerá más importante en el mundo que contribuir a hacerles el bien, aportarles la luz y la paz.

Es esta filosofía de Jesús transmitida por el cristianismo la que ha permitido que se desarrollara este sentimiento de fraternidad en el mundo occidental. Pero la situación está lejos de ser ideal y la Iglesia no ha cumplido su misión correctamente. No sólo se ha alineado demasiado a menudo al lado de los poderosos, sino que en todos estos dogmas, en toda esta jerarquía eclesiástica, en todo este fasto de ceremonias, ¿creéis que Jesús lograría reconocerse? Imaginaos que viene a la Tierra una Nochebuena ... Entraría hacia medianoche en las iglesias magníficamente adornadas: vería a los sacerdotes, a los obispos, a los cardenales cubiertos con adornos preciosos celebrar su nacimiento en un pobre establo, ante una multitud de gente que espera el final de la misa para ir a comer, beber y divertirse. Y después, saldría, y encontraría en las calles a cantidad de hombres y mujeres que tienen frío y hambre. Entonces, yo sólo formulo la

pregunta: ¿Acaso Jesús se reconocería en semejante cristianismo?
¿Acaso nació para esto?

Por lo tanto, aunque dos mil años de cristianismo hayan hecho progresar a los humanos por el camino de la fraternidad, en realidad la enseñanza de Jesús todavía no ha sido realmente aplicada. Diréis: « ¡Pero considerar a todos los seres humanos como nuestros hermanos, es tan difícil!» Evidentemente, es difícil, nunca os he dicho que sea fácil, incluso es la cosa más difícil del mundo. Pero también es la que se hace más necesaria. Los progresos de las ciencias y de las técnicas han dado a los humanos unos medios cada vez más eficaces para actuar, manifestarse, encontrarse, y como su número no cesa de aumentar -¡la población del globo que no llegaba en total a los dos mil millones de individuos a principios del siglo veinte, pronto alcanzará los seis mil millones!- si no se esfuerzan en dominar sus tendencias egoístas, agresivas, y sus necesidades de dominio, la existencia se hará imposible.

Pues sí, son las condiciones que ellos mismos crearon las que obligarán a los humanos a desarrollar sentimientos más fraternales. De momento, todavía no lo han comprendido bien: están tan maravillados por los medios puestos a su disposición, que aquellos que pueden sacar provecho no se preguntan si lo que estiman útil y beneficioso para ellos lo es igualmente para los demás; usan y abusan de ellos, se afanan en ser siempre los primeros aquí o allá, y se vuelven crueles, inhumanos; se hacen pasar por campeones, héroes y los bobos que los admiran y quieren imitarles no se dan cuenta que están vitoreando a monstruos.

Pues bien, ahora se necesitan otros héroes, héroes de nuestro tiempo. El verdadero heroísmo, es conseguir triunfar sobre nuestro propio egoísmo, sobre los prejuicios, sobre nuestra

agresividad. Se diría que la sociedad sólo se ha convertido en un lugar de competición: la política, el comercio, la industria, el deporte e incluso las artes... aquél que gane el primer puesto, o el primer premio, o más dinero, aquél que venda más coches, aparatos, vestidos o incluso más libros o discos. Y los periódicos, la radio, la televisión celebran todos estos primeros premios, todas estas victorias, todos estos éxitos. Pero ¿qué representan estos éxitos? ¡Es insignificante! ¿Cuándo comprenderán los humanos que se deben realizar otro tipo de esfuerzos y en otros terrenos? Si emplearan aunque fuera una décima parte de las energías que consagran en conseguir resultados en el plano material, a la búsqueda de un poco más de fraternidad, la faz del mundo cambiaría.

Si no se trabaja por la fraternidad universal, se trabaja contra uno mismo. Porque no se desarrolla nuestra verdadera naturaleza, la de hijo de Dios, hermano de todos los hombres. El hombre viene a la tierra para aprender a vivir en ella como un hijo de Dios y si, a través de estas diferentes actividades, no se esfuerza en comportarse correctamente con los demás para comprenderles, ayudarles, apoyarles, no solamente les dificultará la vida, sino que estropeará a su vez la suya. ¡Ésta es la verdad! Pero ¿quiénes son aquellos que saben lo que vienen a hacer en la tierra? La mayor parte aún no ha comprendido que la tierra es una escuela, y se comportan en ella como muy malos alumnos; no recibirán pues el diploma y deberán repetir el mismo curso. Pero mientras tanto, ¡qué derroche de tiempo y de energía, y sobre todo, cuántos sufrimientos!

Los humanos se creen civilizados porque viven en sociedades dónde sus relaciones están regidas por leyes que diversas administraciones tienen la misión de hacer cumplir. Pues bien, ¡esto no basta!, porque a pesar de esas leyes esta sociedad

todavía parece una jungla. Los humanos serán verdaderamente civilizados cuando la moneda de cambio entre ellos sea el amor. Yo no digo que sea necesario suprimir el dinero, ya que es un medio de cambio cómodo. Pero es necesario que cada vez más sea el amor quien se convierta en la verdadera moneda, no el amor en lugar del dinero -no soy tan ingenuo para creer que se pueda suprimir el dinero- sino el amor por encima del dinero. Muchos, ya sé, llamarán a esto «utopía», y por otra parte ya me lo han dicho. Pues bien, que lo llamen como quieran, yo digo que para nuestra salvación, debemos tender hacia este ideal ¿Es una utopía? Entonces, se puede decir que Jesús era el mayor utopista, y yo quiero ser utopista como él.

Por ejemplo, Jesús dijo: «*Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente.*» ¡Que utopía! Y sin embargo, nada es más lógico para aquél que se toma la molestia de profundizar en sus palabras. Nuestro Padre celestial nos ha llenado con sus favores, comenzando por nuestro cuerpo físico con todas sus posibilidades, y después todas nuestras facultades intelectuales y espirituales que podemos ejercer libremente. Y también nos ha dado todo el universo que nos rodea con su belleza y sus riquezas. ¿Qué le hemos pagado por todo esto? Nada. Y él sólo nos pide que no queramos acapararlo todo, ni destruirlo, sino aprender a utilizar lo que poseemos para ayudar a nuestros hermanos los humanos.

«*Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente.*» Es la familia quien primero nos enseña lo que significa dar gratuitamente. Los padres atienden todas las necesidades de sus hijos; son capaces de privarse para ellos, de hacer sacrificios y lo hacen de buen grado. No esperan ser pagados por ello. Y a cambio, lo que esperan de sus hijos, es que manifiesten una buena actitud entre sí, que se muestren comprensivos, afectuosos,

entregados: los más vigorosos o mejor dotados ayuden a aquellos que no lo son tanto, en vez de aprovecharse de sus ventajas para aplastarles. Para unos buenos padres, no hay nada peor que ver cómo sus hijos velan por sus intereses propios en vez de ser conscientes de la unión sagrada que les une.

El modelo de cualquier organización está en nuestro propio organismo. El hombre no puede inventar nada que no exista ya en la creación. Puede imitarlo, puede reproducirlo, pero no puede inventarlo. El organismo humano es ya en sí mismo un mundo organizado, construido según las leyes superiores. Debe ser para toda la humanidad como un punto de partida, el modelo de toda organización: la familia, la sociedad, la nación, y más allá todavía el planeta entero. Pero se deja a los biólogos, y a los médicos la misión de realizar investigaciones en el organismo, de describirlo, de fragmentarlo, de analizar su funcionamiento, y se abstienen de extraer lecciones. Y sin embargo, toda la filosofía de la vida está inscrita en nuestro organismo.

Es pues esta organización, cuyo modelo es nuestro propio organismo, la que debe reflejarse primero en la familia. La familia es una institución divina, porque es un organismo en donde rige, en gran parte, la ley de la gratuidad, y es esta gratuidad la que hace su unidad, su armonía. Evidentemente, existen familias que parecen estar compuestas de miembros heteróclitos como si tuvieran psíquica y espiritualmente diversos orígenes, y pueden tener efectivamente orígenes diversos. Si se da este caso, no hay que sorprenderse: están juntos para aprender precisamente las leyes de la gratuidad, es decir las leyes de la paciencia, de la indulgencia, del amor y del sacrificio. Porque cuando se habla de gratuidad, no se trata sólo de dinero.

No hay nada más fácil de comprender que la idea de la fraternidad, pero asimismo no hay nada más difícil de realizar.

Por esto, incluso si la familia es el modelo en el que debemos inspirarnos, en realidad existen diferentes tipos de familias. El sentimiento de familia pudo producir en ciertos casos los actos más nobles, más generosos y más desinteresados. Pero también pudieron ser cometidas las peores abominaciones en las familias, no sólo por padres contra sus hijos y recíprocamente, sino también y sobre todo entre hermanos y hermanas movidos por celos y un odio implacable. Porque desgraciadamente, no basta con haber nacido del mismo padre y de la misma madre para sentir la necesidad de comprenderse y ayudarse mutuamente. Y lo que es verdadero para el mundo físico, también lo es para el mundo divino: no basta con que se les diga a los humanos que todos son hijos e hijas de un Padre y de una Madre celestiales para que lleguen a entenderse y a amarse.

¿Qué han sido las religiones lo más a menudo? No solamente familias que luchaban pretendiendo cada una poseer la verdad, es decir ser la única heredera legítima del Padre celestial, sino también en el interior de cada religión cuántos conflictos, cuantas injusticias! Como si fuera prerrogativa de los humanos decretar quien es hijo de Dios y quien no lo es! Diréis que en la actualidad la gente es más tolerante en cuestiones religiosas. Sí, y ¿por qué? Porque la religión se ha vuelto indiferente para muchos. Los creyentes, no están muy dispuestos a dar pruebas de apertura y de comprensión. Pero el hijo de Dios es aquél que halla a Dios en la religión de los demás, porque Dios está en el alma de todos los hombres y mujeres, y desde el instante en que comprenden que es allí, en las almas donde deben buscarle.

Existen seres que son realmente habitados por lo divino, y es esto lo que debemos sentir en ellos y no preocuparnos por la religión a la que pertenecen, porque allí donde se hallan estos seres, Dios se halla también. Mientras los humanos se enfrenten

en nombre de la fe, significa que no poseen la verdadera fe. Aquél que no reconoce a Dios en los demás, revela simplemente que no ha sabido encontrarle en su interior. Por tanto, todos los creyentes deben emprender este trabajo interior que les hará hallar a Dios primero en sí mismos, porque es así como, progresivamente, comenzarán a encontrarle en los demás.

Sólo pueden pretender ser hijos e hijas de Dios aquellos que, como Jesús, sean capaces de ver igualmente a hijos e hijas de Dios en todos los seres, y sentir por ellos un sentimiento de fraternidad. Hasta este momento, aunque conserven el nombre de cristianos, en realidad esto no será más que un nombre, una etiqueta. Diréis: «*¿Pero cómo llegar a sentir sentimientos fraternales? ¿Hay tantas cosas que oponen a los humanos y los dividen!*» Efectivamente, y continuarán oponiéndoles mientras no sean capaces de encontrar la unidad en los planos superiores. Es muy lejos, muy arriba dónde deben buscar un campo de comprensión, liberándose de sus prejuicios, de sus puntos de vista limitados, parciales y egocéntricos.

No os sorprendáis si os digo que para comprender la idea de fraternidad, es preciso haber reflexionado sobre las nociones de análisis y de síntesis. ¿Qué es el análisis? La separación de elementos que antes formaban un todo. ¿Y la síntesis? La reunión de elementos aparentemente dispares que se reúnen para crear la vida. Y como es la vida lo que siempre hay que buscar, en nuestras relaciones con nuestro entorno, existen también ciertos elementos que deben ser descartados y otros, que al contrario, deben ser conservados para ser añadidos a otros y hacer así una síntesis que nos enriquecerá, nos embellecerá. Sólo que para ello no hay que ser ni negligente ni perezoso, sino aceptar la realización de ejercicios.

¿Qué ejercicios? Las ocasiones no faltan en la vida cotidiana de ser importunado, molestado o irritado por el comportamiento de unos u otros. Por una pequeñez, los humanos no hacen más que importunarse, irritarse y exasperarse mutuamente.³ Pues bien, aquí es el momento de recurrir al análisis. Invocad a vuestro intelecto y preguntadle si esta ofensa o esta contrariedad que procede de talo cual persona merecen la pena de que os afecte. Si vuestro intelecto es honrado, a menudo se verá obligado a responder: «No». Y es así como descompondréis esta materia pesada y oscura que amenazaba aplastaros.

Sabéis por experiencia qué pasa cuando se sufre una decepción o uno se encoleriza: automáticamente, este estado atrae el recuerdo de todas las demás experiencias negativas. Os sentís irritados por el comportamiento de alguien: si aceptáis abandonaros a este estado, recordaréis todas las otras veces que su comportamiento os pareció insoportable. Y no os detendréis ahí: os pondréis a pensar en todas las otras personas que os son desagradables, antipáticas, incluso odiosas, para terminar teniendo la sensación de ahogo, asfixia y falta de respiración. ¿Acaso es eso inteligente? ¿Qué ganaréis con esta actitud? Entonces es el momento de aplicar el método del análisis, y descartar ciertos elementos.

Y cuando se produce algo bueno, es el momento de aplicar el método de la síntesis. En cambio, ¿qué hacen los seres humanos? Cuando se les hace un favor, cuando se es servicial y amable con ellos, apenas prestan atención. El bien que se les hace es normal. Todas las muestras de amistad y de amor son merecidas, e inmediatamente las olvidan. En cambio, es esto precisamente lo que no deberían olvidar, sino al contrario, esforzarse en hacer una síntesis; es decir, amplificar cada cosa buena, asociándola no solamente a todo lo que les llegó de bueno

de unos y otros, sino también a todo lo que existe de bueno en el mundo.

Siempre tendréis derecho a analizar el mal, es decir de descomponerlo, de reducirlo a polvo, porque se ha pegado a vosotros y se alimenta de vosotros. Esta clase de análisis significa la muerte para el mal y la vida para vosotros. Por tanto, el análisis puede daros vida cuando os separáis de todo lo que es oscuro. Desprendiéndoo del mal, os unís a todo lo que es bueno y hermoso, y esta es la verdadera síntesis que aporta la vida. La verdadera fraternidad comienza en el instante en que comprendéis cómo vuestra vida puede enriquecer la vida de todos.

Y ¿queréis que os de aún una idea más de lo que son el análisis y la síntesis? Por ejemplo, os halláis en una región donde se divisa una cadena de montañas. Os asomáis a la ventana y allí, a esta distancia, os maravilláis de estas formas que se recortan en el cielo y que a lo largo del año, e incluso en el transcurso del día, se os aparecen bajo tantos aspectos y colores diferentes. Ahora imaginad que sois transportados hasta una ladera de esta montaña, ¿qué veréis? Guijarros, agujeros, algunas hierbas más o menos secas, liquen pegado a las rocas. Entonces, ¿qué es preferible: mirar de lejos o de cerca?

Pues bien, esta es una imagen para haceros comprender cómo es preferible observar a los seres humanos. Vosotros también debéis observarlos de lejos y concentraros en su espíritu como en la cima que se alza allí, muy alto, en la pureza y en la luz. Porque esta cima es la imagen de su ser real, de su ser divino, con el cual lograrán identificarse un día. Esto es lo que yo hago cuando os miro. Ante el espectáculo de todas estas cimas que percibo, me alejo y siento el deseo de veras cada día con el fin de ayudaros a crear vuestro futuro de hijo y de hija de Dios: vosotros no lo sospecháis todavía, pero yo ya lo veo. Si os viera tal como

sois hoy, ¿os soportaría? No es seguro. Y vosotros, si no os soportáis entre sí, es porque no sabéis veros para proyectaros hacia este futuro.

Yo, siempre me maravillo de vosotros, porque no es vuestro presente lo que veo ahí, ante mí, sino vuestro futuro. Dónde están todavía vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, alrededor de qué giran, lo que deseáis, de qué sentís necesidad ... si me detuviera ahí, quizás tendría ganas de coger mi sombrero y marcharme al otro extremo del mundo. En efecto, pero afortunadamente también veo vuestro futuro, cómo llegaréis un día a fundiros en vuestra naturaleza divina. Este es mi secreto. Si los humanos se enfrentan y se separan, es porque se miran muy de cerca. En efecto, aquí hay también una cuestión filosófica que debe ser profundizada: lo que se debe mirar de cerca, y lo que se ve mejor cuando se mira de lejos.

Cuando se mira a los humanos de muy cerca, nos vemos obligados a ver solamente sus rasgos más bastos y hacer caricaturas sobre ellos. Y por otra parte, es verdaderamente 10 que sucede con todos aquellos que, en sus palabras, en sus escritos, en sus dibujos, en sus espectáculos, sienten tanto placer en caricaturar a su prójimo. Bueno, de vez en cuando, uno puede divertirse un poco, con delicadeza, pero ellos no lo hacen de vez en cuando, ni un poco, ni con delicadeza. Esta necesidad que tienen de mostrar a los humanos más feos, más estúpidos, más ridículos de lo que son es una costumbre muy perniciosa: ¿con qué derecho envilecen la imagen de Dios? ¿Es así cómo se debe tratar a nuestros hermanos y hermanas? ¿Cómo no se dan cuenta de que están unidos a ellos y que criticándoles, critican también algo en sí mismos?

Yo os hablo, yo os lo explico, y a pesar de todas estas palabras y estas explicaciones no sé si quedaréis convencidos.

Pero lo que se, es que con el deseo que tengo de convencerlos, por lo menos hay alguien a quien logro persuadir: a mí.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus

www.omraam.es

Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española

XIV

**POBLAR LA TIERRA CON HIJOS
E HIJAS DE DIOS**

Ya lo habéis comprendido, agua y un poco de aceite sobre la frente el día del bautismo, no bastan para hacer cristianos. Entonces, ahora, os diré que es mucho antes del nacimiento de sus hijos que los futuros padres deben prepararse para traer al mundo hijos e hijas de Dios. Incluso sería necesario crear escuelas para dar esta enseñanza. Desde su adolescencia, se enseñaría a los chicos y a las chicas a tomar conciencia de que el hombre y la mujer representan en la tierra los dos Principios cósmicos, masculino y femenino, que están en el origen de la vida. Pero sobre todo, se les enseñaría lo que son estos órganos a través de los cuales se perpetúa la vida, y cómo considerarlos para llegar realmente a ser transmisores de la vida divina.

No quiero ni siquiera hablar de lo que hacen los seres humanos con los órganos genitales: los usan como instrumentos para cualquier exceso, para cualquier perversión, para cualquier crueldad. ¿Cómo es posible que no sientan las consecuencias deplorables de estas prácticas, y cuantos desequilibrios físicos, y principalmente psíquicos, provocan en sí mismos y en los demás? Porque es el hombre entero, su ser físico, psíquico y espiritual quién tiene una unión con estos órganos. El Creador no los dio a los seres humanos para que jugaran con ellos. Puso en cada hombre y en cada mujer la posibilidad, no sólo de asegurar la perpetuación de la especie, sino de elevarse para participar en la vida divina y transmitir esta vida.

La Iglesia jamás ha querido o sabido hablar correctamente sobre este tema. Primero, ha sustraído a Jesús de su condición

humana declarando que había nacido por obra del Espíritu Santo, de una virgen que habría sido preservada del pecado original. Entonces, ¿qué significado puede tener para los humanos una enseñanza de la vida aportada por un ser que en esencia participa de otra vida que la de ellos? Toda la cuestión tan esencial del amor y de la sexualidad se encuentra ahí velada, oscurecida, y la palabra «pureza» de por sí, sólo puede ser entonces comprendida de una manera muy estrecha, con todo tipo de consecuencias catastróficas no sólo para los fieles sino también ¡para los mismos miembros del clero, y para todos estos religiosos y religiosas de los conventos!

¿Cómo no ver que la pureza tal como se ha enseñado a los cristianos no es más que una enemiga de la vida? Pero, la vida se defiende. Y si uno se esfuerza en vejar la energía sexual en vez de comprender por qué y cómo canalizarla, evidentemente un día se producen fenómenos análogos a la ruptura de una presa. No hay pues que sorprenderse si esta «ruptura» acarrea todo tipo de desbordamientos y empuja a los hombres y a las mujeres a cometer actos insensatos, criminales.

¡Me diréis que la gente cada vez se somete menos a los preceptos de la Iglesia! Evidentemente, ya lo sé, pero lo que sucede en la actualidad no es mucho mejor. La mayoría de los hombres y de las mujeres entienden que lo mejor es vivir su vida como bien les plazca y, con respecto a su vida sexual, no aceptan ninguna regla, ningún consejo. ¡Libertad absoluta! Se imaginan que las recomendaciones que les son dadas por los sabios y los Iniciados, tienen como objeto impedirles vivir. No. Este dominio, este control de los instintos que aconsejan los sabios no tiene otra finalidad que incitar a los humanos a buscar mejores manifestaciones de la vida con el fin de experimentar alegrías más sutiles.

Jesús decía: «*Estrecha es la puerta, angosto el camino que llevan a la vida.*» Y es en particular en el ámbito del amor que se confirman estas palabras. Pero como los humanos no quieren instruirse, ni esforzarse, continúan manifestando el amor de tal manera que pierden sus energías más sutiles e incluso el placer de la vida. Quieren vivir y se impiden a sí mismos vivir. Continúan celebrando el amor, cantando el amor, este amor que es, dicen, lo más importante del mundo, pero se las arreglan para estropear su vida a través de su amor. No han comprendido que amar es proteger, enriquecer y embellecer la vida de uno mismo y la de los demás.

Si los hombres y las mujeres supieran verdaderamente vivir el amor, estarían salvados, porque este amor les aportaría tantas bendiciones, tanta plenitud, que todos los demás problemas les parecerían insignificantes. Se ocuparían solamente de vivir, de vivir a través de su amor. Algunos me reprochan que impida a los hombres y a las mujeres que se amen. Primeramente, ¿cómo podría yo impedirselo? ¿Enviándoles a la policía?.. Yo no prohíbo nada, solamente aconsejo. Ellos hacen lo que quieren. Pero cuando algunos años después de haber tenido sus experiencias, vienen a contarme lo decepcionados y desgraciados que se sienten, ¿qué debo decirles?

Los humanos son libres de no aceptar ninguna restricción, pero la naturaleza es implacable, y aquél que viola sus reglas sufre las consecuencias de una forma u otra. Esperan que sean más fuertes que la naturaleza, y que la medicina siempre les encuentre medicamentos para curar las enfermedades que habrán atraído. Ciertamente, la naturaleza es rica y generosa, y al mismo tiempo que posee los gérmenes de las enfermedades, posee asimismo los medios para su curación. Solamente que, si los seres

humanos no son razonables, dan posibilidades a los gérmenes nocivos de desarrollarse, de ocupar el terreno, y limitan la eficacia de los elementos que podrían serles beneficiosos.

Algunos dirán: «*Pero la ciencia ha hecho tanto progreso, es su deber...* » La ciencia no debe nada absolutamente, o más exactamente sus posibilidades son limitadas. Por muy grandes que sean sus progresos, es impotente ante la mala voluntad de los humanos cuando rechazan reconocer las leyes de la naturaleza y obrar en consecuencia. Entonces, atención, cuanto más progresen las ciencias y la técnica, más conscientes, atentos y vigilantes deberemos mostrarnos. El progreso, supone muchas ventajas, muchas facilidades, pero al mismo tiempo muchas tentaciones. Y contar con los progresos de la medicina, para dar rienda suelta a todos sus caprichos y permitirse cualquier exceso, esto les llevará directamente hacia la catástrofe. Jamás la vida se someterá a las voluntades de humanos poco razonables.

La naturaleza no ha dado la facultad de crear vida ni a las orejas, ni a la boca, ni a la nariz, ni a los ojos, ni al cerebro, ni al corazón, sino a los órganos genitales. ¿Acaso no vale la pena reflexionar sobre ello? ¿Y cómo se comportan con estos órganos? Ya os lo he dicho, no quiero ni siquiera hablar de ello, tan triste y lamentable como es. Se admite que el cerebro se consagre a actividades nobles, pero los órganos genitales!..

La educación de la juventud en materia de sexualidad debería ser algo diferente a meros consejos sobre los anticonceptivos y los preservativos. Éstas no son más que protecciones físicas y no impedirán todos los daños psíquicos. Evidentemente, no soy ni un padre ni una madre, y no tengo derecho a hablaros así sobre ciertos temas; o por lo menos algunos pensarán que no tengo derecho a ello. Y tampoco soy un moralista, sino que os hablo científicamente, filosóficamente; sois

vosotros quienes decidís si queréis beneficiaros o no de esta luz, y ya os he hablado mucho sobre este tema!

Mucha gente, como siente todos los peligros que amenazan el futuro de la humanidad, dice que su mayor preocupación consiste en trabajar para sus hijos, sus nietos y las generaciones futuras. Pues bien, si quieren verdaderamente trabajar para las generaciones venideras, que primero piensen la manera cómo traerán hijos al mundo. Creedme, esto es mucho más importante que preocuparse tanto por las condiciones materiales bajo las que vivirán.

Cuando llegué de Bulgaria, cuando pude expresarme suficientemente bien en francés para dar conferencias, hablé de los poderes que les han sido dados a los hombres, y sobre todo a las mujeres, de hacer progresar espiritualmente a la especie humana. Esto comienza con la concepción de los niños para la que deben prepararse con gran antelación; y luego está todo el trabajo que puede hacer la madre durante la gestación. Era el año 1938, y en esta época nadie se preocupaba mucho por este tema. Ahora, cada vez hay más médicos, psicólogos y comadronas que se interesan en lo que ellos llaman la educación antes del nacimiento. Y constituye un gran progreso admitir que, ya en el seno de su madre, el niño es un ser consciente con el que es posible entrar en relación. Sólo que no basta haber hecho este descubrimiento para que todo haya sido comprendido correctamente. Una madre puede, con el pensamiento, influenciar sobre el hijo que lleva, pero ¿en qué sentido debe influenciarle?

He oído hablar de una mujer que durante su embarazo, concentró sus pensamientos y sus deseos para que su hijo caminara y hablase mucho antes de lo que es habitual. Sucedió, que cuando tenía sólo siete meses, este niño andaba y hablaba como un niño de dos años. El poder del pensamiento y de los

deseos es una realidad, pero ¡esto no es motivo para utilizarlo sin discernimiento! No es sensato querer mostrar a todo el mundo que se ha traído al mundo a un verdadero fenómeno, e incluso es peligroso. ¿Por qué los niños deberían superar más rápidamente las etapas impuestas por la naturaleza?

Si manifiestan dones precoces, debemos ayudar a los niños a desarrollarse, está claro; pero no debemos desear esto a toda costa. Y sobre todo, jamás se debe forzar a los niños, porque quizás tendrán un lado extremadamente bien desarrollado, pero será en detrimento de otras facultades y sufrirán graves lagunas. Por otra parte, se ha observado que seres verdaderamente excepcionales, habían sido a menudo niños cuyo desarrollo se hizo muy lentamente. Como si hubieran sido necesarios largos años de maduración para poder dar después los mejores frutos.

También hay, parece ser, mujeres que querrían tener grandes sabios, Premios Nobel como padres de sus hijos... ¡Pobres! Tampoco ésta es una manera sensata de enfocar la cuestión de la herencia. ¡Cuántos Premios Nobel han tenido hijos! ¿Acaso estos hijos estaban todos tan dotados como sus padres?

Cada vez se descubrirá mejor cuales son los poderes psíquicos de la madre durante la gestación. Pero para evitar cometer graves errores, será preciso reflexionar bien sobre su utilización, de lo contrario se verán nacer generaciones de monstruos. No de monstruos en su aspecto físico, sino de monstruos en el plano psíquico: seres fríos, dominantes, crueles, cuyo principal deseo será el de distinguirse de los demás e imponerse a ellos de toda las formas posibles.

Entonces, incluso aunque los padres sepan que con el pensamiento pueden influir en la formación física y psíquica de sus hijos, primero en el instante de la concepción, y luego durante

la gestación, lo que deben pedir ante todo, es que estos niños estén inspirados por el más alto ideal de bondad, de amor y de fraternidad hacia todos los hombres. Poco importan las aptitudes a través de las cuales se manifestará esta idea. Ya sean artistas, científicos, deportistas, obreros, agricultores, políticos u obispos, esto no es lo más importante. Cuando sueñan en los éxitos y en la gloria para sus hijos, los padres no siempre saben qué pruebas les esperan. Mientras que si desean para ellos una vida de hijo de Dios, de hija de Dios, están verdaderamente trabajando por su bien; porque por muy grandes que sean las dificultades y las pruebas que deban atravesar más tarde, estos hijos siempre estarán bajo la protección del Cielo y se convertirán en bienhechores de la humanidad.

¡Cuántos padres se quejan que sus hijos son perezosos, egoístas, desagradecidos y malvados! Pero cuando se les indican los medios para tener un niño dotado de grandes cualidades morales que les aportará bendiciones, los desprecian, prefieren desear para él las mejores condiciones para su éxito material y social. Y el día que cometa tonterías, se contentarán en lamentarse. ¿Acaso es esto lógico e inteligente?

Las mujeres aún no se dan suficientemente cuenta de su poder con respecto al futuro de la humanidad. ¡Son más fuertes que todos los medios materiales que incesantemente se descubren y ponen a su disposición! En efecto, pero he aquí que no lo saben: que el futuro de la humanidad se halla entre sus manos. Durante los nueve meses que llevan a su hijo, con el pensamiento, con el sentimiento, y con la ayuda del padre de este niño, tienen el poder de crear un ser que más tarde, por donde vaya, traerá la paz, la armonía y la luz.

Cada vez que os hablo, estoy abriendo para vosotros una ventana, ensancho vuestro horizonte con el fin de que un día

podáis abrazar la inmensidad. La vida es un campo vasto, infinito, y tenéis la eternidad para explorado. Además, es por ello por lo que se juzga la importancia de una cuestión: por el tiempo que se necesita para dar la vuelta. Una cuestión que sea rápidamente resuelta, no es una cuestión esencial. Las cuestiones verdaderamente esenciales se confunden con la vida, y la vida no tiene límites.



Centre OMRAAM
Institut Solve et Coagula
Reus

www.omraam.es

Primer Centro
De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española